

3 1761 04411 9758











BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

400

## DEL MISMO AUTOR

EL TRIBUTO A PARÍS. Madrid, 1907.

ENSAYOS E IMAGINACIONES SOBRE MADRID. Madrid, 1919.—Edit. «Saturnino Calleja» S. A.

### CUADERNOS DE ESTUDIO SOBRE ASUNTOS DE ACTUALIDAD

ESPAÑA DURANTE LA GUERRA. C. 1.º, 1914. (*La neutralidad.*) Madrid, 1918.—Edit. Europa.  
2 Ptas.

### EN PRENSA

EN EL PAÍS DE LA CALDERILLA. El hombre de los proyectos. El corazón de Jesús. Una mina de oro en la Puerta del Sol.

VIAJE A ITALIA Y OTROS VIAJES.

VIDAS DE NIÑOS Y MUJERES Y POBRES DE ESPÍRITU.

### EN PREPARACIÓN

LOS POBLADORES DEL MUNDO ÍNTIMO.

NUEVO ELOGIO DE LA LOCURA.



2  
LUIS BELLO

ENSAYOS  
E IMAGINACIONES  
SOBRE MADRID



167355.


16.11.21.

MCMXIX

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D



PROPIEDAD


DERECHOS RESERVADOS

PARA TODOS LOS PAÍSES

---

COPYRIGHT 1919 BY

LUIS BELLO



A

D. BENITO PÉREZ GALDÓS

PATRIARCA DE MADRID,

CON LA MISMA PASIÓN QUE TUVE

DESDE NIÑO POR ÉL



# ENSAYO SOBRE MADRID



# Í

## ¿POR QUÉ HA DE SER AQUÍ?

VIAJANDO por la costa de Argelia llegué un día a las ruinas de Cæsárea, ciudad que alzaron los romanos sobre otras ruinas de la Iol fenicia, y en cuyo término vive hoy la humilde villa de Cherchell. Allí las piedras hablan latín; francés, los funcionarios; árabe, los pastores, y los obreros, español. Al borde del mar, desde un bello y armonioso montículo, donde debió alzarse el templo de alguna deidad amable, Venus o Diana, veíamos asomar entre la hierba, en todo lo que alcanzaban nuestros ojos, de espaldas al agua, muros deshechos, calles y calzadas, cimientos y otros vestigios, entre los cuales lo más vivo eran las tumbas. Yo me acuerdo muy bien de que ni un solo momento me entristeció el destino de la ciudad muerta. La brisa del Mediterráneo, tibia y salada, venía llena de caricias. Era en invierno y el sol nos bañaba en risueña lumbre primave-

ral. Me senté sobre un trozo de mármol, y en la efusión de aquella alegría, infundida por gracia de la Naturaleza, me pareció Cæsárea una hermosa ciudad, aunque estuviera rota y enterrada y convertida en polvo. «¿Qué importa?—decían las olas y la luz y la tierra fértil—¿qué importa ver esparcidas hoy todas estas piedras? Los hombres se fueron; pero nosotras sabemos que han de volver.»

Volverán a Cæsárea, volverán a la linda colonia de Tipaza, la playa encantada, cartaginesa, romana, bizantina y mora. Aunque no sean hijos de aquellas razas, se encontrarán a gusto y vivirán allí y será como si resucitaran todos los que duermen bajo tierra. Un francés que nos acompañaba, conmovido también por la misma emoción, que se metía suavemente dentro del alma, ponderó: «¿No es verdad que esos caminos de árboles y esas praderas tienen la tonalidad rica de un paisaje de Normandía?» Inútil me parece decir que era normando él, y la ingenuidad de este elogio me hizo comprender cuánto llevan adelantado para convertirse en patria de todo el que llegue las tierras donde el hombre es feliz sólo con sentarse en una roca y descubrir la cabeza al viento y al sol.

Ya entonces pensé en Madrid. Y cuando volvíamos a reanudar el hilo de nuestros cui-



dados y de nuestro trabajo, al cruzar el tren por estos pueblos adustos que anuncian la Corte y que son, aunque ella no quiera, sus hermanos pobres, pensaba mucho más en Cæsárea y me decía a mí mismo: «¿Por qué ha de ser *aquí*? ¿Por qué he de luchar *aquí*? ¡Tan grande como es el mundo y tantos parajes como hay donde la vida es grata!» En vez del mar latino vamos surcando unas olas de tierra parda que, por culpa de la ciudad, ya no pueden estrellarse en la sierra. ¡Ánimo! ¡Hay que zambullirse en Madrid de una vez, como en el agua fría! Luego, los nervios se templan. Sabemos por experiencias anteriores que esta tensión acaba por despertar punzante voluptuosidad, como si el hecho de vencer la resistencia de un medio enemigo fuera ya buena preparación para otras luchas. Pero si cualquier terremoto material o moral, catástrofe, expiación o veleidad de la fortuna alejasen de aquí a los hombres, ¿volverían una y otra vez, como volvieron y volverán a Cæsárea?

## II

## PAISAJE DE OSARIA

MADRID nace en la época más bravía de nuestra historia. Algo semejante al deseo rouseauniano de buscar la felicidad en el remoto pasado ha hecho suponer a los historiadores de la villa que cuando, hace mil años, corrían la tierra de Magerit los reyes de León, se encontraron con un vergel.— «Frondosos bosques, abundancia de agua e inmensidad de árboles», «clima templado y apacible...»—Siempre he creído que, si esto era verdad en los primeros testimonios históricos, se debió a una treta del astuto Madrid, maestro de picardías, en connivencia con la Sierra, traidora. De mano en mano ha ido pasando una cita del *Libro de Montería*, de D. Alonso XI, que pone al buen rey por testigo. De otros textos podría hablarse mucho antes, por ejemplo, del *Fuero Viejo de Madrid*; pero yo he querido ver lo que dice, en efecto, ese libro, y no hay en él ni más ni menos que estas palabras de loa: *La Dehesa de Madrit es muy real monte de puerco en ivier-*

no (1). En ellas y en la traza o estrategia de las vocerías y las armadas está todo lo que entonces hacía al caso. La Dehesa de Madrid era muy real monte de puerco—de jabalí—en invierno. La de la Dehesilla era «buen monte de puerco en tiempo de las uvas». Otros eran buenos montes de puerco «en tiempo de los panes» o «de las avenas». Frondosidad, belleza; conceptos que habían de venir mucho después. Las notas marginales, puestas de propia mano del Rey al manuscrito original, tienen más vida que el texto, y buscando en ellas vemos, antes y mejor que el paisaje, la pasión frenética por la caza y la rudeza de aquellos placeres. El Rey con los nobles, los monteros y sus traíllas, corrían la sierra en lo más crudo del invierno; iban días enteros tras el oso o el jabalí; dormían sobre la nieve, alrededor del fuego, y, con el alba, al primer ladrido de los canes, corrían sobre las huellas sangrientas del venado:—«Et matamos hi un día un puerco que mató dos monteros et dos alanos et un acémila, et firió un caballo...» «Et en este monte maté un sábadó dos osos, antes de mediodía, que nunca mayores dos osos vi ayuntados en uno.»—Para el rey mon-

---

(1) Edit. de Gutiérrez de la Vega: *Bibl. Venatoria*, t. II, cap. XV, pág. 224.

tero el monte mejor, el monte real, es el más rico en caza. Ninguna otra cualidad o excelencia le interesa, ni hace constar otra cosa sino que es bueno para correr, o muy espeso, «o de los más puercos que nos sabemos et más bravos». Advierto en esta lectura del libro medieval que ya no hay osos en todas las tierras de *Maydrit* y de Alhamín cuando las corre Alonso onceno. Hay que ir para levantarlos al Val de Sanct Martín, o al Madroñal de la Pasada del Tundidor o al monte de las Cabezas del Pozuelo, que no están muy lejos, en verdad. La antigua «Osaria, de fuego cercada y sobre agua fundada», había ido alejándolos. Suponen los eruditos que esa cerca de fuego alude al pederual de las murallas; pero yo prefiero imaginar un Madrid todavía más primitivo, en que los rústicos ven llegar con temor las noches de diciembre, se acogen con su ganado a las pobres viviendas y trazan el círculo de hogueras, mientras un ejército sitiador de osos hambrientos ronda entre la maleza y tiemblan las bestias des-pavoridas en sus corrales. Hace falta esa emoción del miedo en el poblado para comprender toda la saña del montero y la sangrienta fruición del caballero, que no cede en ferocidad a la misma fiera. Los tiempos eran recios, y no ha de sorprendernos que el Rey castellano atravesara la

sierra y la llanura como un rey de su tiempo, y no como un profesor de Estética. Ya le veremos detenerse en Montoto, por tierra de Burgos, para comunicarnos una fuerte sensación épica: «... Et aun dicen más, que con el carbón deste monte et con el agua de Aguas Vivas, que fué temprada el espada Durendarte, que fué de Roldán.» Y ha de constar también que, por entonces, los caballeros y hombres buenos del Concejo de Madrid pedían al Rey y conseguían un maestro de Gramática, «porque oviese en Madrit ommes letrados e sabidores».

## III

## PAISAJE DE EL PARDO

SIN embargo, la tierra de Maydrit no era sólo un muy real monte de cazar jabalíes en el invierno. Sería injusto no apuntar que en los nombres geográficos, en las indicaciones para las vocerías y las armadas, aparecen « las Viñuelas », « el Marhojal », con sus pastos; « el Colmenar », « los Álamos de Sancta María... » Esto, amplificado y considerado, no como excepción singular, sino como ejemplo, produce algún efecto. Pero ¿necesitamos los madrileños de hoy el Fuero Viejo de D. Alonso VII ni el *Libro de Montería* de D. Alonso XI para saber cómo eran la Dehesa, la Dehesilla, el fondón de los Ortos, el Madroñal? ¿Necesitaremos leer que había encinas y robles, quejigas y coscojos, que se carboneaban los montes y se explotaba ya la tierra pobre para los tejares? Merced a un caso único, que no se repite en ninguna otra gran ciudad, Madrid conserva vivo, y no en imagen, su pasado. Tanto son hoy los montes de El Pardo como podían ser antes de la algarada

de Ramiro II. Matada la bravura del monte bajo, aclarados, podados, es cierto que entró en ellos la civilización; pero tímidamente, sin atreverse, por fortuna. Si no saltan aquellos jaba-líes que medían 12 palmos de mano de rey, aun es hoy, entre todos los cotos de caza que existen en el mundo, el más próximo a una capital. No es raro en ellos el espectáculo, siempre maravilloso, de una alarma de gamos que cruza como racha de viento la carretera. El poder real ha encantado esos montes. Los hurtó al ensanche de la villa, pero librándolos del hacha y de la profanación. No han llegado a la vulgaridad urbana de Salamanca o de Fuencarral, ni al contacto con aquellos abominables, fúnebres, estercolarios bordes del puente de Toledo y de la puente segoviana. Salváronse en el siglo XIX de los años que van desde el 50 al 80, más terribles que la Edad Media, la invasión francesa y la revolución, y hoy dan a Madrid con su paradójico despoblado, un reposo señorial que no logran jamás las opulentas ciudades advenedizas. De este modo es El Pardo como parque de casa solariega; como arca tallada donde duermen, con los demás pergaminos familiares, las ejecutorias. Pueden ser destruídos en días de miseria o de locura, pero nadie los puede improvisar. Vosotros, españoles de cual-

quier rincón de España, tenéis una emoción plena de lo que fueron el suelo y el cielo de vuestra patria, sólo con andar cuatro pasos más allá de la Puerta de Hierro. Acaso os hiera la serenidad castellana, demasiado huraña, demasiado fría, pero vuestro pensamiento dominará al Madrid actual, sin carácter y sin época, trazándose un panorama de la historia de España en esta tierra sobria, decorada de encinas, robles y chaparros. Por ningún indicio podríais suponer que teníais cerca de vosotros el tráfico de una gran metrópoli si no os lo advirtieran vuestros cuidados y vuestras preocupaciones. Así, el valor y la virtud de El Pardo están precisamente en la soledad.

Pero hay algo más extraño y más paradójico aún que los montes. Quien no lo viera no podría imaginarse que a pocos kilómetros de Madrid vive aquel pueblecito serrano, con su plaza de soportales a la sombra—a la sombra fría y maléfica—del Palacio Real. Ese pueblecillo, aun viviendo tan cerca del mundo, pugna por escaparse y volver a la Sierra, resistiéndose a toda mudanza, desafiando los siglos. ¡No! No es Versalles, ciertamente; ni Compiègne, ni Montmorency. Sus callejuelas no tienen otra urbanización que la más rudimentaria de cualquier aldea. No han llegado el arte ciudadano



ni la higiene; ni la industria y el comercio, ni siquiera ha procurado el interés particular hacer amable la estancia del viajero. Es simplemente una puerta tan tosca como lo requiere el monte a que da acceso. Y es también una prueba—la primera prueba que encontraréis al salir de Madrid—del temple de la Sierra, refractaria a la civilización y dura como el peder-  
 nal. Del río, que baja en lenta curva, de los árboles ribereños, de las colinas circundantes brota un viento de melancolía. Ahora ruedan las nubes cargadas de nieve. La tierra se empapa de humedad, y es pálida, cenicienta, la claridad del sol. Los chopos se alzan como fantasmas que volvieron de su conjuro alrededor del palacio y se miran turbiamente en el agua roja del Manzanares. Juegan los chiquillos, descalzos de pie y pierna, en la ribera. Camino adelante, sube despacio una pareja de la Guardia civil, y avanza desde el pueblo, hacia los altos de la ermita, un cortejo de gente lugareña que se detiene al llegar al puente; el cura con su sobrepelliz, los monaguillos delante de una cajita blanca que llevan otros niños. ¡Dolor! ¡Dolor y miseria!... ¿No será mejor entrarse monte adentro y descansar el alma en la serenidad del cielo? Desde arriba, las colinas parece que se dan la mano con la Sierra. Líneas lar-

gas van marcando el nivel y pinceladas amplias el color. Árboles, matas y terrones repiten majestuosamente la misma nota de severidad y de agreste ímpetu... ¡Penetremos por las viejas dehesas, y si acaso suena el alarido de un tren nos parecerá que es la trompa de caza del rey D. Alonso de Castilla. Llegan desalados, feroces sus monteros y delante de la traílla van los alanos favoritos, cuyos nombres constan juntamente con sus hazañas: *Artero, Ermitaño Fragoso, Galaor...*

IV

CARPETANOS Y BEREBERES

Sí. Aquellas gentes que los árabes veían llegar del *Gul*, de las tierras boreales, quizá en un día de claro sol se enamoraron del valle por donde el áspero Guadarrama les abría el camino de Toledo. Son hombres rudos. Viven como fieras. Nunca lavan sus cuerpos ni vestidos, que no los mudan hasta que se les caen a pedazos. Podían luchar con la inclemencia del cielo y con las testas de granito que poblaban la Sierra, como luchaban con osos y jabalíes; y el castillo de Maydrit era para ellos el paso a tierra de promisión. Los árabes, en cambio, veían, de Toledo para arriba, la región de las guerras de montaña, y es seguro que no vinieron a estos castillos avanzados, sino que mandaron a los berberiscos. Los berberíes sólo podían soportar cambios tan bruscos; viento de nieve y viento de fuego; vida sobria, trato hosco. Sólo bereberes y carpetanos podían encerrarse dentro de las mismas murallas años, siglos, y reanudar un parentesco antiguo al pie del Guadarrama, en las dehesas pobladas de alimañas

feroces. Si la suerte lanzase a un hijo de la Sierra hasta cualquiera de esas aldeas africanas, africanas de África, donde viven hoy los bereberes, argelinos o marroquíes, aldehuelas encaramadas en lo alto de un monte, con sus casitas bajas de adobes o de piedra sin labrar, su tejadillo de tejas pardas, su corraliza, sus paredes desnudas, encaladas, creería que el mundo es igual en todas partes y se echaría a buscar el rollo y el calvario y la espadaña de la iglesita. ¿Quién ha enseñado a quién? O ¿dónde aprendieron ambos, el carpetano y el berebere, su rudimentaria civilización? La patria y la raza de los montañeses, ¿es acaso una sola: la montaña?

Quien quiera contestar a esa última pregunta no tiene sino bajar al llano, correr los campos, entrar en los pueblecitos humildes y en villas ricas por sus cosechas. Verá cómo los montañeses son los que corresponden a los hombres de la llanura, y los pobladores de la llanura los que corresponden a tales montañeses. La diferencia será de cantidad. Más estatura, más savia—sangre y músculo—, más palabras y más ideas... Todo depende de estar mejor o peor nutridos a través de generaciones y generaciones. Por debajo de esa diferencia cuantitativa aparecen los caracteres de raza. El carpetove-tónico de la mano del bereber o el bereber de

la mano del carpetovetónico. Así lo quiso primero el Dios a que rendían culto y sacrificios los hombres del Guadarrama en el canto redondo de la Peña Sacra, y así lo dispusieron luego los dioses paganos, quedándose en climas menos crueles, y el Dios de los mártires cristianos y Alah mandando a los berberíes y dejando al árabe en tierra más benigna, donde quedaban huellas del jonio, que sabía vivir.

Ya la tierra de Toledo era agria y díscola para los califas, tanto que en *Tolaitola* nacieron las primeras y más enconadas rebeliones. «Son gentes soberbias, inquietas, duras e inflexibles—, le decía un valí de Toledo al Rey Alhaken.» Y para mejorar la raza cortaba la cabeza, no se sabe si a cuatrocientos o a cuatro mil de los más señalados. Esas gentes duras ampararon luego al rebelde Hafsun y se encargaron de dar a quien alzase bandera una turba de arrayaces, bandidos y soldadesca que en las victorias empezaba por serrar los árboles y en las derrotas se refugiaba en los montes. Esa tierra de rebeldía llegaba hasta Maydrit y comprendía todos los pueblos y castillos hasta el Guadarrama por un lado y hasta las fuentes del Tajo por Oriente; en ellos conllevaban el moro, el cristiano y el judío una vida de inquietud y de violencia. Así se templó durante

siglos de servidumbre la acerada condición de sus pobladores y en el aislamiento de toda cultura refinada—puesto que el árabe no iba más allá de Toledo sino para guerrear—, se formaron la cabeza y el corazón de las gentes más duras de España, las que necesitan menor cantidad de calor moral y de arte para ser felices.

V

EL ESFUERZO CONTRA LAS DOS FURIAS

Y entre esa tierra seca y los fríos montes del Guadarrama quiso el rey Felipe fijar para siempre su corte. Tal ha sido, a mi juicio, la gran tragedia de Madrid. La ciudad, la capital ha de ser una cima, una cúspide de civilización, y la historia de Castilla se empeñó en levantarla violentamente entre Sierra y Estepa. Caso interesante para los geólogos el de ver surgir formaciones modernas en el terreno más primitivo. A viva fuerza vino la gran ciudad a este coto de caza y ha nacido como un artificio maravilloso, como un esfuerzo gigantesco que debe mantenerse todos los días para que no se hunda al ataque de los contornos enemigos.

Muchas veces, paseando a lo largo del Sena, he vuelto los ojos hacia Madrid. Y en la heroica ciudad de Lieja, cuando nadie podía pensar que su burgomaestre y su arzobispo sufrieran el rigor de la guerra, miré también hacia acá desde un puente del Mosa. Entonces si alguien me hubiera pedido una imagen burguesa de la

paz—y también de la dicha en el reposo—, le hubiera presentado el cuadro inalterable del río bordeado de casas pequeñas, limpias, íntimas, sin ostentación y sin coquetería. El Mosa sigue un ritmo lento, lleno de plenitud. Todo evoca en él y en su ribera ideas de abundancia. Su caudal es fuerte, pero no imponente. Va guiado por la civilización, dispuesto a ser útil por cien mil canalillos a la tierra y a las industrias. Inevitablemente, un español, un madrileño, ante estos grandes ríos se acuerda con tierna emoción de nuestro Manzanares. ¡Tanta pena, tanta violencia para un hilillo miserable de agua! Y aun esa poca linfa cristalina que baja de la Sierra no llega toda, sino que la mitad se pierde, se filtra, se hunde Dios sabe en qué profundidades. Ya está sobre el Manzanares la gran ciudad. ¡Qué artificios no habrán sido necesarios! Si el río simboliza la facilidad de la Naturaleza, la fertilidad, la comodidad, a orillas del Manzanares sólo debiéramos imaginar las cuatro casas de una aldea al amparo de un castillo roquero. Esfuerzo tan enorme—y tan inútil—significa una virilidad dispendiada y así nos parece ver, bajo la blanca losa de Palacio, pedestal de una estatua imaginaria, y bajo la cúpula de San Francisco, un viejo gigante de barba rala, exhausto de fuerzas y va-



letudinario, dormitando al pie de una obra que no le satisface. Mientras que el Sena pasa por París palpitando de pasión, como la sangre por un cerebro bien regado. Mientras que el Mosa, capaz de sustentar la capital de un imperio, acoge con ademán risueño la modestia de Lieja, y es alegre, bondadoso, pueril, como si allí se hubiera deslizado la infancia de Gargantúa, el Gargantúa glotón que tantas veces hemos visto pasar por tierra de Flandes.

Contra el artificio va la ley natural de las cosas circundantes que quieren destruirlo. Vamos a conceder que toda ciudad es artificio, que toda civilización, por ser arte, es artificial. ¿Cómo se crea una ciudad? En la obra lenta de los siglos tienen que trabajar diferentes artífices: unos que son de la misma tierra, el elemento autóctono que produce, como el campo una flor, su cultura propia; otros que vienen de las demás regiones nacionales. Entre éstos y los primeros llevan a la ciudad lo que es de la nación, y el Estado les ayuda con el concurso de la cultura colectiva, oficial. Por último, está lo que traspasa la frontera, lo extranjero, que equivale a la experiencia y al trabajo del mundo exterior y que van infiltrando en la ciudad el deseo de bienestar y el interés. Y siendo así, ¿parecerá indiferente el hecho de erigirse Ma-

drid, al pie de la Sierra, frente a la gran llanura, que muere con las últimas ondulaciones de la Mancha?

Estas páginas obedecen al propósito de reunir unas cuantas notas acerca de cuál ha sido, cuál es y cuál ha de ser el influjo del suelo sobre la ciudad. Alguien dirá si es un prejuicio suponer a Madrid retardado por las dos Furias, y acaso un estudio profundo llegue a presentarlas como sus dos Madres; pero no considero trabajo muy difícil el de demostrar de qué manera el pedernal de la Sierra y el terrón manchego han servido de obstáculo para la invención de algo tan abstracto como una ciudad cuyas raíces se extendieran por todas las Españas, trayendo la savia de todas, sumándolas a todas, sin ser ninguna de ellas. Lo que encontraron en Madrid los cortesanos del rey Felipe, empezando por el espíritu de villa fronteriza, ha ido transformándose gracias al elemento provincial que hizo de la Corte su campamento y también su campo de batalla y a la cultura cosmopolita. A las provincias debe Madrid, en primer término, esa cortesía, ese agrado, esa soltura del trato social que no nace de cualidades peculiares, sino de la convivencia en un centro común de tipos, de intereses y de hábitos distintos. Aquí ha venido a luchar y a vivir

en sociedad gente de todos los rincones; tienen que ocultar sus púas para no hacerse daño recíprocamente cuando se aprietan en busca de calor como los puercoespines de Schopenhauer. Tienen que suavizar las aristas hirientes, y de la transigencia común se ha ido formando un carácter nuevo. ¿No es ese el encanto de la vida en Madrid? ¿No será esa también la fórmula de la civilidad que va limando lo agresivo, lo hostile de las individualidades?

Pero muy por bajo de todo eso, por bajo del fondo regional que cada luchador traiga a Madrid, está precisamente el fondo autóctono, el color local, el provincialismo del suelo. Ese es el substrato irreductible, o, por lo menos, no reducido todavía. Yo he tenido en la mocedad el amor a lo pintoresco, y Madrid estaba para mí lleno de encantos, que le absolvían de todas sus culpas. Yo he ido por las callejas vecinas a la cruz del Humilladero y a la Morería, guiado por las leyendas de Mesonero Romanos y las malicias de D. Ramón de la Cruz. Yo he bajado las gradas de piedra del callejón de Cuchilleros quizá en busca de Fortunata. Lo pintoresco, el color local... El color local valdría mucho más si no fuera casi siempre acompañado en estos parajes del olor local. Quizá sea mejor verlo en unas postales, depurado ya por la fotografía, y

mejor aún, en ciertos casos, que se encargue de liquidarlo la piqueta. El concepto de la ciudad ideal, con prestigio histórico, pero viviendo en nuestro siglo, ha variado para mí en unos cuantos años. Hoy no me preocupa mucho la idea de que D. Ramón de la Cruz y su tocayo se perdieran como extranjeros donde antes estuvo la fuente de la Mariblanca o donde ahora está el callejón del Gato. No todas las tradiciones son respetables, y hay escenarios, como hay épocas, que no tienen derecho a la inmortalidad. De ese color local, lo más rudo, lo más primitivo, no es lo más pintoresco, pero ha querido el destino de Madrid que sea lo más perdurable y que, cuando se va limpiando la ciudad exterior, queden todavía el influjo de la Mancha y de la Sierra en la ciudad interna, en la de las almas.

VI

MADRID TRIUNFA

YA hace muchos años...—¿Cuántos? ¿Quizá veinte?—un grupo de jóvenes—los del 98—publicamos en Madrid el primer número de *Electra*. El nombre glorioso de Galdós nos servía como bandera, y al lado de Valle Inclán, Baroja y Azorín, de Maeztu y Benavente, otros menos granados hicimos nuestras primeras armas. En ese número inicial se publicó mi artículo «La capital de la Mancha», que, como el lector habrá adivinado, no era sino Madrid. Pensé traerlo a estas páginas; pero siento un respeto y un temor extraños... Yo no lo tóco... Allí está.

Había en aquel artículo una idea dominante: la de que Madrid se une con la Mancha por los barrios bajos y por el puente de Toledo, y esa unión no marca la línea de un itinerario, sino la más perfecta identidad espiritual. Describía no sólo el puente, sino también la calle de Toledo: el Matadero, las posadas, el Mercado... Las casas viejas que no quieren caerse y las casas nuevas hechas con materiales viejos sobre

el mismo tipo de las casas derribadas... El olor manchego de nuestra política y de nuestras costumbres a ajos y cebollas. La mujer que se aferra en pensamientos y creencias a la tradición... Los gustos y fiestas populares... Los toros... Repito que no quiero exhumarlo. Con estos tanteos olvidados, nos ocurre lo que al cantante que oye un cilindro impresionado por él, y se pregunta: «¿Esta es mi voz?» Recojo aquí, sólo, como si fuera ajena, una sensación que hace veinte años tenía más fuerza que hoy, y que si entonces estaba exaltada por un sano y juvenil espíritu de protesta, hoy sería, más que exagerada, falsa.

Habíamos ido a esos barrios bajos de la mano de Galdós. Nos arrastraba lo pintoresco, la huella de la Historia, de la madre Clío, que nos enseñaba por dónde se escondieron los héroes de los *Episodios Nacionales* y se acercaban al pueblo los de las *Novelas Contemporáneas*. Era además el amor a la picaresca y quizá también el vicio de las bajas aventuras. Pero así como en Toledo admiramos el carácter de la Posada de la Sangre y luego nos vamos a dormir al hotel, así se podía llegar de excursión hasta la Fuentecilla o al Portillo de Gilimón y volverse luego a la calle de Alcalá. Y entonces, lejos del foco buscado voluntaria-

mente, surgía la gran contrariedad de ver que no nos habíamos separado sino en apariencia; que todo Madrid estaba envuelto en el ambiente lugareño y que hacía falta un esfuerzo enorme para soportarlo. Hubiéramos querido nacer en la ciudad de la vida intensa, exaltada y exquisita, como correspondía a nuestro mundo espiritual. Necesitaba nuestro deseo de acción un pueblo idealista y triunfador, y Madrid, tan inconsciente en la lucha como en la derrota, nos parecía por dentro y por fuera el lugar de la Mancha adonde volvía Don Quijote, maltrecho, cuando ya no había pájaros en los nidos de antaño. Luego declaremos que Madrid daba motivos. Sí, ¡muchos, y dolorosos e inolvidables motivos!, para que le mirásemos como capital de un mundo que no era el nuestro. ¡Adiós, época dura, enemiga y cruel! ¡Todos te vencimos! ¡Te venció Madrid! ¡Te vencimos nosotros! ¡Ni siquiera guardas tus víctimas, porque las rescatamos en nuestros recuerdos!

Y como Madrid venció también aquella lamentable época, digo que sería injusto no verlo. Acabó el criterio tradicional que aceptaba y glorificaba el harapo con todas sus consecuencias y conservaba la mugre de lo pintoresco en nombre del Madrid de nuestros abuc-

los. Anticipo aquí, a título de aclaración de estas ideas sobre la ciudad nueva, que considero como cualidad sagrada el carácter, y que la cristalización del genio local en la historia me inspira, por lo menos, tanto respeto a través de las piedras de la calle como a través de las páginas de un libro. Ese respeto, por otra parte, no obliga demasiado en nuestro Madrid, villa de ayer. Para la venerable antigüedad atestiguada, por ejemplo, en Cluny o en las murallas de la City, o de Sevilla, o de Tarragona, son modernos los paredones derruidos de la Almudena, y así no fué difícil conservar, depurar, limpiar sin revoques y ostentar sin mixtificaciones todo lo que conservaba sello propio y matiz local. No ya la historia grande, con su corriente honda y dilatada, sino esa pequeña historia que fluye por mil regatillos de agua cantarina y traviesa, ha ido dejando huellas en todas partes, hasta en Madrid, y el criterio moderno consiste en respetarlas y realzarlas. La última revolución estética ha consistido en hacer conservadora la piqueta.

Era preciso separar granzones y gorgojos del trigo bueno. Y, en realidad, se ha hecho, o, por lo menos, se ha empezado a hacer. En esa época que comprende veinte o treinta años, Madrid dejó perder algunas de sus alhajillas



históricas. Descuidó sus ideas y rebajó el nivel de sus ambiciones, como rebajaba y envilecía la estética de la ciudad. Entonces substituyó las casas *a la malicia* por otras construcciones ruines, cuyo único ideal era la economía. Vinieron los materiales desenterrados de derribos antiguos y las vigas como cepas, añosas y resquebrajadas, sujetas y fajadas con una lía, como enfermas incurables; los tabiques de papel; los pasillos y chaflanes inverosímiles; los cuartos ahogadizos, celdas de castigo... Todo eso da a la calle en barrios enteros, con fachadas que han salido del Rastro, un lamentable rastro de ciudades... Hay que ir deshaciendo los restos de esa época, que nos sale al encuentro avergonzada de sí misma, esperando que la enterremos de una vez. Cuando luce en el cielo de añil purísimo un sol claro y purificador tienen todavía aparente derecho a vivir. Cae la luz plena sobre las casas pardas, sobre los tejados de rojo detonante, y todo parece transfigurarse, dignificarse. Fealdades y defectos aparecen nimbados por el mágico influjo del sol. Hay, en cambio, horas madrileñas, las horas lívidas del amanecer, que nada perdonan. Y días en que ese Madrid es tan triste, tan pobre, que da ganas de llorar. Sobre su pobreza y sobre su tristeza está todavía el sello de ori-

gen, que no puede borrarse. Hay que arrancarlo. Pero ¿qué importa la obra torpe de unos cuantos años si la ciudad de hoy, como está y donde está, es una de las más bellas del mundo?

## VII

## LA SUPERVIVENCIA LUGAREÑA

MAL haría Madrid en avergonzarse de su origen campesino, lugareño; pues muchos hijos de labradores han hecho grandes cosas y fundado nuevas aristocracias. Madrid está hoy fuera de su historia familiar y por encima de la parentela humilde que le recuerda su pasado. Puede exhumarlo con tranquilidad. Fué castillo, como aldea fronteriza, para la guerra de montaña y para la invasión del llano; pero fué también vecindad de hombres del campo, concejo bien dotado, por privilegio real, de sierras y montes. ¿Cómo ha de sorprendernos que por muchos siglos, a pesar de la corte y de la capitalidad, haya conservado el acento labriego del carrascal de Vallecas?

Era Madrid, tal como otros tantos lugares de la Sagra y de la Mancha, villa de caballeros y «ommes bonos», «ommes de orden», que vivían de la tierra, labrando sus propiedades y usufructuando en los montes y sierras de señorío real el derecho a pastar con sus ganados, hacer carbón, cazar y cortar leña. Vecinos,

herederos y moradores guardaban con aspereza sus privilegios sobre el albarrán o forastero. Vivían de unos y otros y de su industria carpinteros, cardadores, «ferreros de azada», pisadores, tejedores... Tejían éstos sayales de lino asedado; trapo de lino, cáñamo y trapo gordo. Vinaderos y taberneros luchaban con la justicia de los fiadores, como hoy. Abría su puesto en la plaza al salir el sol la panadera, «et si la falaren pan menguado de tres panes en arriba pechará medio maravedí». Ponía en su tabla el carnicero, carne de «capra bona et de oveia bona»; o bien de ciervo o de oveja o carne cutral, que quiere decir de vaca vieja. Y alguna vez—¡pecado mortal!—carne de trifa, de los ritos judíos, por cuya venta nefanda el fuero le castigaba al pago de 12 maravedises, y, si no los tuviese, a ser ahorcado. Porque, por bajo del albarrán estaba el moro, converso o no, y por bajo del moro el judío. Venían al mercado pastores, vaquerizos, hortelanos de los arroyos y pescadores del Guadarrama. Ferias de Cuadragesima y ferias de agosto, la venta del ganado, andadores, arrieros... Y todo el año los «hijos de colazo», los mozos de labor, los porqueros, los muleros salían antes de amanecer y volvían en sus mulas al ponerse el sol como los gañanes de El Toboso. El Fuero Viejo que

el rey Alfonso VII dió a Madrid en 1202, contiene esta cláusula singular: «Que todo el omme que vaca corriere dentro en la villa, o toro, peche dos maravedís a los fiadores, et quando le metieren la vaca o el toro a la villa, métanla atada con dos sogas, la una a los cuernos et la otra al pie: et todo el omme que piedra o es-carrocha tirare a la vaca o al toro, et qui corriere en el coso con lanza o con astil agudo peche dos maravedís a los fiadores por cada cosa que ficiere desto que la carta vieda» (1). Los días de concejo, «a campana tañida» llegaban los caballeros y hombres buenos al corralón de la parroquia del Salvador, el Alcalde con sus alguaciles, los voceros y los pesquisidores y los jurados del rey. Tenían plaza entre ellos los mayordomos del azor. Oían al pueblo, administraban justicia y era frecuente que un hábil cedrero llegase a caballo, con su cítara, para cantar en el Concejo, por lo cual, según ley, no había de dársele más de tres maravedís y medio, o sea sus 280 reales, casi la tercera parte de lo que valía la vida de un carnicero. Alboreaba el siglo XIII cuando ya Madrid rom-

---

(1) *Documentos del Archivo general de la villa de Madrid*, interpretados y coleccionados por D. Timoteo Domingo Palacio. Pub. por orden del Excelentísimo Ayuntamiento. Madrid, 1888, t. I, pág. 59.

pía sus estrechos muros. Pronto su gobierno exigiría cuatro alcaldes—mientras a Toledo le bastaban dos—y numerosos pesquisidores y jurados. Habían de celebrarse Cortes repetidas veces. Y ya mediado el siglo XIV es cuando pide al Rey la primera escuela, el primer maestro que enseñase «a los fijos de los ommes bonos», pagándole de bienes del Concejo *porque no quería estar allí ningún maestro si no se le diera alguna cosa para su mantenimiento.*

Durante muchos siglos, como fué elegante decir de las odas de Meléndez, Madrid olía a tomillo y a espliego. Era la corte sin dejar de ser el lugarón. Pero esto es muy poco. Para completar la idea hace falta agregar que éste no era un lugarón cualquiera, sino un lugar de la sierra del Guadarrama y un lugar de la Sagra alta. El privilegio real de pastos, caza, leña y carboneo habíase convertido en la esperanza del favor del Rey y de sus secretarios. Cada año vivían los vecinos más dentro de la villa; cada año eran ellos más y las tierras menos. La Casa Real cerraba el paso a la transmisión de la propiedad por el Pardo y la ribera del río; la de Medinaceli por la Moncloa, a más de los conventos por todas partes. Ya no salía ganado a la labor como no fuera por el lado de Fuencarral y por el camino de Alcalá. Sin

## ENSAYO SOBRE MADRID

embargo, Madrid seguía absorbiendo, como un árbol de raíces profundas, savia lugareña y montaraz. Los pueblos no le abandonaban; al contrario, mandaban su tributo de hombres que entraban como forasteros calle de Toledo arriba y acababan por ser vecinos de Madrid. Éstos eran los que más fácilmente se unían en casos y costumbres, y en ideas, al buen pueblo, para lo bueno como para lo malo. Ellos mantenían la supervivencia lugareña; mejor dicho, ayudaban a mantenerla, porque aun sin esta transfusión de sangre hermana, no era tarea de poco tiempo cambiar el natural del madrileño primitivo. Cuenta D. Eugenio de Ochoa que al volver del extranjero siempre le sorprendió el ceño fosco que encontraba en las gentes que sin conocerse unas a otras no se podían tener por enemigas, ni había razón para que se miraran de través. Yo me lo explico porque, sin duda, para el madrileño todo desconocido era el «albarrán». Ha conservado la sequedad estética que ya no es castellana, no— conviene precisarlo bien,—sino manchega. Castilla tiene la severidad, las líneas anchas, la solidez.—El castellano, como el inglés, pisa firme dentro de sus zapatos. Al hombre de la Sierra no le importa ir descalzo, y el hombre de la Mancha está pensando en pisar a los demás.—

Esta severidad castellana en la Sierra es miseria más que pobreza, e inanidad en la Mancha. ¿Cómo ha de ser Castilla la tierra del nihilismo estético? Hay en ella pasión, emoción bajo la dignidad. Sólo esta otra tierra seca y llana, desarbolada por tradición, es menos que la tábula rasa. Quizá una de las cosas que más daño han hecho a Castilla es esa confusión que, a fuerza de correr en labios de enemigos, casi ha acabado por aceptarla ella misma. No es Castilla, y, si ha sido en un tiempo Madrid, ya no es Madrid, la tierra llana que empieza más allá del puente de Toledo.



VIII

MÁS ALLÁ DEL PUENTE DE TOLEDO

VAMOS a tender una gran mirada sobre el Sur de Madrid, sobre la tierra parda que va desde el Manzanares al Tajo, donde no hay memoria de que existieran nunca amenas frondas, ni montes poblados, ni ricos pastos. Vamos a seguir, paradójicamente, desde un aeroplano, el camino del puente de Toledo que se abre hacia Carabanchel, Leganés y Fuenlabrada y luego hacia esos pueblecitos de la Sagra, hermanos de los de la Mancha, tan secos hoy—más secos y más pobres quizá—que en los días gloriosos de nuestro señor D. Quijote.

El aeroplano no nos aleja de esos lugares más que el tren; al contrario. El tren nos absorbe y nos distrae con los varios episodios de su propio ambiente cosmopolita. Lleva su gente, sus hábitos y su aire, y cuando nos asomamos a la ventanilla, la vía nos ofrece una visión muy parcial y a veces muy falsa de la tierra que atraviesa. Allá arriba estamos, en cambio, solos en la intimidad de una tierra que se nos muestra toda de una vez. Cada pueblo aparece destacado y escueto, ni más ni menos

que como es. Y si juzgamos mejor de su vivir, no por el suceso de un día, sino por toda su historia, la rápida visión de un segundo a 1.000 metros de altura nos da también idea más exacta que muchas vueltas por sus callejas. Desde lo alto se juzga mejor la fraternidad de dos aldeas que acaso estén viviendo en discordia perpetua, pero que son hermanas porque luchan contra la sequedad del mismo suelo y contra los mismos rigores del viento y del sol.

Además, al subir hemos tendido bajo nuestros pies un leve velo azul. Velo piadoso para estos terrones donde el arado escribe desde hace tantos siglos iguales trazos. En primavera, cuando los trigos están granando y todo el labrantío luce su vestido de esmeralda, el más alegre, los campos de Madrid son como un mar. En pleno estío, ya doradas las mieses, el sol, que reverbera en las alas inmóviles del aeroplano, le convierte en una abeja de oro escapada del gran incendio de la tierra. Y ese tenue velo azulado, que todo lo suaviza trae maravillosas irisaciones rosadas que vienen de los más humildes barrancos y de las más desoladas colinas. Ahora, en el otoño, esta tierra parda, árida y bronca, tiene, para que la respetemos, su gravedad, su pobreza trágica.

Pero los pueblos que dejan a la luz el cui-

## ENSAYO SOBRE MADRID

dado de embellecer el campo son siempre de aspecto miserable. Miradlos. Pasa por ellos la cinta de la carretera. Hay una iglesita con su torre mocha. Una plaza sin árboles. Entre varias docenas de casas, una o dos que descuelan un piso más. Tejaditos y corralizas. Vertederos. Si el pueblo es grande y rico—Parla, Fuenlabrada,—no habrá casas derruídas, los tejados serán más nuevos, las tapias de adobes más altas, y quizá entre su centenar de corrales haya un rosal en un jardín. Pero son muchos los pueblecillos desmantelados. Más lejos, a orillas de algún arroyuelo, se alzan, como restos de una población primitiva y perseguida una veintena de álamos que han querido unirse para morir juntos. De un pueblo a otro la carretera va leguas y leguas sobre tierras de pan llevar. Ese puntito blanco es la lona del carro del ordinario... ¿Y los hombres? ¿Y las almas?

Allá abajo empieza ya otro terreno más ondulado y más jugoso en que las tierras vistas desde el aeroplano tienen un tono rojizo; pero en muchas leguas a la redonda, más gris o más arcilla, más sembrados o más barbecho, la llanura se extiende con eterna monotonía. Pueden dar buenas cosechas y llenarse los graneros y enriquecerse el labrador; pero el aspecto es siempre pobre y el espíritu siempre pardo.

## IX

## FILOSOFÍA DEL VUELO DE DON CLEOFÁS

**E**L aeroplano vuelve sobre Madrid, y es un espectáculo para los vecinos de la calle de Toledo. Las lindas muchachas levantan la barbilla al cielo y sueñan con aventuras heroicas y raptos extraordinarios como en las películas. Los muchachos imaginan que son ellos mismos los que vuelan, y merced a ese aparato tan sencillo, tan frágil, se creen capaces de emprender la conquista del sistema planetario. Es el triunfo de la energía humana y del entendimiento humano puesto como espectáculo al alcance de los que viajaban por Madrid no hace muchos años en tranvía de mulas y aun de algunos contemporáneos de la primera locomotora que fué de Madrid a Aranjuez. Es decir, lo maravilloso realizado, divulgado y vulgarizado. ¿Se me autorizará, con este motivo, un paréntesis que, como se verá, no es del todo ajeno al asunto principal de este ensayo?

El primer vuelo sobre Madrid de que yo tengo noticia exacta fué el de don Cleofás Lean-

dro Pérez Zambullo con el diablo cojuelo. Andaba por los tejados don Cleofás, huyendo—como sabe todo el que haya leído a Vélez de Guevara—de la justicia y de un falso testimonio, cuando dió en un desván con la redoma de cierto astrólogo. No dice Guevara dónde estaba el desván; pero lo indudable es que el primer vuelo con pasajero lo hizo el diablillo que salió de la redoma con don Cleofás, desde la guardilla o buharda hasta el chapitel de la torre de San Salvador, atalaya mayor de Madrid. Para ello le bastó asirle de la mano. Sin aparato—por lo menos no lo describe,—sin motor y sin timón. Como se ve, la cosa más sencilla del mundo. Don Cleofás y aquel demonio *deportante*—que así le llama Vélez de Guevara, anticipándose al vocabulario de nuestro siglo,—iban «flechados de sí mismos». ¡Admirable invención!

Pero don Cleofás perdió el tiempo miserablemente preocupándose en ver lo que pasaba de tejas abajo en las casas de la villa y Corte. Tuvo ocasión de ir a Constantinopla, y no fué. Recuérdele el lector. El diablo recorrió en pocas horas desde Madrid a Ginebra, desde Ginebra a las Indias, desde las Indias a Venecia. Voló sobre Italia de Sur a Norte. Don Cleofás sólo se atrevió a ir a la venta de Dopazután, en

Sierra Morena, y a emprender un recorrido de menos de cien leguas por Andalucía. Tan poca estima tuvo Vélez de Guevara por su demonio volador, que le dejó prender por un alguacil, y en la cárcel de Sevilla le hizo acabar sus viajes. Desperdió el estudiantillo don Cleofás la mejor ocasión para correr mundo, y se redujo a repasar la guía de la Nobleza castellana y andaluza, sus vicios y sus buenas prendas, lo cual podía muy bien haberlo realizado a pie y sin demonio de ninguna clase.

Buscando en los procesos de la Inquisición es fácil que encontremos vuelos sobre Madrid de fecha anterior al de don Cleofás. Para ir a Zugarramurdi, cabalgando sobre una escoba, en la noche del sábado, no necesitaban las brujas que se resolviera el problema del aparato más pesado o más ligero que el aire. Indudablemente, Vedrines siguió millares y millares de huellas o de aéreas estelas al venir desde la frontera de Francia hasta Carabanchel, y cuando González Camo—un aragonés, capitán de Caballería,—voló el primero en aeroplano, a trescientos metros sobre Madrid, la novedad no consistió sino en el procedimiento.

Pero, en el fondo, ¿qué más da el auxilio maravilloso del Diablo Cojuelo o del propio Lucifer que el de la Ciencia moderna? Tan de fuera

nos vino el uno como el otro. Don Cleofás, estudiantón travieso, vecino de Madrid, ocupado en intrigas y esperanzas cortesanas, se halla de pronto con un diablo que le da la mano y le lleva a lo alto de la torre de San Salvador. Si no va más lejos es porque él no quiere y porque no le interesa sino lo que puede mirar desde aquella atalaya. Nuestros aviadores se han encontrado, sin trabajarlo, sin pensar en ello, con el aparato milagroso. Muchos esfuerzos, muchas vidas sacrificadas significan las breves fórmulas para fabricar un aeroplano. Centenares, millares de hombres han gastado su cerebro, su fortuna, su tiempo y alguna vez su existencia en dar realidad al sueño de Ícaro. Una colaboración constante e ininterrumpida de voluntades ardorosas ha tenido la virtud necesaria para vencer todos los obstáculos. Y el divino juguete, resuelto ya en teoría y en práctica, viene a ponerse, como un caballo domado, a nuestra disposición. No hay sino aprender a manejarlo y subir en él. No hace falta la fantasía de don Quijote cabalgando sobre Clavileño, porque Clavileño no volaba—nuevo testimonio de la desesperanza de Cervantes,—mientras que esta máquina, fabricada, no por astrólogos, sino por ingenieros, vuela de verdad.

Comodidad la nuestra que costará, indudablemente, algunos sacrificios. «¡Que inventen ellos!»—ha dicho Unamuno.—Pero no se acordaba de la subordinación de don Cleofás al Diablo Cojuelo.



X

LO CASTIZO EN EL SAINETE,  
Ó MÁS SOBRE LA SUPERVIVENCIA LUGAREÑA

EL sainete nos ha revelado en todo tiempo las costumbres y los sentimientos del pueblo. Es interesante buscar en el sainete al *Madrid castizo*, frase que se emplea siempre con cierto énfasis y casi en tono de reto, y que, sin embargo, es muy exacta. El sainete nos da noticia de lo que perdura de la casta, lo que lleva el pueblo «en la masa de la sangre». Ese concepto de lo castizo excluye los dos elementos exteriores que ayudan a ir formando la ciudad: el forastero y el extranjero. Queda el madrileño neto, y es, por lo tanto, como si nos lo hubieran aislado para facilitar el análisis.

Estos últimos años terminó un ciclo del género y apenas empieza a dibujarse el que ha de sucederle. Habíamos llegado a la decadencia. Más de una vez, al terminar la representación de uno de estos sainetes madrileños en que aparece lo más insubstancial de la barbarie populachera, hemos salido preguntándonos:

«¿Qué pensarán en provincias del pueblo de Madrid, si se atienen a la obra que acabamos de ver?» El carácter local, lo típico, lo castizo en el sainete da idea de una pobreza espiritual tan grande por lo menos como la pobreza económica. Miserables, paupérrimos, eran de palabra, de sentimientos y hasta de corazón, que es lo peor y lo que estaban más lejos de sospechar nuestros saineteros. Ya no desfilaba, sin embargo, el tipo del cesante, ni el del poeta, ni siquiera el del maestro. Se había reducido el sainete a tipos populares de orden inferior. El elemento cómico que podía resultar de la exhibición de estos tipos quedaba desvirtuado por el triste efecto que causaban.

Don Ramón de la Cruz puso siempre en lo que hoy diríamos observación del natural su comentario irónico y zumbón. Basta leer cualquiera de sus más celebrados cuadros de costumbres para comprender cómo quiso siempre mantenerse por encima del hormiguero que se complacía en describir. Lo prueban todos sus sainetes tragicómicos, aplaudidos por el pueblo de Madrid, como si viera en ellos su caricatura. Otro gran sainetero socarrón de la buena cepa, pintaba, en efecto, con mucha habilidad; pero al mismo tiempo se reía. Conste que el género de D. Ramón de la Cruz nunca ha llegado a

interesarme. Me han parecido estos escritores populares, echadizos de la aristocracia o de la burguesía, que llegan al pueblo y se entusiasman y conviven aparentemente con él, elogiándole lo típico de sus costumbres; pero sin tener nunca un momento de emoción ni de piedad. La observación burlesca es cruel cuando se trata del pueblo y cuando el autor vive en espíritu a cierta distancia, la necesaria para que no le moleste el olor, demasiado penetrante, de humanidad. Era, sin embargo, el pueblo de 1808.

Pero ¿qué diremos del sainetero colocado al nivel del pueblo, satisfecho de sus tipos, compañero en gustos y aficiones, igual suyo en cultura y, por lo tanto, enamorado de los modelos? Como pasión quita conocimiento, y como la noción de lo pintoresco llega más vivamente al que se mantiene fuera del cuadro, estos retratos serán falsos, puesto que están hechos desde dentro, sin perspectivas, sin términos comparativos. Lo típico, lo característico de una gran ciudad, pide más la comedia que el sainete, o acaso un género nuevo que no tardarán en descubrir los autores, puesto que Madrid tiene ya vida nueva que está inédita.

El que sirve mejor a nuestro propósito es el ciclo del sainete que presidió Ricardo de la

Vega. Domina en él lo aborígen, lo indígena y, aceptando la inexactitud geográfica, lo manchego. Don Ricardo de la Vega fué, más que madrileño, un honrado vecino de Getafe. Yo le he visto en la plaza del pueblo, en día de toros—esos días tan manchegos de vino y de so!, de riñas y de bailes—, me acuerdo de su cara maliciosa, de sus palabras lentas para que fueran recalándose las intenciones, y nunca he podido imaginármeme más que en Getafe. Él vió muy bien el enlace espiritual de Madrid con esos pueblos labradores que viven a dos leguas de la ciudad y a cien mil de la civilidad, y que comunican con la Corte por la Puerta de Toledo. Consciente o inconscientemente, escribió para ese público medio lugareño medio cortesano, e hizo, en efecto, el verdadero sainete de barrios bajos; Julián, el cajista que gana cuatro pesetas—«¡Maldita sea la!»—, podía ir lo mismo que a la verbena de la Paloma a la de cualquier lugarón de pretensiones.

Pero en eso hay una formidable crítica que a D. Ricardo le molestaría mucho si pudiera verla en letras de molde: la lentitud, la horrible lentitud del pueblo de Madrid para salir del cauce lugareño por donde han corrido secularmente sus ideas y sus pasiones. Testimonio de esa resistencia nos lo da en el sainete un

recurso cómico que usó discretamente D. Ricardo de la Vega, y que exageraron otros autores después de él; consiste en el abuso, más que uso, de palabras extrañas a la cultura de quien las emplea. López Silva hizo de este recurso, legítimo y muy gracioso, el plato casi único de su cocina, bastándole para ello aderezarlo con sal gorda y guindilla picante. Un chulo transformando a su modo el léxico de los artículos de fondo y de los discursos parlamentarios, tiene gracia; casi tanta gracia como un «negro catedrático». Pero basta esta sencilla asociación de ideas para comprender lo que significaba la insistencia reiterada, una obra y otra, un año y otro año, de ese elemento cómico. Los saineteros exageraron, y el pueblo, por buen humor, exageró también. El de París usa las palabras a su modo, se aprovecha de ellas, las abrevia. Muchas veces innova y busca matices. Las palabras son para él utensilios, y se familiariza con ellas. Pero si el de Madrid siguiera aceptando esas caricaturas sainetescas, hubiera demostrado una incapacidad para el progreso que en conjunto no tiene.

¿Qué sentimientos encontramos en los personajes del sainete castizo? Apenas hay tres o cuatro fundamentales: el primero de ellos, el amor filial; mejor dicho, el amor a la madre.

Ese es un sentimiento intangible. El del padre ya es otra cosa. El otro amor entre hombres y mujeres tiene siempre derivaciones violentas que están lindando con la crónica de sucesos. Ya se sabe que el crimen madrileño es el del amor a la fuerza: «¡O me quieres o te matol!» La mujer que en Madrid es enérgica e inteligente, ha de librarse por astucia; pero no es raro encontrarla presa de temores indefinidos. La mayor parte de los guisos que se queman en las cocinas madrileñas habrían salido bien si la cocinera estuviese segura de los sentimientos pacíficos de su novio. Y yo he observado, que después de popularizarse en los cines la «danza de los apaches», muchas jovencitas de los barrios bajos adoptaron un aire trágico y entraban en el taller mirando tenebrosamente con el rabillo del ojo, sin riesgo de pasarse luego diez horas para ganarse una peseta, con lo cual no eran víctimas de ningún apache, sino de la maestra.

Está también registrado en esa literatura el sentimiento de la amistad; pero no es difícil ver que se trata más bien de la cuadrilla o partida contra algún enemigo. Es enemigo siempre el extraño, el desconocido, el recién llegado. Ya hemos hablado de lo que era en otros siglos *el albarrán*. Y este sentimiento de hostilidad,

## ENSAYO SOBRE MADRID

propio de pueblos cerrados y pequeños, es castizo. Humanidad. Respeto de la personalidad ajena... De eso no se hable. Lo más inocente del sainete es la burla; la *tomadura de pelo*, que revela el concepto de la superioridad propia sobre todos los que no conozcan las costumbres, las personas y hasta el léxico, o, para hablar con precisión, «los timos» del pequeño mundo vecinal en que se mueven.

Lo castizo va dejándose arrollar, afortunadamente, por la invasión de fuera y por el Madrid, obra de toda España. ¿Cómo escucharán hoy un diálogo de López Silva los obreros de la Casa del Pueblo? Seguramente muchos se indignarían. En pocos años Madrid ha ido muy de prisa.

## XI

## LA DIVINA SIERRA

**E**s una divinidad carpetana, ceñuda y glacial; divinidad que desdeña su culto, sus sacerdotes y las víctimas que se le inmolan. Si imagináis el Olimpo carpetano en lo alto de la Maliciosa crearéis unas deidades amigas del silencio que luchan entre sí torvamente y que no aman a los hombres. Esas víctimas inmoladas a la Sierra por sus ministros los Vientos, yo las he visto salir entre la niebla—desprendida ya la envoltura carnal—y buscar a la hora del crepúsculo, en la estigia de Peñalara, la barca que ha de llevarlas ante la diosa guadarrameña. Van juntas para darse ánimos, porque aquellos riscos son temerosos al ponerse el sol. No hay barca. No ha llegado Caronte. Y como las almas vienen de Madrid, protestan: «¡Esto es un escándalo!—¡Qué servicios! ¡Qué falta de organización!» E impacientes, toman la vuelta de la laguna, tropezando en las rocas, transidas de frío—un frío que cala los huesos de los muertos,—hasta que se convencen de que nadie les espera, de que han



sido sacrificadas para nada, en nombre de la Nada... Y la luna llena, la luna, fría también y no menos insensible que la Sierra, se asoma a verlas caídas entre los canchos y muertas por segunda vez.

Es divina, porque es insensible y porque es eterna.—«Lo mismo que nosotros, hoy, los madrileños, contemplamos el Guadarrama, le miraron ya aquellos otros anteriores a Cristo en varias decenas de millares de años, cuyas armas y utensilios de pedernal yacen en el actual cerro de San Isidro, sedimento de antiguos arrastres.»—Así ve a los primeros hombres ante el Guadarrama Constancio Bernaldo de Quirós (1), que ha estudiado la Sierra con amor de geólogo, como si fuera su historiador y, acaso sin saberlo, su poeta. Tan bella es esta idea del troglodita mirando hacia los montes desde la ribera de un río, futuro asiento de una ciudad, que evocamos su temor religioso ante las nubes negras que vienen de la Sierra y le vemos ir de cerro en cerro persiguiendo la muerte del sol. ¿No saldrá todavía ese hombre cuaternario del fondo de su cueva, una vez siquiera cada siglo, para ver si algún día vuelve

---

(1) «Guadarrama». Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, serie Geológica, número 11.—Madrid, 1915, pág. 28.

a encontrarse con hombres como él? Le falta el peligro, el terror de las fieras que le acechan. Le sobra Madrid. Pero él y la Sierra son los mismos. Allí cae, como ayer y como siempre, la llama milagrosa que va rodando lentamente por el cielo y que se hunde en los picos del Guadarrama, tiñéndolos de sangre. De allí vienen los vientos, las nieves y el agua de ese río que le apaga la sed. Cuando Madrid no exista —¡oh! ¡estas obras humanas tienen principio y tienen fin!— la Sierra perdurará con el mismo nervio de granito y con la misma frialdad, con mayor frialdad aún en sus entrañas, que por eso son divinas.

¿Es más dulce hoy la visión de la Sierra? ¿Podemos decir que empezamos a domar a la Furia? Lo primero ha sido comprender la belleza del Guadarrama desde las vegas hasta la cumbre, que ofrece paisajes «de la más pura desnudez geológica». Hace años, en un estudio sobre Galdós, *Clarín*, que vivía en Oviedo y acaso al mirar hacia acá se encontrara con el soberbio panorama de los Picos de Europa, admiraba con un poco de malicia asturiana la sencillez de D. Benito, que se extasiaba con la grandeza del Guadarrama cubierto de nieve, y hoy vemos que era Galdós quien, por amor a Madrid—lo contrario del crítico,—tenía sensi-

bilidad para apreciar el valor estético de una tenue pincelada blanca. Madrid miró hacia la Sierra y acabó por ir. Fué poco a poco poblando algunos valles de tejaditos rojos. Condujo sus caravanas veraniegas y se dejó robar de los sencillos naturales del país. Con esta falta de respeto, democrática, que caracteriza a nuestro siglo, hemos prescindido de la divinidad y ha llegado a ser para nosotros un personaje nuevo, un amigo nuevo con quien trabajamos amistad todos los veranos, sin riesgo de olvidarnos mutuamente cuando llegan los fríos. Y he dicho que es un amigo nuevo porque Madrid ha vivido durante siglos más lejos de la Sierra, en relación y trato, que del Cantábrico y del Mediterráneo. No por iguales razones, pero en el fondo por algo semejante, los melillenses no habían ido hasta 1909 más allá de los fuertes a explorar las laderas del Gurrugú.

En otra época, cuando los omnes buenos de Madrid habían la Sierra por suya hasta la divisoria de aguas de Segovia, y aun más tarde, cuando Madrid empezó a ser corte sin dejar de ser cortijo, los robledales, los encinares, las agrestes peñas, la Maliciosa con su nube negra coronándola de tempestad y los valles aromados de tomillo y cantueso tenían quien los mi-

rasedo todo el año con amor. Las *serranillas* son gritos de alegría; encierran todo el saludable entusiasmo sentimental de los nobles caballeros por la naturaleza brava de la Sierra personificada en esas flores silvestres que unas veces eran ariscas y otras se dejaban vencer, pero que siempre aparecían por los caminos garbadas y lozanas. ¡Parad el caballo trotero, Marqués de Santillana, y decidme cómo os parece hoy «la vaquera de la Finojosa», si no me confesáis que entonces no la conocisteis y que hablabais de la «moza hermosa» por imaginación! Viendo alguna vez los medros de las que ahora corren la Sierra, pensamos cómo podrían llevar a horcajadas la poderosa humanidad del arcipreste de Hita. ¿Era la *serranilla*, solamente, un género literario? No. La raza se ha empobrecido. ¿Eran serranas del valle las que tropezaban los amadores andariegos? De lo que no puede haber duda es de que al cruzar la Sierra caballeros y caminantes de Asturias, de Castilla o de León, peregrinos, soldados, nobles y príncipes con sus cortejos, a jornadas cortas y deteniéndose aquí y allá a medida del deseo, vivían largas horas en ella, conocían sus puerros y sus pasos y la estimaban más que los displicentes viajeros del rápido, acostumbrados a pasar sin asomarse a la ventanilla. No la ha-

bían abandonado aún los grandes señores. Ved el retrato de D.<sup>a</sup> Catalina Suárez de Figueroa, la Marquesa de Santillana, de rodillas en su sitial, sola con sus pensamientos, entre los muros de su palacio. Esa dama, con su cofia de lino, su túnica de seda roja y su manto de velludo verde, rodeada de sus damas y su corte de caballeros y servidores, va a abandonar el campo de Buitrago por su castillo del Real de Manzanares, al pie de la Sierra. Correrá sus dominios y encontrará el valle todo poblado de frutales. Dormirá en lo más sosegado del Guadarrama, bajo los picachos de las Pedrizas, y su morada —¡tan bella de líneas, tan airosa!— no parecerá al pasajero obra de señor feudal, sino fantasía de trovador.

Viendo la paz y la serena transparencia del cielo en estos valles del Guadarrama, los reyes de estirpe extranjera buscaron también en ellos su retiro. Felipe II, un Austria, levantó el monasterio de El Escorial; Felipe V, un Borbón, mandó trazar el palacio y los jardines de La Granja. No es absurdo creer que uno y otro huían de la Furia más temible: la que acomete a Madrid por el Sur, y preferían caer del lado de la Sierra. Pero el pueblo, no ya la corte, fué perdiendo el contacto. Cuando nosotros empezamos a vivir, el castillo del Real de Manzanares

no era sino una silueta, una ruina solitaria, y La Granja y El Escorial se nos aparecían como oasis artificiales en el desierto desapacible del Guadarrama. Don Francisco Giner hubiera contado con deliciosa sencillez cómo empezó el nuevo descubrimiento de la Sierra y cómo va extendiéndose el ambiente de la gran ciudad hacia los valles vírgenes por donde todavía no pasa el tren ni la cinta blanca de una carretera.

XII

MADRID, DICIEMBRE; DÍA DE SOL

**A**BRO, al levantarme, las maderas de los balcones. Entra el buen sol de la Sierra, un sol de verdad que casi calienta. Miro al cielo. ¡Espléndido regalo celeste! Tan nítido, tan inmóvil, tan hondo como puede ser un cielo sin estrellas. ¿A qué se parecen este sol y este cielo? Desde luego, su transparencia es cristalina, diamantina, de agua quieta entre rocas. En lo alto del Guadarrama hay lagos que tienen el agua más clara del mundo. Este sol y este cielo están reflejándose ahora en el agua clara y quieta de los lagos del Guadarrama y envuelven a Madrid en la misma transparencia diamantina. Si abro el balcón, entrará en casa el aire de la Sierra. Todos juntos: el cielo, el sol y el aire de hielo se meterán dentro como deidades frías sin humanidad y sin piedad. Me preparo, sin embargo, con los nervios tensos, porque sé que hay que darle a la vida el espolazo matinal. Me preparo a luchar, primero contra esas deidades frías, indiferentes—pero ene-

migas,—y luego contra todos y contra todo. Abro, pues, el balcón y entra, en vez del enemigo traicionero que esperaba, porque le conozco, un airecillo tibio, amable; un airecillo de estufa milagrosa bajo la gran bóveda azul. Agradecido y conmovido, tomo este baño plácido, de alegría, y acepto la invitación de la calle, que me llama. Quedan sobre la mesa las cuartillas, los libros... No pueden ofenderse, porque ellos, hijos también del padre Sol, saben que los encontraré luego, que los encontraré siempre, mientras que esta hora fugitiva y saludable, si la pierdo, no volverá.

¡Qué encanto tiene Madrid, por la mañana, en pleno sol de invernadero, si queremos buscarle en los jardinillos de Recoletos y del Prado! Es el encanto de todos los jardines de todas las ciudades civilizadas; pero además es un encanto suyo que está hecho del humor caprichoso y el genio quebradizo de su cielo. Juegan los niños en la arena de los paseos, va el agua caminando por los arriates y cae de los surtidores, apaciblemente. No hay pájaros ya; pero los autos, que se deslizan sobre el asfalto como si lo surcaran, suenan sus bocinas de alondra o sus gritos roncós de fauno en celo. El sol calienta. Es cierto. El aire va despacio, perezosamente, como los vagabundos, o salta



## ENSAYO SOBRE MADRID

en pequeñas ráfagas como los perrillos que se persiguen.

Y en estos días, en estas horas blandas, es cuando Madrid nos conquista. Pensamos que es un paraje único, que es la única gran ciudad de Europa donde no triunfa el gris, la única que no nos hace respirar humo, niebla y carbón. Estos días también nos inclinamos en favor suyo contra las otras ciudades españolas que quieren destronarla. El sol no bastaría, no; pero nos predispone bien. ¿Qué ha dado Madrid a España, además del cielo y del suelo; el cielo voltario y el suelo ingrato? ¿Cómo puede luchar la villa estéril, la villa neutra, con Barcelona, abierta al Mediterráneo; con Bilbao, que echa sus barcos cargados de hierro hacia Inglaterra; con Sevilla o con Cádiz, que miran hacia América? Tiene su secreto y lo guarda. Es el «ambiente deleitoso» de que habló Maragall cuando huía para no caer bajo el influjo de lo que condenaba después desde su *çibtat* como «siniestro encanto». «Sentimos que habíamos empezado a amar a la capital, y que algo, muy poco todavía, se desgarraba en nosotros al arrancarnos de ella.»

## XIII

## DESAMPARO DEL GUADARRAMA

*... Llegó la nieve temprana  
con un otoño de frío...*

ENRIQUE DE MESA.

CUANDO llega la nieve temprana, que llega siempre, huye a Madrid el hombre de ciudad y el Guadarrama se queda solo. Como la Muerte, entrando silenciosa en un baile, entra el otoño de frío en la Sierra, y el bailarín, sobrecogido, con cara grave, toma cobardemente la puerta. Es serio, muy serio, el ceño de la Sierra. La gran soledad del Guadarrama, la gran desolación de los días invernales, ¿no os ha hecho pensar—hablo a los fugitivos—en que si vosotros os vais quedan allí centenares, millares de seres que son tan hombres como vosotros? Siempre que miro hacia el azul del Guadarrama coronado de nieve, pienso en los que viven una triste y miserable vida todo el año como víctimas de un cruel destino, que no tienen ánimo de evitar, y es posible que ni siquiera sean capaces de comprender. He citado ya un librito admirable, publicado sin rui-

do, pero tan sobrio, tan apretado y tan lleno de cordialidad que todo madrileño debiera conocerlo. Titúlase *Guadarrama*. Lo trabajó Constanancio Bernaldo de Quirós en innumerables correrías por toda la Sierra y lo escribió hace ya cuatro o cinco años para la Junta de Ampliación de estudios. He de citar también otros dos libritos: éstos de un poeta intenso y concentrado, el poeta del Guadarrama, Enrique de Mesa. Se titulan *Andanzas serranas* y *El silencio de la Cartuja*. Si leemos estos libritos veremos deshacerse la divinidad de la Sierra y descubriremos cómo nos mira con rencor de mujer queriendo vengarse del desamparo en que dejamos a sus hijos. Ese ejército de montañas, emplazado como una guardia o como una amenaza frente a Madrid, guarda el dolor y el rencor de los siglos. Entre la ventisca de nieve sube un «pastor cetrino arrugado y cenceño». El poeta, el único hermano de los humildes, ve su entero corazón de roble bajo la ruda corteza.

«¿Qué sentimientos guarda  
 su pecho enjuto bajo el paño tinto  
 de la anguarina parda?  
 Honda lleva en el cinto  
 para apriscar la desmanada oveja,  
 mas no para lograr lo que el instinto  
 le pide en ley o le demanda en queja.»

-- «¿Qué piensa este retrasado Cro Ma-

gnon?—dice por su parte Bernaldo de Quirós ante el mismo hombre, que sólo puede comparar con el *Segoviano*, de Zuloaga.—¿Qué piensa avanzando con los ojos huraños ante el vasto mundo? Su cerebro está inerte, reaccionando sólo a las más elementales sensaciones del exterior.»—¿Quién lo liberará?

«Tendido en las barrancas  
o en el pelado llano amarillento,  
mira sin pensamiento  
el paso augusto de las nubes blancas.  
Pero ¡ay! cuando en la sierra,  
allá en el alto majadal, responda  
el silbo de la honda  
a la inquietud de la angustiada tierra...»

El poeta y el hombre de ciencia han coincidido en la misma reflexión dolorosa. No hay «serranillas» ya, letra ligera, galantería de bur-las. El sentimiento de la Naturaleza brota de fuentes más hondas, y para expresar el amor a la Sierra no se vale de la moza hermosa.—«La Venus del Guadarrama, grata a Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, viandante de los puertos, mostraría senos rudimentarios y caderas poco prometedoras. ¡Pobre Venusa la que asexualiza, metamorfoseándola en la profunda regresión del tercer sexo, la miseria del suelo que la sostiene!» No hay sensualidad. Diríase que son ya de otra especie la rústica y el caballero. Por eso

la emoción íntima de la Sierra ofrece el doloroso contraste de la grandeza de la piedra y la miseria fisiológica del hombre. El libro de Bernaldo de Quirós enseña que hay todavía muy cerca de nosotros manchas de civilizaciones retrasadas, como las de Atazar, la Puebla de la Mujer Muerta y el antiguo reino de Patones, «que según una tradición recogida por Ponz e históricamente comprobada, vivió independiente como una extraña república de Andorra, regida por un rey que, en tiempos de Carlos IV, conducía su asno, cargado de leña, buscando comprador en el mercado de Torrelaguna». Yo he compulsado en el *Viaje por España* esa curiosa cita (1) y, en efecto, Ponz pasa por el relato, más o menos legendario, refiriéndose a una información del señor don Fernando VI. Las manchas de civilización retrasada no son la Sierra, pero completan el cuadro de la vida serrana. «Su vida interior es casi nula; son analfabetos los más, y todos hablan un vocabulario de apenas un centenar de palabras, pronunciadas en bárbaros sonidos que hacen reír en días de mercado a vecinos poco más felices. Porque, en efecto, los unos y los otros están

---

(1) Ponz: *Viaje por España*.—Madrid, 1787, t. X, carta 3.<sup>a</sup>, núm. 20.

escasamente dotados por una naturaleza madrastra, a la que aman, no obstante, sin conciencia, como ama el camellero al desierto estéril, enamorado, sin saberlo bien, de su desolada belleza inmensa y reconociendo los vínculos de semejanza y dependencia que hacen de él, simplemente, un humilde hijo. Los espesos riscos desnudos, las mudas crestas cristalinas, las azuladas perspectivas frías que el serrano halla eternamente ante sus ojos en la brevedad efímera de su vida, ponen en su alma una desnudez interior, una dureza, un silencio, una frialdad semejantes, como estado habitual entre raros sentimientos de expansiva benevolencia y entre manifestaciones criminales inauditas. En los crímenes de sangre no dejaremos de hacer constar una observación... el material granítico parece aumentarles en número y brutalidad, mientras en el gneis y en los terrenos sedimentarios no cristalinos, todo lo criminal, y aun lo inmoral, se atenúa, y el tipo humano parece ennoblecerse de repente.» Es la riqueza relativa la que trae «la mejora moral de la especie, su bondad y su alegría». «Son las culturas del campo en las amplias tierras benéficas, capaces de recibirlas, las que en premio del cultivo que se les da, labran a su modo el cerebro del hombre, transportándole a estados superiores.»

Estas zonas salpicadas en la Sierra caen más bien del lado de Ávila—Peguerinos, La Lastra, Hoyo la Guija;—pero si os parece que la frontera de Ávila está muy lejos y que Madrid no ha podido ir hasta ella, ni tender la mano a esos hombres, que casi no lo son, porque no llevan vida de hombres; más cerca, mucho más cerca, encontraréis por toda la Sierra la misma enorme diferencia entre vosotros, personas cultas que sois capaces de distraer vuestro espíritu con la lectura de un libro, y esos serranos cuya existencia se desliza en la paupérrima simplicidad de medios que ahora vais a ver:—«Si descendiendo del miradero de las cumbres penetramos en los pueblos, llegaremos a ellos pasando las encharcadas callejas, a cuyos lados verdean minúsculos huertos. Un sencillo cercado que sirve de camposanto, un calvario mutilado, una iglesia con su humilde espadaña; la pequeña casa del Concejo; la plaza, que decora un fuerte olmo, rodeado tal vez de graderías de piedra; en alguna calleja un herradero para bueyes, son todas las instituciones municipales aparentes, sagradas y profanas.—Penetrando ya en las casas de piedra de los naturales de la Sierra, veremos interiores poco hospitalarios, desnudos casi por completo de ornamentación. Los seres humanos que los ocupan mueren y

pasan las tristes horas de la enfermedad en negros dormitorios, que añaden en su espíritu un sedimento más de adustez pesimista. La cocina, de gran campana sobre el hogar humilde, es el lugar de vida activa del interior, de los pesares y las fiestas de la familia humana, siempre más frecuentada por aquélla que por éstas. En ella reina el fuego, ante quien, inconscientemente, el espíritu del hombre de los montes fríos recita de continuo las jaculatorias de la llama proteiforme, caricia y defensa de su cuerpo, que saca además de la carne del ganado, un gusto sabroso, raras veces gustado en su existencia de habitual y forzada abstinencia.»—Estas líneas no están escritas solamente por el antropólogo, sino por el hombre de corazón. Los que no tendrán corazón ni entendimiento son los que no alcancen a ver la culpa de Madrid, que *no ha pensado nunca en la Sierra*, sino para gozar de ella en los nuevos deportes o en la estación estival.



## XIV

MADRID, DICIEMBRE; DÍA DE HIELO

**P**ERO esos otros días en que el frío de la Sierra empieza a traspasarnos y su viento sutil que «mata a un hombre y no apaga un candil» nos obliga a ir por la calle malhumorados y torvos, pensamos—o, mejor dicho, piensa nuestra debilidad: «¿Por qué ha venido aquí la capital de España? ¿Qué razón hay para haberla traído a estos cerros inhospitalarios?» Y suponemos, por encima de las crónicas y de toda la Historia, que Madrid está aquí porque no pudo estar en otra parte, y que si lo eligieron para corte de las Españas no fué porque en él se encontraran todos los caminos, sino porque la rivalidad de unas y otras regiones hizo que ninguna de ellas consintiese en el engrandecimiento de la otra, y así, por odio, por envidia, por malquerencia mutua, vino a parar el cetro al último rincón. Madrid no es Castilla. Castilla hubiera sido Toledo, Segovia... El viejo reino de Castilla y León no ha dado a España esta ciudad, salida de una cueva de osos, contra lógica y contra sentido de humanidad. Ni aquí

hay raíces milenarias, ni se ampara la capitalidad con el prestigio de ninguna tradición. Madrid es corte porque no lo sean Barcelona, Valladolid, Sevilla, Salamanca, Lisboa... Porque no lo sea nadie con personalidad, sino una creación, una invención de todas las regiones. Es, por lo tanto, una abstracción hecha a la fuerza, y sólo así podemos explicarnos este ambiente de violencia en que nos bañamos los madrileños como en una onda eléctrica excitante y mortificante.

Hemos admirado mil veces la pura limpidez de este cielo, corona y gloria de la meseta castellana. No es preciso subir los riscos de Peña Lara, sino dominar los altos del Hipódromo a la hora del crepúsculo vespertino—cuando se contrasta mejor la finura y la riqueza espiritual de un paisaje,—para sentir infiltrada en el alma una sensación de aislamiento y de soledad. Las torrecillas circundantes pierden su forma. Pueden ser árboles, cipreses... Pueden confundirse con los chopos que vienen cautelosamente a buscarnos, como encapuchados... La ciudad no tiene vida, ni expresión y se sabe que está allí porque nosotros queremos recordarlo, pero no porque su presencia se nos imponga por sí misma. No hay más que el cielo y el horizonte lejano y las montañas, y una certidumbre mor-

tal de que la soledad nos cerca y de que será preciso ir muy lejos para encontrar una voz amiga.

Es cierto que, sentados en un banco de piedra ante la catedral de Westminter o en la borda de un vaporcillo que remonte el Sena y hasta en el mismo puente de Brooklin, el alma solitaria se sentirá sola, y que si se habla de esos fenómenos de levitación inmaterial, casi material, no hace falta situarlos en los altos del Hipódromo, junto al Canalillo; pero las colinas madrileñas son demasiado propicias a estas emociones de alejamiento y de abandono, tanto, que me ha parecido ver en ellas el verdadero espíritu de la tierra que desearía vivir en paz sin servir de cimiento a tantas casas y sin sufrir la injuria de tantas huellas.

¿Debilidad? Sí. Quizá sea desmayo del ánimo. Pero alguna vez, cuando busco y no encuentro razones para que medio millón de hombres—y muy pronto un millón—nazcan, vivan y mueran a 700 metros, en la altiplanicie, como sobre una piedra milagrosa para elevarse al cielo, imagino que llegará un día en que esta locura tendrá fin. Ese día la Sierra se vengará de la intrusión civilizada que, en el fondo, ella, como una Furia que es, no ha consentido nunca. Lanzará al combate el ejército innumerable

de sus vientos y caerá sobre Madrid una lluvia de hielo; se envolverán todas las cumbres hermanas en la misma bruma, vendrán rodando de lo más abrupto del Guadarrama esas nubes negras que se engendran en la Maliciosa, y la vida, por muchos meses, por los interminables meses de invierno, será imposible.

Entonces Madrid no podrá ya seguir siendo la corte. De invierno a invierno, sin primavera, sin los bellos otoños, que prestan hoy su más alta poesía al paisaje madrileño, caerá implacable sobre estas calles y estos techos el otro enemigo: el sol de la Estepa manchega. Lo que no se haya helado, se calcinará. Y otro diciembre se encontrará la ciudad en ruinas, coronada de nieve, solitaria. Así he creído verla, entre cristales de témpano y bajo un silencio sideral que acaba de revelarme su más íntimo, su más aristocrático espíritu, cuando al caer la noche rasga la pureza del aire, inmóvil, el primer aullido de un lobo...

## XV

## LOS TRES PERÍODOS

YA van trazadas unas cuantas líneas, quizá demasiado escuetas, pero suficientes para sostener la idea principal de este modesto ensayo. Empecé diciendo que la tragedia de Madrid en su pugna de llegar a gran ciudad, como era su deber, capital, *caput Hispaniæ*, estuvo en el esfuerzo gigantesco necesario para crear una cúspide de civilización nacional al pie de una sierra pobre y bajo la influencia local de una estepa fuertemente, enérgicamente caracterizada. Se ha hablado ya aquí del triunfo de Madrid sobre los dos influjos locales que han sido dominados y superados, descontando restos de supervivencia lugareña, muy arraigados todavía. Y ahora, sin exagerar el valor del andamiaje, ni el de la obra—aunque si fuera por mi voluntad este ensayo quedaría como un monumento digno del Madrid futuro,—creo que al leer lo escrito vemos aparecer tres períodos en la vida de la ciudad, que se refieren, según mi propósito, a su trato con la Sierra y con la Mancha. Son estos tres períodos:

PRIMERO. *La Sierra y la Mancha penetrando en Madrid.*—Penetran, dominan y marcan con su sello la historia de la villa mucho después de haber sido elegida para corte de España. Esa época remota en que Madrid se rige por Fuero Viejo y luego por el Fuero Real, no inicia todavía el primer período, puesto que entonces no tenían para qué penetrar en Madrid la Estepa ni la Sierra, siendo la villa como era un pedazo de Sierra y un pedazo de Estepa. Hoy no podemos decir que la Mancha penetra en Ciudad Real. Ciudad Real es la Mancha, y si yo la hubiera conocido antes, nunca hubiera pensado en privarla ni un solo momento de la capitalidad. Se penetra en lo que está fuera. Sólo cuando Madrid vino a más, cuando se elevó, adquiriendo el nuevo valor que le daba su exaltación a la capitalidad, puede decirse que penetraban en la corte de España influencias manchegas y serranas, y eso suponiendo que la abstracción creada por decreto del Rey—la corte,—nació, en efecto, con personalidad aparte de la que hasta entonces había tenido el montón de casas en que quiso fundarla. Siguió la larva, hecha ya mariposa, apegada por su origen al barro. ¿Por cuánto tiempo? ¿Dónde acaba ese período durante el cual el carácter de Madrid conserva demasiado sabor a tierra? He

consultado varias opiniones antes de contestar a la pregunta, y si todas están conformes en que el período ha de abrirse cuando Madrid ve ya definitivamente asegurada la capitalidad, difieren mucho las respuestas acerca de cuándo debe considerarse cerrado, figurando entre ellas una opinión desconcertante, que consiste en creer que todavía sigue abierto, y que no llega el momento de echar la llave. No. Creo la opinión injusta. ¿Qué relación hay ya entre esos pobres pueblos que rodean a Madrid y nuestra vida compleja de ciudadanos del mundo? ¿Los placeres? ¿Los toros, quizá? ¿El Concejo? ¿Los barrios bajos? Supervivencias que tardarán en desaparecer. Algunas de ellas son provincianismos de todas las provincias.—Otra opinión—de la extrema derecha,—reduce el primer período a límites tan estrechos que apenas si le hace llegar al reinado de Carlos III. Olvida que si la Mancha hubiera dado un rey, ese no sería otro que Fernando VII; que en Isabel II brillan vicios y virtudes lugareñas, y que los pocos años de la restauración alfonsina marcan probablemente una de las épocas esteparias más definidas de la historia de España. Creo, pues, que el primer período ha terminado, sí; pero hace muy poco tiempo, tan poco, que nosotros mismos hemos presenciado el tránsito.

SEGUNDO. *Período de equilibrio*.—Hemos presenciado nosotros el paso del primero al segundo período, y somos por ello espíritus de transición. Quien nos quiera mal nos dejará cerca de esa terrible fecha del 98, y yo os digo que preferiría los tiempos de D. Alonso Onceno o los de su hijo D. Pedro, *el Cruel*. Hubiéramos frecuentado la escuela de Gramática, y quizá con algún provecho seríamos bachilleres, enseñaríamos latín a los «*ommes bonos*» para que pudieran mandar en forma a sus enemigos al otro mundo, y cobraríamos al año diez mil maravedís de plata. Pero petrificarse en la época del Tratado de París, es peor que nacer judío en la Castilla medioeval. Ya vivimos en otra muy distinta, y por mi parte reclamaría el derecho a ver el año 98 como una página de historia, sin solidaridad y sin culpa. En este segundo período de equilibrio, Madrid se ha libertado de las dos influencias. Ha nacido la ciudad. Se ha creado algo independiente de los elementos que la integran, por encima de la Sierra, de la Estepa y distinta de las provincias que han contribuído a levantarla.

Cuando Madrid fué bastante fuerte para no someterse al influjo de las dos Furias, tuvo un gran gesto de desdén hacia ellas. No se acordaba de que también ha sido, como todas las



grandes ciudades, «tentacular», y que atrayendo a las gentes dejó poco menos que desiertos muchos pueblos donde las casas abandonadas van hundiéndose sin que a nadie le interese hacerlas revivir. Ahora es a su vez la Divinidad insaciable que necesita cada día nuevas víctimas. El poeta Maragall, que vino a Madrid en esa época triste en que no podía adivinarse el salto brusco de la ciudad al terminar el primer período, tuvo la sensación de que Madrid crecía en medio «de un yermo desolado, desnudo y amarillo»:—«Y por cualquier lado que os apartéis del centro de la población, al doblar una esquina, termina bruscamente la calleja y surge, como atrayéndoos terriblemente, aquel inmenso esqueleto de un paisaje.»—«Más allá de aquel desierto hay una nación, hay paisajes vivos, hay vegetaciones risueñas, hay poblaciones diseminadas que hormigean laboriosas y alegres, hay las brisas del mar y el mar surcado por el comercio de los mundos. Pero entre estas poblaciones y la capital que las administra y gobierna hay el desierto amarillo y desnudo en cuyo seno duermen algunas hermosas ciudades muertas.» Como compadecía a Castilla, «que no podía ver el mar», sintió el dolor de la capital:—«No, no es culpable la capital, no son culpables las provincias, la gran

culpa es el desierto material y moral que las separa» (1).—La sensación de ese desierto calcinado que vió el poeta catalán era incompleta y falsa, por lo tanto, puesto que no se asomó al balcón de la Sierra; pero en realidad hay un desierto que ha sido necesario saltar. Y al saltarlo, Madrid ha tenido hacia él un movimiento de ira.

TERCER PERÍODO. *Madrid penetra en la Sierra y en la Mancha.*—Es el período que empieza a dibujarse ahora y al que deseáramos llegar, considerando que el anterior no alcanza sino un momento breve, el preciso para adquirir conciencia del deber. ¿Cómo puede limitarse Madrid a no ser Sierra y a no ser Mancha? Su deber está en ir a ellas con el corazón abierto y en librar una gran batalla, una serie de grandes batallas por redimir a las víctimas de la Sierra y de la Mancha.

---

(1) *Obras completas de Juan Maragall, serie castellana. Artículos, t. III, pág. 73.*

XVI

UN IDEAL PARA MADRID

Usted ¿sabe cuál es la ciudad del mundo que tiene más seguro y más espléndido porvenir?—me ha preguntado un amigo mío, muy patriota. Pensé en las orillas del canal de Panamá, en las viejas ciudades resucitadas, como Bagdad y Jerusalem, en la capital futura de la Sociedad de Naciones, en las ciudades de la guerra como Lieja y Reims...—No lo sé. No lo sabe nadie.

—¿Ni lo imagina siquiera?

¡Imaginar es tan fácil! Podía imaginar lo que será mañana, no ya Fez, ni Marrakesk, ni Tánger, sino cualquier aduar de Marruecos, cuando la tierra esté cultivada por los métodos intensivos y todas las riquezas del África busquen el camino de Europa. Nada más fácil que pensar en lo que será Algeciras dentro de pocos años, una vez perforado el túnel entre los dos continentes, bajo el Estrecho de Gibraltar. Y podía pensar, hasta en Madrid...

—Pues, sí, Madrid... ¿Por qué no? Madrid no

necesita de ese túnel maravilloso para ser el paso obligado del comercio con África y con América. Está situado en el centro de una nación rica en reservas, puesto que apenas si la hemos explotado. Es una ciudad singular, única, situada entre la Sierra y el llano y hasta hoy no hemos sabido darnos cuenta de lo que valen esas dos fuerzas, tan injuriadas. Cuando todos trabajemos siguiendo un plan, Madrid puede ser la capital más hermosa, la más aristocrática y la más opulenta de Europa...

Yo no sé si a Madrid le alcanzará tan envidiable destino. Puesto que una vez tuvo la suerte el capricho de elegirla a ella, sin costarla, por parte suya, más que una reverencia de sus caballeros y de sus hombres buenos, bien puede protegerla de nuevo y traerla lo que hoy se estima más que el honor: la riqueza. No es necesario, sin embargo, acudir a lo maravilloso. Trazando la curva natural, ascendente, del progreso de Madrid, vemos que lo que presentamos en la ciudad nueva como un deber es también un ideal.

A la época que ahora empieza corresponde una tarea más dura y también más bella que las ya realizadas. Tiene que poblar el desierto amarillo, la llanura parda, donde viven hoy quizá menos gentes que en tiempo de los Aus-

trias. Tiene que dulcificar el temple fiero de sus habitantes, ir a ellos en una especie de peregrinación estética, que exige, como todas las grandes obras de cultura, un apostolado. Leídas en las páginas de un libro estas palabras, es muy posible que trascienda de ellas cierta pedantesca temeridad. Peregrinación estética quizá sea una frase demasiado aparatosa y es probable que la rechacen los mismos interesados como una ofensa. No. Es amor a esos pueblos lo que inspira la idea de ir a ellos para ayudarles a enriquecer su espíritu al mismo tiempo que sus campos. Si se lleva sólo riqueza material, cultivos, agua, árboles, es posible que el tiempo traiga lo demás; pero el tiempo en ciertas tierras marcha como los ríos, abriendo un tajo por donde se separa de ellas y se hace inaprovechable. Hay que ir con el corazón y con la inteligencia. A más de uno sería necesario que llegara Jesús de Nazareth y poniéndole la mano en la frente le dijera: «¡Levántate y andal!»—¿Dónde están esos pueblos muertos? Madrid los tiene abandonados. Madrid es un concejo que no ha llegado aún a sentir la provincia, quizá por venganza inconsciente del pretérito, quizá por egoísmo y frialdad de alma. Pero están a su lado. En los días secos y tórridos del estío castellano, si os aso-

máis a los caminos del Sur desde cualquier atalaya, veréis una calina que es como el hálito de los lugares que murieron y que yacen entre ruinas y polvo y miseria, insepultos. Si queréis no hará falta ni el tren. Una breve jornada, un paseo os bastará para sentir el dolor de los pueblecitos que salen al paso del viandante como niños avejentados, harapientos y descalzos.

El Guadarrama pide otra labor. No se puede ablandar el granito. Pero allí donde la vida sea tan miserable como en esas zonas de civilización retrasada, allí donde el hombre, por dignidad de la especie, no deba vivir, es necesario que no viva. Y como yo no quiero que acabemos con los pobladores de la alta Sierra como los americanos con los sioux, a balazos, es preciso intervenir, hacerlos descender, substituir sus poblados, sus propiedades y sus mezquinas rentas. Volver a arreglar el mundo de la Sierra que, en realidad, es tan pequeño, y hacer que acabe la infamia que presenciamos impasibles desde la gran ciudad cuando nuestros ojos se vuelven a la pincelada blanca del Guadarrama: la de ver el suicidio de una raza por pobreza de espíritu. Luego podremos conquistar la Sierra para nuestra comodidad, para nuestro recreo. Usarla como un venero de emo-

## *ENSAYO SOBRE MADRID*

ciones que tenemos a nuestro alcance y que hasta hoy no hemos sabido aprovechar.

Cuando esto lo haya realizado Madrid, la recompensa valdrá más que todos los sacrificios. Pero ha de hacerlo pronto. Quizá mañana será tarde.

Enero 1919.





# EL MADRID DE DON BENITO

CONTINÚA EL ENSAYO SOBRE MADRID



## XVII

### CON EL CRISTAL DE COLOR DE ROSA

MADRID, que en el fondo no es malo, ha erigido a Benito Pérez Galdós un monumento en el cual este escritor de vida tan robusta aparece viejo, postrado y ciego. Galdós, más generoso, había levantado en honor de *su* Madrid—un Madrid muerto hace años, moribundo al despedirse el siglo,—el monumento de sus cien libros que le inmortalizan, no en época ruinososa, sino en el conjunto de sus edades; tal es la diferencia entre el pobre tributo de la ciudad al poeta y la donación mágica del poeta a la patria elegida. Galdós ha perpetuado un siglo, labor ingente, aunque sea ese momento para la Historia tan fugitivo como el más breve día invernal. El Madrid de ese siglo ya no se puede borrar. En el XVII tuvo a Velázquez y a Quevedo. En el XIX tuvo a Galdós. Y esa perpetuación la hizo con amor, eli-

giendo a Madrid como su microcosmos, viendo la historia de España y la historia universal desde Madrid, saturándose de Madrid hasta la medula y pintándole como un primitivo, encariñado con el detalle; pero al mismo tiempo maestro en la concepción amplia del engranaje de las vidas humanas, así como en el arte de mover almas y cosas y viento de realidad entre ellas. Si es difícil suprimir de Londres a Carlos Dickens y prescindir de Balzac en París, más difícil será, para quien quiera conocer lo íntimo de Madrid, descartar la obra de Pérez Galdós. Y del mismo modo, estudiando bien la obra de Galdós, arrancaremos a Madrid la clave de muchos secretos.

La última vez que D. Benito escribe con particular extensión sobre Madrid es al inaugurar el Ateneo, por iniciativa del Presidente de la Sección de Literatura, mi querido e ilustre amigo D. Francisco A. de Icaza, una serie de conferencias titulada «Guía espiritual de España». Trazó el maestro a grandes rasgos, a modo de fantástica e imaginativa escenografía, una revista de Madrid, una serie de cuadros, no tal como los veía él, sino tal como los recordaba. Todas sus facultades habían «traspasado sus funciones a la memoria, tanto más lozana cuanto más vieja y siempre atisbadora y char-

latana» (1). Entonces escribí unas cuartillas que fueron leídas a continuación, «comentario inútil a las del maestro», no para hablar del Madrid de Galdós, después de Galdós, que eso hubiera sido temerario e imperdonable, sino para demostrarle gratitud. Hoy desarrollo algo más la intención crítica de aquellas cuartillas; pero el tema es tan vasto, que apenas si hago otra cosa que apuntarlo. Quizá estemos aún demasiado cerca de Galdós para volver a situarle con sus ojos jóvenes, pequeños y perspicaces, con sus fuerzas hercúleas bajo la mansa bondad de gestos y palabras, en el lugar que merece el patriarca glorificado en esa estatua del Retiro. Desde luego, lo estamos para apreciar qué cantidad de substancia histórica hay en las *Novelas Contemporáneas* y cuánto es lo que descartará de ellas el porvenir. Mi intención, sin embargo, es verlas ya desde fuera y desde lejos. Sí, creo que podemos empezar a hacerlo, y creo también que esa lejanía embellece y agranda la cordillera galdosiana, dándola contorno y azul, es decir, lo que no podía tener mientras iba formándose.

El propio Galdós, en la conferencia de que

---

(1) Figura la «Guía espiritual de España». Madrid, al final de *La Razón de la Sinrazón*. Madrid, 1915.

hablo, no se olvidó de la perspectiva: «Os veo desde las catacumbas del Ateneo viejo—dice,— desde el Madrid mío, inmediato precursor del vuestro...» Prefiere los recuerdos más viejos, los universitarios, aquella época en que iban a clase los estudiantes «con capa en invierno y chistera en todo tiempo». Revive sus paseos por las viejas iglesias, por los barrios bajos, más allá de la plaza Mayor, el Rastro, las Peñuelas, Lavapiés... Evoca, con su formidable poder imaginativo, la sombra de D. Ramón de la Cruz. Defiende el léxico popular de Madrid, su inventiva fecunda. Elogia la calle de Alcalá: —«Hermosa, hermosísima es la calle de Alcalá; sus deformidades la embellecen más. Sus jorobas son un nuevo encanto. No hay en el mundo calle más alegre. Todo en ella sonrío. La calle de Alcalá es un florido sumidero donde los madrileños arrojan, paseo arriba, paseo abajo, todas las desdichas nacionales...» Galdós hace pasar por ella, felices, a los buenos burgueses. Pero como ha vivido y ha ahondado mucho, ved las palabras que siguen a esa descripción de color de rosa: «... Mas cuando tuercen hacia las calles laterales, camino de sus viviendas, fruncen el ceño; sus miradas se abaten al suelo... Es que salen a su encuentro, aguan- doles la fiesta, los cuidados que dejaron en sus

casas.»—El moderno Madrid se esfuma en esta evocación. Volvemos, allá por el 60 ó el 70, hacia la Gloriosa. «¡Oh, Madrid! ¡Oh, Cortel ¡Oh, confusión y regocijo de las Españas!...» Le interesa lo pintoresco, lo histórico y lo real, en el sentido que el naturalismo quiso dar a ese término y que acaso para él no fuera sino nueva faceta de lo pintoresco. Elijamos, como ejemplo, una descripción, la de la calle de Toledo, y separemos de un solo párrafo las tres inspiraciones:

EL CARÁCTER.—«... La calle de Toledo, arteria pletórica de vida, de sangre, de gracia, de alegría, y ¿por qué no decirlo?, de belleza, pues *pienso yo que no hay calle en el mundo más bonita ni más pintoresca que esta de Toledo*; calle sin igual, por la gracia de los colorines que tremolan en ella de punta a punta, por los tenderetes donde se vende de cuanto Dios crió, por la algarabía de los pregones y la cháchara del gentío parlero...»

LA EVOCACIÓN HISTÓRICA.—«... Además es calle histórica; por ella pasaron hacia el suplicio el mártir Riego, el caballeroso y arrogante general León, el polizonte Chico, ajusticiado por el pueblo en la Fuentecilla. En ella hirvió la cólera popular en el terrible día de la degollina de los frailes. Por ella corrió mil veces la oleada de

los motines, y el empedrado se estremeció mil veces con las cargas que dieron a la Policía las cigarrereras desmandadas, las verduleras furibundas...»

EL ESTUDIO DE LA REALIDAD.—«... Toda la calle es roja, no precisamente por el Matadero, ni por la sangre revolucionaria, sino por la pintura exterior de las ochenta y ocho tabernas (las he contado) que existen desde la plaza de la Cebada hasta la Puerta de Toledo. Es, además, esta hermosa vía el centro comercial más importante del Madrid antiguo y moderno...» «En la calle de Toledo y las inmediatas, las dos Cavas, Colegiata, Concepción Jerónima y otras descargan diariamente miles de carros y rinden sus cuentas miles de trajineros, de ordinarios, que de toda España traen sin fin de provisiones en cestones, sacos y pellejos...»

Las tres inclinaciones se confunden, tanto, que es muy difícil desarticularlas. Bien se ve la dificultad en esa descripción que copio, no sólo por vía de ejemplo, sino además por reflejar el acento y el tono con que Galdós sabe hermanar su entusiasmo apologético y su habitual humorismo, armado siempre de cierta subterránea reserva.



## XVIII

## CREPÚSCULO

ESCRIBÍA Galdós, mejor dicho, dictaba, esas cuartillas para el Ateneo en días penosos, de dolorida y forzada reclusión. Ese panorama sereno, suavemente humorístico, que se complace en desplegar iluminado de una luz juvenil y primaveral, está visto a través de lejanas evocaciones. Tal fuerza tiene en su espíritu la palabra «Madrid», que, abstraído del presente, se complacía en renovar la emoción antigua, y sus pensamientos diríanse nacidos de una gran sonrisa, toda indulgencia y familiaridad.

Era en plena guerra; el año 15. Ibamos a verle a su casita del barrio de Argüelles. Antes había vivido mucho tiempo en el antiguo paseo de Areneros, que hoy lleva el nombre de Alberto Aguilera y va realizando ya sus pretensiones de bulevar exterior. Un pisito claro, lleno de sol, muy a propósito para trabajar. ¿Quién no recuerda aquella mesa alta, como un escritorio, y la banqueta espigada donde trabajaba D. Benito, casi de pie? Antes de cono-

cerle creía yo que las novelas salían de un miradorcito avanzado que parecía un faro y donde muchas veces fuí a verle o a suponer que le veía, detrás de los cristales, como un capitán que lleva la ruta desde el puente. Don Benito no puso nunca los pies en ese mirador, pero el balcón del despacho daba sobre la montera de zinc y allí se entretenía, a hora fija, como en la plaza veneciana de San Marcos, en echarles miguitas de pan a los pájaros. Si llegabais a tiempo podíais acompañarle en esa faena. Por la mañana, desde las ocho, debíais dejarle trabajar, con esa fiebre reposada de las grandes capacidades que hacen su obra día por día. Aquel hombre recio ponía una fuerza enorme en aquellos trazos pequeños, destinados a durar más que él y que nosotros. Terminado el trabajo, los ojos alegres, tan pequeños, tan agudos, os invitaban a conversar.

Luego se trasladó Galdós a los desmontes de la Cárcel Modelo, un descampado que iniciaba su urbanización. Una tapia de ladrillo, y en la tapia una puerta pintada de verde brillante formaba entonces toda la línea de construcciones de la calle de Don Hilarión Eslava. El hotel, de arquitectura árabe, muy sencilla. Su jardincito, sin árboles todavía; su puerta mora de lucientes planchas de cobre, y al entrar en

la casa, para alegraros los ojos y el ánimo, un *hall* medio inglés, medio andaluz, íntimo y apacible, con esa serenidad familiar tan grata en los patios cordobeses y canarios. De arriba a abajo está lleno de cuadros, pero sin solemnidad, sin severidad. La mano que los puso no ha querido deslumbraros con un refinamiento de arte, sino conquistaros con franca y cordial simpatía. Son recuerdos, prendas de afectos vivos o dulces memorias de amistad. Suena al piano, muy discretamente, tras el biombo, una sonata de Beethoven. En el despacho, la misma sencillez. Junto a la mesita del amanuense, el sillón desde el cual dictaba entonces D. Benito entornando los ojos enfermos. En los estantes, cerca de sus libros predilectos—y el primero de todos, el Shakespeare,—esos otros libros de aluvi3n que vamos mandando los profesionales, que juzgamos perdidos y que miramos a hurtadillas en un momento de espera, para cerciorarnos de que no est1n sin abrir. Don Benito es la misma bondad, y hay libros que s3lo 3l es capaz de conservar, libros que se habr1n ruborizado, seguramente, al ver que llegaba hasta ellos un solo lector, pero un lector de calidad y preeminencia. All3 no iba a buscarle ya el clamor del p3blico de *Electra*. All3 fu3 donde el maestro se acostumbr3 a o3r

el sonido de su propia voz... *Casandra...* *El caballero encantado...* ¡Dictar! Variar toda una mecánica del estilo... El motivo era muy penoso; pero el maestro, fuerte y sano de espíritu, halló que la lucha contra sus hábitos de escritor que escribe no carecía de interés.

Más tarde, Galdós se confinó arriba, en su cuarto de estudiante. Allí le vimos cuando dictaba esas cuartillas, de espaldas a la luz, hundido en su butaca, con la manta sobre las piernas, sin aquellos leones que le sirven de apoyo en el sitial de su monumento; atributos simbólicos y heráldicos demasiado ostentosos para su llana condición. Cuando íbamos a visitarle veíamos desde la ventana de la alcoba hacer instrucción a los reclutas. Sonaban cornetas y tambores. «Víctor Hugo—decía D. Benito—llamaba a esto *le begaiement de la bataille*.» La frase era un hilo romántico, tendido desde el rincón madrileño donde no ocurría nada hasta la terrible realidad bélica. Y al pronunciarla parecía que ese balbuceo de la batalla despertaba en el autor de los *Episodios* ciertos entusiasmos habituales, tal como pudiera sentirlos un viejo mariscal. Apuntaré al pasar esta característica del genio de Galdós, que tuvo siempre entusiasmo juvenil por las epopeyas históricas. La musa de los *Episodios Nacionales*

lleva bajo la túnica armadura y en cada página chocan hierros y se oye el lejano tronar del cañón. Guardo de las novelas de Erckmann Chatrian, leídas en la infancia, un recuerdo: el apocamiento y confusión de aquellos pobres aldeanos al verse convertidos en soldados. Nacidos para la paz, su vida se trastorna brusca- mente y su alma humilde tiembla por volver al hogar. Pero en Galdós no aparece tal debilidad. Ha dotado a sus héroes de virtud heroica sobre peligros, ruinas y muertes. Es evidente que no juzga inhabitable el mundo a la hora de la epopeya, que suele ser también de exterminio y desolación. Su tarea, a través de la historia de un siglo, el más accidentado quizá de la nacionalidad española, le habituó a manipular en el laboratorio de la guerra. Por eso conviene recordar—y por mi parte, al menos, quiero dejarlo consignado en estas páginas— un nuevo título de gloria a que Galdós se hizo acreedor en plena guerra. Él no quiso callar su protesta contra la inicua matanza, y desde su sillón de enfermo dictó aquella terrible e inolvidable escena y aquellas dulces palabras de *Sor Simona*, inspiradas por el corazón paternal de un hombre más que de un poeta. Por encima de la acción local, fundada en nuestras luchas civiles, yo creí sentir el latido generoso

de ese corazón paternal y una voz grave y digna alzándose para condenar todas las guerras. Un niño herido, febril, condenado a muerte, ¡tan débil, tan pobre presal, clamando al mismo tiempo por su madre y por la gloria. Fuera, el toque de diana, anunciando la aurora de su último día. Y junto al lecho, sor Simona, dispuesta a evitar el bárbaro desenlace y pensando en la puerilidad de todas las luchas, en la pequeñez de todas las causas que lanzan a unos hombres, a unos niños-héroes contra otros, sin acordarse de la ley de amor; es decir, «del soplo divino que mueve los mundos». Cuando el *Orozco* de *Realidad* se asoma a la ventana y compara la insignificancia de su destino con la grandeza del cielo estrellado, parece que por ese espacio abierto descubrimos la serenidad y la soledad infinita de su alma. Pero *Sor Simona* habla con pasión de madre. Su voz nos llega a las entrañas y se queda grabada en nuestra memoria. Sea cual fuere el porvenir de esa obra del maestro, el momento transcrito ha ganado nuestro corazón. Estas nuevas imágenes, hermanas de las que Galdós engendró a los veinte años, nacen ya en el nuevo Madrid. Más acá del campo de instrucción, los muchachos, britanizados, juegan al *foot-ball*. En días de partido formal, el público

## ENSAYO SOBRE MADRID

del sol trepa por los desmontes, y sus aplausos, gritos y denuestos nacionalizan el exótico deporte. Otro Madrid ha surgido del arenal desnudo en que hace pocos años campeaba, solitaria y siniestra, la Cárcel Modelo. Ya no vendrá «Tristana» por los solares del paseo de Areneros, ni mondará naranjas sentada en los bloques de cantería mientras sus anhelos se hundan en una charca de prosaicas y misérrimas cavilaciones. «Miau», cesante perdurable, buscará en vano el derrumbadero en que sepultó su vida y sus desdichas. Rosales y el Parque del Oeste, con su verdor civilizado, lograrían cambiar el curso de sus ideas casi tanto como la ley de inamovilidad de los funcionarios de Hacienda. Galdós vió cómo iba cambiando todo a su alrededor. Pero dueño del secreto de la prosecución, de la continuidad, supo enlazar el hoy con el ayer, descubrir retoños de cosas que parecían ya muertas, retoños filiales, vestidos de hoja tierna, que no han roto el contacto con la vieja raíz.

Entonces, con admirable sentido histórico del presente, vuelve los ojos hacia Madrid y alumbran su sonrisa—de los ojos más que de los labios,—el regocijo y delectación íntima que sólo ponemos en los recuerdos.

## XIX

## LA OBJETIVIDAD DE GALDÓS

**N**o puede sorprendernos que la memoria de Galdós sea benévola con Madrid. Siempre tuvo singular ternura con la villa y Corte y la prodigó sus más calurosas efusiones. Tratándose de ella nunca fué frío e impasible... Pero, ¿cuántas veces habremos leído que la obra de Galdós era fría e impasible? Quizá el primero que lo dijo fué D. Manuel de la Revilla, allá por el año de 1874. Entonces acababa de publicarse *Cádiz*.—¿Os acordáis de Congosto, de lord Gray, aquel fogoso caballero inglés, de estirpe byroniana?—Pues ya entonces Revilla, entre mesuradas y parcas concesiones, lanzaba los dos términos: frialdad, impasibilidad británica...: «¡Ah! Si el Sr. Galdós pudiera despojarse de esa frialdad que le distingue; si se comprometiera a no leer en su vida novelas inglesas; si se acordara de que es español y escribe para españoles, es decir, para gente que tiene sangre, ya que no fuego, en las venas, y no *pale ale*, como esos sajones que tanto le en-



tusiasman, entonces, ¡qué gran novelista sería el Sr. Galdós!» (1) Creo que hoy tenemos idea muy distinta de las temperaturas y del fuego español, como de la frialdad sajona, habría mucho que hablar; pero ahora nos interesa especialmente ver de qué manera Galdós no ha escrito una sola línea acerca de Madrid, en las innumerables páginas que todos conocéis, sin dejarse arrastrar por una emoción de simpatía. Merced a esa pasión, cultivada desde *La Fon-*

---

(1) *La Crítica*. Dic. 1874.—Fundaron esta revista D. Manuel de la Revilla y D. Antonio Peña y Goñi. Un solo artículo, titulado «Dos novelas», dedicaba Revilla a *La tela de araña*, de Blanco Asenjo, y al libro de Galdós. «Comencemos por dejar sentado—decía—que a la novela del Sr. Galdós, discreto y laborioso escritor, no falta ninguna de las bellezas y defectos que hay en los restantes *Episodios*. La misma verdad en la pintura de los caracteres, la misma sobriedad en las descripciones, la misma naturalidad en la acción, igual fidelidad en la narración histórica, igual conocimiento de la época, idéntico sabor local, idéntica discreción, cultura y corrección castiza en el estilo y en el lenguaje. Pero también la misma falta de calor y de animación, la misma frialdad en el fondo como en la forma, la misma impasibilidad británica, que hace recordar siempre, al leer estas novelas, a Dickens o a Wilkie Collins, nunca a Víctor Hugo o Dumas, ni siquiera a Feuillet, Balzac y Jorge Sand...» ¡Feuillet y Balzac confundidos en el mismo montón! ¡Dickens acusado de *impasibilidad* británica! Algún reparo hubiera puesto Taine a las afirmaciones en seco, sin pruebas, de Revilla.

*tana de Oro* hasta *Nazarín*, la última de las novelas contemporáneas, Galdós describe Madrid tal como es y lo acepta tal como lo ve. El bien y el mal entran juntos en su Paraíso. ¿Es amor de entomólogo? ¿Amor franciscano? ¿Amor paterno? Algo de Dios creador tiene el que puede llenar un censo con la lista de sus fantásticas criaturas. Por amor a Madrid, gran parte de su obra tiene sabor de literatura regional, y no puede haber verdadera impasibilidad, objetividad, en quien elige un rincón del planeta para dedicarle lo mejor de su espíritu. Galdós aceptó la pobre realidad madrileña en la época más vulgar y más desdichada: la Restauración. Escribió novelas locales, regionales. Nuestra mala fortuna quiso que su localismo no tenga valor universal, pues la vida sigue hoy grandes caminos apartados de la Puerta del Sol. Trabajo nos cuesta imaginar a Galdós con la misma fuerza efusiva de observación y la misma amplitud de horizonte mental en el Madrid del siglo XVII o en el París del siglo XX, porque no sería ya nuestro Galdós. Pero lo cierto es que tan portentosas facultades han sido aplicadas a Madrid por pasión, y la villa quedará perpetuada en obras perfectas, que la embellecen y purifican, como hace toda obra de arte con la fealdad y con el mal.

Las primeras series de los *Episodios Nacionales* que conoció Revilla fueron apareciendo del 73 al 79, en pleno triunfo de los Borbones restaurados. Fundíanse revolución y reacción en un mismo cansancio. Era necesario olvidar, amortiguar rencores y odios, no hablar demasiado de ideas que separan y aplicarse a consolidar intereses que unen. Por aquellos días Núñez de Arce, después de pasarse diez años exhalando en robustos versos el pánico ante la locura revolucionaria, criminal en Alcoy y en Cartagena, sacrílega en Cádiz y bárbara en Barcelona, consideraba que la ola de sangre había pasado ya, y aconsejaba a los poetas que descolgasen sus arpas, mudas, para cantar la paz de la patria. Galdós no podía hacer tanto. No tenía sangre de Pipaón ni de proxeneta para ayudar a las nupcias de negros y servilones, y, por otra parte, no le asustaban los excesos de la demagogia a tal extremo que le hicieran condenar la revolución en nombre del orden. Pero el espíritu de la época le hizo dulcificar el tono y buscar una especie de objetividad, un punto de vista histórico bastante alto para que, desde él, todas las fracciones y facciones se fundieran en una sola España. Un poeta de hoy, gran catador de libros, me decía: «No podemos perdonarle a Galdós la frialdad

con que narra *El terror de 1824*.» En efecto, esa página requería un alma cálida y apasionada que se entregara sin reserva, vibrando de justiciera cólera. Un rayo del cielo o del infierno sobre tanta infamia... Pero Galdós había elegido otro ritmo menos violento, quizá pensando en el conjunto. Más pasión y más intensidad le habría dificultado el paso, impidiéndole probablemente llegar al final. Los que estudien con más espacio, competencia y acierto este aspecto de la obra galdosiana, que aquí apuntamos al pasar, harán bien en fijarse en un libro olvidado, *La Fontana de Oro*, el primero de D. Benito. Está concebida esa novelita histórica antes de ver todo el plan de los Episodios, con los cuales sólo enlaza por algún personaje secundario. Todo Galdós aparece allí en germen, con tanta fuerza que este libro, desordenado e inexperto, interesa hoy, leído con propósito de revisión, más que muchas de sus obras maestras. Se amontonan en él datos y sentimientos. La reconstrucción histórica es más minuciosa y el espíritu crítico más severo. Fernando VII es en *La Fontana* el monstruo execrable por antonomasia. En *El terror de 1824* el monstruo ejecutor es Chaperón; Fernando VII se esfuma, y toda la exaltación del furor cívico ante tantos crímenes, des-

borda en las declamaciones del pobre D. Patricio Sarmiento, cuya muerte, tan digna como la de Torrijos y más que la de Riego, está rebajada por sus delirios de enajenación mental. *La Fontana* está escrita *ex abundantia cordis*, mientras los *Episodios* obedecen a una traza que obligaba a medir el esfuerzo. *La Fontana* nace con la revolución. *El terror* es del 77. La restauración alfonsina debía llegar a lo más hondo de la vida social española y también a los lectores habituales de D. Benito Pérez Galdós. Por eso, sin duda, al acabar la segunda serie hizo juramento de no continuarla: «Los años que siguen al 34—decía—están demasiado cerca, nos tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros... No se les puede disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con escalpelo.» Me permito creer que era además el ambiente poco propicio de la Restauración lo que le impedía continuar. Pasó el reinado de Alfonso XII; pasó la Regencia; remontamos el 900, y entonces ya pudo volver la vista atrás. Los tiempos habían cambiado. Enterrábamos uno de los períodos más anodinos y más infructuosos de la historia de España.

Pero en esos años precisamente se desenvuelven las novelas españolas contemporáneas

que, aparte de *Doña Perfecta*, *Gloria* y el idilio de *Marianela*, pudieran llamarse *Novelas madrileñas de la Restauración*. Galdós deja la Historia, y con su capa todavía, como en los tiempos estudiantiles, pero ya sin sombrero de copa, penetra en las callejas más apartadas de Madrid. Sus héroes van, al revuelo de unas faldas—*La de Bringas*, *Tormento*, *Fortunata*, *Lo prohibido*, *Ángel Guerra*,—hasta la abyección y la idiotez o hasta el deliquio místico. Luego, vencido el influjo aplastante y relajador de ese período, el genio de Galdós alza el vuelo y se eleva a temas universales por encima de la novela local y de Madrid.

Quedan apuntadas aquí las tres fases y las tres maneras de Galdós que corresponden a sus novelas históricas, realistas y de la última época. La objetividad, si en algún trabajo puede buscarse, es precisamente en los juicios históricos, y, sin embargo, sabido es que no ha nacido aún el historiador verdaderamente objetivo, y mucho menos el artista de la Historia, el poeta de la Historia objetiva, y que si hubiera nacido no sería Galdós. En la segunda época el realismo podía empujarle también a la objetividad de otro modo y por otras razones, aceptando sólo por ser real lo malo y lo bueno del modelo. Pero tal aceptación, que lleva ya

en sí misma una parcialidad, es en Galdós algo más que eso: es debilidad. *Clarín, el único*—cada día más actual y más moderno—vió antes que nadie esta inclinación de Galdós:—«Su patria es Madrid—decía,—por adopción, por tendencia de su carácter estético, y hasta, me parece..., por agradecimiento... A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros y muchas de sus mejores escenas, y aun muchos de sus mejores personajes. Si los novelistas se dividieran como los predios, se podría decir que era nuestro autor novelista *urbano*» (1). Lo que significa esa predilección no era necesario aclararlo, pero el mismo Galdós lo deja bien patente en su panegírico del Ateneo. La objetividad es, pues, una palabra de bandería, de escuela, que tuvo su momento, pero que no ha de aplicársele a Galdós, ni aun en la época en que podía dejarse incluir en el grupo de los realistas. Más tarde, ¿dónde van a parar la objetividad, la impasibilidad británica y las cualidades neutras e inocuas del escritor en frío? Desde las novelas que pudiéramos llamar místicas—el final de *Ángel Guerra*, *Nazarín*, *Halma*, *Misericordia*...—hasta las obras de combate en el libro y en

---

(1) *Galdós*, por *Clarín*. De la serie de semblanzas editada por *La España Moderna*, pág. 18.

el teatro—*Electra*, *Casandra*,—Galdós se les escapa a los encasilladores y clasificadores. La medida que le habían preparado era muy chica y además no servía para la cuarta dimensión.



## XX

## MADRID, «LUGAR DE LA ESCENA»

SÍRVANOS de pretexto el tema de Madrid para releer a Galdós. ¡Cuántas sorpresas! ¡Qué trastorno en los valores! ¡Cómo han crecido figuras que hace años saludamos quizá con excesiva confianza y familiaridad! Queremos hojear y recordar al vuelo; pero el interés nos sujeta y nos retiene, como la primera vez. Resucita el pasado... Volvemos a vernos a la luz de aquella lámpara, en aquel cuartito de niño hurón que huye de las gentes. Suena, lejos, un piano. Escalas, ejercicios... hora tras hora... Monotonía, poesía, melancolía... de lluvia y de infancia solitaria... Ahora vemos con emoción esos *Episodios* en manos de nuestros hijos. ¡Adelante la epopeya mansa, plácida y familiar! Otros harán los gestos exaltados y heroicos. ¡Adelante también la miserable España de la Restauración, y, sobre todo, Madrid, el Madrid lleno de afanes, enredos y trapisondas tal como aprendimos a verlo en las *Novelas Contemporáneas!*

La primera vez que Galdós habla de Madrid

es en esa libre y exuberante *Fontana de Oro*, libro «con cierta tendencia revolucionaria», escrito el 67, a los veintidós años, es decir, cuando el sentido crítico es más agudo y agresivo, cuando suelen mostrarse más audaces los anarquistas de acción y los poetas. Así, pues, en la primera página de su primer libro nos encontramos ya con Madrid. Es el Madrid del 20 al 24, «años de muchos lances para la *destartada, sucia, incómoda, desapacible y obscura villa*».—«Sin embargo—agrega unas líneas más abajo para no dejarle tan mal parado en el primer encuentro,—no era ya Madrid aquel lugarón fastuoso del tiempo de los reyes tudescos...» Aquí, en esta primera página, descúbrese la razón de la amplísima benevolencia galdosiana. Yendo a los orígenes, viendo el lento y trabajoso desarrollo de un pueblo, gana el ánimo del historiador cierta ternura que, si no es igual a la de quien planta un árbol, se parece a la de quien lo ha visto crecer. Mesonero Romanos no podía pasear por el Prado sin acordarse compasivamente de Miñano, que lo elogiaba ya en el siglo XVII: «¡Si lo viera ahora!» decía.—Es una manera de invertir la perspectiva, situándose imaginariamente en el punto de vista más remoto y dando a lo presente y actual las ventajas de la distancia. Tal inclinación

a acentuándose en Galdós a medida que conoce mejor el vasto campo en que se moverá su romancero. Al principio juzga todavía sin pasión. Leed en *El Terror de 1824*—segunda serie—la descripción de la plazuela de la Cebada, aquella misma plaza que en su conferencia del Ateneo es «la bullanguera, la tumultuosa y vertiginosa plaza de la Cebada», y compare con la calle de Toledo entusiastas elogios en nombre de lo pintoresco, lo característico y lo histórico:—«La plazuela de la Cebada—escribía Galdós hacia 1877,—prescindiendo del mercado que hoy la ocupa, desfigurándola y escondiendo su fealdad, no ha variado cosa alguna desde 1823. Entonces, como hoy, tenía aquel aire villanesco y zafio que la hace tan antipática, el mismo ambiente malsano, la misma arquitectura irregular y ramplona. Aunque parezca extraño, entonces las casas eran tan vetustas como ahora, pues indudablemente aquel amasijo de tapias agujereadas no ha sido nuevo nunca.»—Pero Galdós va preparando ya el ánimo del lector para un episodio bárbaro. Decía *Clarín* en su deliciosa semblanza de Galdós, hablando de lo que él llamaba «el eminente *antilirismo* del maestro», su escasa preocupación por el paisaje, que «la naturaleza en las novelas de Galdós viene a ser *el lugar de la escena*». La

naturaleza y la ciudad, obra del hombre, le han servido, en efecto, para poblarlas de figuras históricas o novelescas que viven en plena acción. Tras esas líneas agrias y esa pintura sombría, que predisponen contra el lugar de la escena, viene la escena:—«Esta plazuela había recibido de la plaza Mayor, por donación graciosa, el privilegio de despachar a los reos de muerte, por cuya razón era más lúgubre y más repugnante.»—Es el cadalso, la ejecución de Riego y de tantos patriotas lo que le hace mirarla como «una boca monstruosa y fétida», dispuesta a devorar centenares de víctimas.

Por razón semejante, en varios pasajes de *La Desheredada*, libro entreabierto a la influencia del naturalismo, hasta donde Galdós quiere, y nada más, le vemos fruncir el ceño y emplear palabras duras. Isidora camina por el «conocido y gitanesco paseo de Embajadores, a casa de la Sanguijuelera y cuanto ve la parece caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello no era aldea, ni tampoco ciudad; era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro». Pero advierte en seguida que Isidora tenía la propiedad de extremar sus impresiones, recargar las cosas y ver lo feo horroroso. ¿Recuerda el lector el crimen de aquel

bárbaro mozalbete, alias *Pecado*, y los párrafos en que Galdós sale de su impasibilidad para culparle, no a él, sino a Madrid? Yo veré siempre las dos lucecitas de los ojos de *Pecado* mirando a su hermano desde la obscuridad del sótano por entre los radios de la rueda que ha de mover a brazo, sin parar, hasta que dé la hora. El paisaje—el medio—se lo lleva a la cárcel el hijo de Rufete.

El valor espiritual de la ciudad como el valor espiritual del paisaje no es para Galdós, exactamente, el del lugar de la escena, pero se aproxima bastante. Respecto del paisaje, ya hizo *Clarín* la observación. Galdós, «novelista urbano», apenas si prestó atención al paisaje por el paisaje. Esto es cierto. Gran parte de un episodio de la segunda serie, *Los Apostólicos*, y aun del siguiente, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, transcurre en los cigarrales de Toledo. Es curioso ver cómo los cigarrales eran para Galdós algo así como las arboledas de Sola, donde esta damita ordenada y equilibrada cuidaba sus gallinas y los frutales de su huerta. Más tarde vuelve, y todo un tomo de *Ángel Guerra*, el último, pasa también en los cigarrales. En vano buscaremos emoción de los ojos y del espíritu, sensaciones y evocaciones de *un amateur d'âmes*, como Barrés. Galdós, viendo

en los cigarrales un lugar habitable, eleva a él sus criaturas, hace gozar allí las delicias del campo al famoso «don Pito», incomparable marino en tierra y, en pleno delirio místico del enamorado de Leré, allí le hace soñar en fundaciones religiosas, tan santas como revolucionarias—¡qué hermosa fuga al ideal, la de Ángel Guerra!—y allí le hace morir a manos de los miserables Babeles. Está el maestro en toda su plenitud creadora. Es también un *amateur d'âmes*, pero no de la suya, sino de almas ajenas. Quiere verlas nacer y desenvolverse, ricas de tornasoles y cambiantes, y esta es la luz que le interesa, estos los paisajes que describe con fruición. Apenas una pincelada al pasar, el panorama de Toledo, el río al fondo, la vega... Poco más que el lugar de la escena.

Pero hay también *paisaje urbano*. Siendo «novelista urbano», las ciudades habían de ofrecerle en sí mismas un interés, ya que no de pintor, de poeta. Galdós no deja, sin embargo, que Leré y Ángel Guerra y los Babeles sean ni un solo minuto anulados, sorbidos por la grandeza de Toledo. Ni siquiera influye en los deliquios místicos de sus héroes el misterio de la Catedral. Así como en el libro de Blasco Ibáñez todo es la Catedral, y no hay Toledo, ni apenas hay hombres, en *Ángel Guerra* la Cate-

dral no importa, y Toledo tiene el interés anecdótico de sus casas pobres y de sus misérrimas vidas. Lo que especialmente, casi únicamente, importa son los hombres.

Así creo yo que Galdós ve las ciudades como las moradas del hombre. Atiende en ellas a su habitabilidad y al camino que han seguido en manos de sus pobladores. ¡Con qué complacencia busca y encuentra una por una las tiendas de la Carrera de San Jerónimo, allá por el año 1820, y cómo nos describe en *La Fontana de Oro* aquel irlandés «gordo y suculento que vendía raso y organdí, encajes flamencos y catalanes y alopín para chalecos...», la tienda de Perico el mahonés, la de doña Ambrosia, de Quintanar, que antes fué *la tía Ambrosia*, el decorado de la Fontana, las gentes, los trajes, los vehículos! Con igual agrado tiende en *Fortunata y Jacinta*, para presentar a sus lectores la familia de los Santa Cruz, un «vistazo histórico sobre el comercio matritense», y nunca es tan lírico Galdós como cuando habla del chino Ayun, peregrino artista que bordó para las madrileñas los primeros mantones de Manila hasta que le destronó Senquá, otro chino más maravilloso todavía... El lugar donde moran sus héroes—concepto menos frío que el lugar de la escena—tiene una historia ligada con la de

esos mismos héroes. La compenetración histórica, antes de que llegara el criterio naturalista que lo aceptaba todo como documento, y el gusto de lo pintoresco, común a hombres y cosas, hizo de Galdós el cronista más benévolo. Cien veces hubo de pasar en sus libros ante esos hombres y esas cosas que, siendo pintorescas y típicas, merecerían su saña. Pero entonces es cuando asoma la sonrisa humorística. Recordad en *Misericordia*—la prodigiosa e inmortal—el comentario a aquella descripción de la iglesia de San Sebastián: «Es un rinconcito de Madrid que debemos conservar cariñosamente, como anticuarios coleccionistas, porque la caricatura monumental también es un arte. Admiremos en este San Sebastián, heredado de los tiempos viejos, la estampa ridícula y tosca y guardémoslo como un lindo mamarracho.» Lindos mamarrachos, llenos de carácter, pueblan este Madrid, y para perdonarlos hace falta toda la bondad del maestro.



## XXI

## MADRID, PROTAGONISTA

**P**ERO, ¡qué difícil será, de hoy en adelante, transmitir ese estado de ánimo propicio a tanta benevolencia! Pertenece a otra época, a otra generación malhumorada y crítica la funesta manía de no conformarse. Para hacerse cargo de la diversidad, no ya de pensamiento, sino de pasión, basta comparar los pobres de *Misericordia*, *Halma y Nazarín*, con los golfos de *La Busca* y *Aurora Roja*. Entre aquéllos no le falta a ninguno, ni al más desvalido, cierto calor de hogar y de familia, cierta cordialidad que templó el rigor de la miseria. Pero ya los títulos expresan dos posiciones distintas. En la amarga realidad que describe Baroja—tan desgarrado y seco—ya no hay misericordia. La esperanza sólo puede estar en la violencia, en la aurora de sangre.

A nosotros, madrileños del siglo XX, lo pintoresco no nos basta, ni lo histórico, ni lo natural. Muchas veces lo castizo es lo que nos sobra. Galdós acepta, o por lo menos contemporiza, unas veces pensando que todo ha me-

jurado y que ya no es Madrid el lugarón de los Austrias, otras viendo en lo actual remembranza viva del ayer. Para nosotros el siglo XIX ha ido muy despacio, mientras Galdós se ha detenido uno por uno en todos los obstáculos que las luchas civiles le pusieron al paso. Nosotros vemos que esto anda, pero medimos la velocidad y nos irrita ver que, en efecto, vamos como «sobre ruedas», pero sobre las ruedas de un tren viejo.

Conformarse es posible, es fácil, es cómodo. Nos ayudan todos los espejismos. Nunca he podido apreciarlo de un modo tan gráfico como esta tarde de invierno en que volvemos a Madrid desde los altos de San Isidro después de haber dejado allá arriba un compañero que ya no volveremos a ver. Salimos otra vez al camino y el paso lento de los caballos que chapotean el barro nos permite contemplar bien despacio el paisaje. Este paisaje es el mismo que a la subida, pero la disposición del ánimo es otra. Al ir caía sobre todo el cortejo una de esas lluvias grises que envuelven la ciudad en un velo de melancolía. La niebla de humo blando y frío, la densa nube llorona viene sobre nosotros y se nos mete en el alma. Cuajado de lágrimas el cristal, parecen más desamparadas las orillas del río, más humilde

y obscura la vida de esta gente andrajosa que nos ve pasar. La lluvia llora por todos. Por nosotros, por ellos; por la tierra ¡tan hosca, tan parda, tan desolada! Pero ahora, al volver, el sol quiere ofrecernos una de sus fiestas fantásticas y asoma entre un rompimiento de gloria. ¡El sol, que es nuestro mejor amigo y el subscriptor más piadoso de la beneficencia y de la estética municipal! ¡Qué bien sabe servirse del panorama madrileño como el artista de unos cuantos telones pintados para sus efectos de escenografía! Gracias a él la villa adquiere magníficas y razonadas proporciones. Realza cada color hasta su mayor dignidad; iguala los materiales nobles con los humildes; el granito y el mármol de Palacio con el adobe de tapias y casucas y aun con el ladrillo de ese terrible Seminario. Sobre las cosas pasa una llamarada de poesía que no nace de ellas—¡pobrecillas!,—sino de la generosidad del sol. Sus rayos, derechos como lanzas, establecen una perspectiva rigurosa y un orden claro; prestan al amontonamiento arbitrario y espontáneo de casas que llamamos Madrid una lógica insospechada. Ante la mutación teatral, recordamos que hace ya más de un siglo supo ver con los ojos del sol la fina silueta de Madrid su más irónico admirador, D. Francisco de Goya. Así nos he-

mos acostumbrado a poetizar Madrid, *orillas del Manzanares*, en el cuadrito incomparable del Museo del Prado. Luz clara, gloriosa luz le envuelve. Es un nimbo, una aureola opulenta y fastuosa, gracias a cuyo halago la villa y corte se olvida de sus lacras o, por lo menos, las oculta. Sol, ambiente y cielo protegen con su propio encanto no sólo el Palacio Real y el templo, sino los barrios bajos y las peladas laderas. Plebe y aristocracia se divierten, y el río, exhausto, pasa como una vida melancólica. Sobre la realidad urdió el poeta un velo diáfano de nácar y rosa; pero antes lo había tendido como cómplice, o como hermana bienhechora, la luz...

Ahora pasamos, un siglo después, por esa pradera sin verdura y nos detenemos ante el paisaje evocador, como habrá hecho el maestro Galdós siempre que haya llegado a la simbólica atalaya de las Sacramentales. Apenas ha variado desde que lo pintó Goya. No falta la espléndida caridad del sol. El mismo río con sus tenderetes. La misma cúpula de San Francisco con sus líneas precisas, decisivas, sin las cuales Madrid no tendría silueta. ¿Qué ha pasado ahí dentro en esos cien años? ¿Cómo está todo igual—¡peor aún!—si cien años tienen tantas horas? Galdós sabe que ahí dentro ha ocurrido

el triunfo de la clase media, y nada más. Sabe qué especie de hombres puede vivir en esas casuchas que ahora salpican los sonrosados cerros del paisaje goyesco, y sonrío al figurárselos hermanos en espíritu de los que retrataba por aquella misma fecha D. Ramón de la Cruz. Pero como a nosotros no nos basta el placer de los ojos, ni el de comprobar sobre el terreno los pasos de los muertos, nos estremece la idea de que D. Ramón y D. Francisco siguen siendo contemporáneos de D. Benito y además contemporáneos nuestros.

Madrid, 1919.



# LA MORAL DEL «CINE»

ENSAYO DE COSTUMBRES MADRILEÑAS





*Señoras y señores... (1)*

Aquí se presenta ante ustedes un caso de timidez que yo estudiaría con gusto si fuera otro el sujeto y si en vez de sentarme en este sillón me sentara entre ustedes, en una butaca. ¡Oh! La delicia de ser juez, ser juez irresponsable, ser público nada más, no sabrán apreciarla hasta el día en que les compliquen a ustedes en una conferencia. Yo debería hablar, porque una *causerie* exige un *causeur* y el *causeur* necesita la espontaneidad de las charlas amables, entre amigos; pero no me atrevo. Me falta confianza, no en ustedes, en mí. Además, yo creo que el escritor no es de veras espontáneo más que cuando escribe. ¿No es sencillez, naturalidad, familiaridad lo que se

---

(1) Conferencia leída en el teatro de la Comedia el 26 de noviembre de 1912. Al publicarla ahora por primera vez queda completado el trabajo con otros apuntes que entonces quedaron en cartera.

pide? Pues no le pidáis eso, porque no lo tiene sino cuando se queda a solas con la cuartilla. La verdadera naturalidad no la alcanza más que con la palabra escrita, y nunca son tan hombres los escritores como cuando escriben. Por eso, sin duda, fueron tan desgraciados muchos escritores insignes, en la tribuna... y en el matrimonio. ¡La oratoria! ¡Qué arma tan envidiable! ¡Aquí donde creemos que habla todo el mundo y no es verdad, porque apenas si saben hacerlo los profesionales! A un crítico francés, que no cito porque debo limitarme hoy a citar autoridades de *cine*, le preguntaban: «¿Qué hubiera usted querido ser?» «¡*Lieutenant d'hussards!*» Yo no querría ser teniente de húsares. Si a mí me lo preguntan, contesto: «¡Orador de barricada!» De este ideal a una pobre conferencia leída cobardemente, va un mundo. Pero resignémonos y hablemos del *cine* y de la moral del *cine*, sea como sea.

## 2

*Concepto y descripción del cine.*

VAMOS a hablar del *cine* y a quedar de acuerdo acerca del concepto general del *cine*, por si algún académico quiere ponernos dificultades. Amables damas: si sus maridos, sus novios, sus hermanos, o acaso sus papás, les dicen: «Yo no he pisado jamás un *cine*», ¿ignoran ustedes lo que eso significa? Aparte de que pueda significar un exceso de prudencia, ¿habrá alguien que no conozca el valor exacto de la palabra? Lo que empezó siendo gracioso apócope de los barrios bajos, es hoy término usual con el que damos idea de toda una institución. Barracón de feria, titirimundi, linterna mágica, *guignol* para chicos y grandes... Luego cinematógrafo con películas; en seguida asilo de *varietés*, género mínimo... Con haber tantas cosas en esta enumeración, todavía no se abarca todo lo que cabe en un *cine* y puede verse por unos céntimos... Tantas cosas caben, que en el *cine* debemos buscar hoy el verdadero teatro popular, y si han de

respetarse los gustos del público, en vez de subvencionar el Teatro Español debería subvencionarse el «*Cine de la Encomienda*» y el «Apolo de Chamberí».

Hay cines de todas clases. Muchos, enclavados en barrios céntricos y elegantes, son lindos teatritos, que logran dignificar el género. Hubo una época en que cuanto más lo dignificaban más dinero perdían y sus empresarios miraban melancólicamente hacia el imperio de la barbarie. Entonces el *cine* típico, el verdadero *cine*, solía vivir donde vive hoy, en esos barrios donde las aceras son estrechas y el arroyo nos clava sus piedras puntiagudas y las calles en cuesta se llenan al anochecer de obreros y empleados que vuelven del trabajo y de costurerillas que en literatura jalearan algunos como herederas de las majas de D. Ramón de la Cruz, pero que, en realidad, están muy aburridas de trabajar todo el día por seis reales. Casi siempre rodea al *cine* un solar, un derribo, un descampado, y los focos eléctricos llegan a destacar una de esas vallas sin las cuales el paisaje madrileño sería poco interesante para Pío Baroja. Suele tener arquitectura de caseta de baños, de albergue para mineros californianos, de estufa de desinfección... Las paredes de cal, con sus desconchados pintorescos, por donde

aparecen los ladrillos y la soga que las afirma, están enlucidas por un baño indefinible, un engrasado casi sólido que el público se encarga de perfeccionar. Los hombres que os reciben en la taquilla y a la entrada, ¿de dónde han salido? No lo sé. ¿Son madrileños de sainete? Lo son, sin duda, y están bien donde están para el público que ellos vigilan, que es fiero, ejecutivo, dispuesto a colarse sin pagar y a reclamar de todo y por todo y a llevarse algo si le dejan. Pero observad que este regocijo público es el único que tiene verdadero público. Siente el espectáculo, se compenetra con él, y antes de entrar lo manifiesta con su impaciencia, con el brillo de los ojos, con el modo de pronunciar los nombres de los artistas. Ya se hablará de la relación de este publiquito con el de los toros y de la mezcla del señorío con el bajo pueblo. Mientras esa muchedumbre va entrando poco a poco, podemos leer los títulos de las obras, que no debo reproducir, porque el subrayado de esos carteles hecho en frío equivaldría a una exhibición peligrosa. Podremos también saludar a una artista que llega con su imponente aire cosmopolita, pero tratando en vano de dominar el gesto de Lavapiés o de la Puerta de la Carne. Entremos. Resistamos la primera tufarada. ¿Dónde están las mujeres?

Apenas hay mujeres. Los hombres vienen solos a presenciar la apoteosis de la mujer... Una apoteosis a su modo. Todo el público se remueve. Las filas de butacas, muy apretadas, para aprovechar bien el sitio, nos obligan a sentir el contacto de la muchedumbre y a avergonzarnos de formar parte de una misma masa. El aire punza, cargado de tabaco y de cálidas emanaciones y cae sobre nosotros como una calina untuosa y tabernaria.

¿Y luego?

El extranjero que se halle ante un cuadro de tanto color local ha de sentirse transportado a otro mundo. ¿Dónde ha visto algo semejante? ¿Será en los fumaderos de opio? Un opio activo que no hace dormir, pero que quizá conduzca al mismo resultado, aplaudiendo, aullando, pataleando... Desde el principio hasta el fin van saliendo a escena artistas que se suceden y se parecen. El paseo, muy torero. El *couplet*, con ademanes mal traducidos; el guiño y la sonrisa; la machicha y el garrotín. Inunda la sala una vibración mal contenida, una corriente vergonzosa, y aquella atmósfera de humo, con demasiado calor de humanidad, parece venir del escenario, que se convierte en la boca infernal de un monstruo frío, cuyo aliento quema e infama. Las artistas están ya fatigadas. Una

y otra vez se corre y se descorre la cortina. El público pide más; siempre más; grita, se exalta, se enfurece; truena en la galería, pateando como si amenazara caer sobre el escenario el galope de un escuadrón... Y, por último, unas voces acres, secas, imperativas, exclaman: ¡*La pulga!* ¡*La pulga!*

Yo opino—perdón, señoras y señores,—yo veo en esto el principio de la transformación del pudor celtíbero. Todo eso es, aunque no lo parezca, fruto de nuestra moral secular que, demasiado contenida, demasiado engolada, salta ahora en la libertad actual de usos y costumbres con el ímpetu cerril de los temperamentos no gastados. El *cine* da la exaltación sexual. Yo no he visto a ningún ejército en campaña disfrutando el asueto de una noche de paz en la Plaza de la Cebada; pero ¿qué más podría hacer que el público ordinario? Entre tantos hombres, sólo hay una mujer: la que se pasea por las tablas ostentando como una joya su feminidad. La emoción es tan ruda porque es primera reacción contra un pudor de raza... En fin, todo este bárbaro claroscuro, que entra bastante en el concepto de la España de Zuloaga, tendrá un límite con el tiempo. ¿Quién fija ese límite? La primera vez que yo asistí a uno de estos espectáculos no podía calcularlo.

Al volver—con un intervalo de años—he hallado que la transformación era muy lenta, y ya diré cómo he visto caer en las brasas de ese fuego la leña verde del buen pueblo de los contornos madrileños.



## 3

*Remado, destronamiento y restauración de la película.*

CUANDO llegó el cinematógrafo y se instalaron en Madrid los primeros barracones, los padres empezaron por llevar a los niños y luego acabaron por ir ellos solos. Por poco dinero se transportaban a países lejanos; veían las barcas de Islandia, los elefantes de la India, las cataratas del Nilo, todo con viva realidad que completaba la noción adquirida en sus lecturas de Julio Verne. Dejar la casa, o la oficina, o el taller, dar la vuelta a la esquina y encontrarse de pronto a cien mil leguas, entre los negros de Mozambique o entre los osos de la zona austral. ¿Hay nada más delicioso? Las películas oscilaban bastante y el público alborotaba demasiado; pero era una novedad encantadora.

Además, el *cine* fué muy pronto lugar de cita para las parejas de enamorados. Era entonces el *cine*, en su infancia, todo inocencia, todo ingenuidad y candor. ¿Quién dijera que luego le esperaban tantas picardías? Iban los

novios. Iba la mamá. Las hermanitas... ¡Qué bien! ¡Qué penumbra más emocionante y más discreta! ¡Un dúo silencioso frente a las pagodas de la India! ¡Un juramento de amor viendo pasar como en sueños la cabalgata de un rajah! Yo no vacilo en decir que el *cine*, cuando estaba en mantillas, contribuyó bastante al aumento del número de matrimonios, y, por consiguiente, que ha sido factor apreciable en el progreso de la natalidad. Tras de las películas geográficas empezaron a venir las hilarantes, las acrobáticas y las fantasías inverosímiles. Estas últimas marcan ya una decadencia, y no deberíamos dejarlas pasar sin protesta, si hiciéramos un estudio detenido del género. Todas ellas aparecieron acompañadas de una institución que, por desgracia, ya no existe: el narrador, el explicador de películas. Con voz grave, con frase tan llana como pudiera esperarse de su misión, iba informando al público. Su labor era difícil y siempre literaria. Yo he visto la tarjeta de Nicanor González, que prescindía en absoluto de sus servicios en el Ayuntamiento, y decía pomposamente: «Nicanor González, explicador de películas.» Murió esta institución, acaso ahogada por la aptitud del público y por la ruinosa competencia de los aficionados sin título. Fué substituída por los letreros en las

propias películas, y como entonces comenzaron la novela y el drama cinematográficos, vimos textos disparatados en un idioma que no era el francés, ni el esperanto, ni el español, y que, sin embargo, lo entendíamos todos. Hubo un momento en que la película pareció derrotada por las *varietés*, y fué desterrada de la mayoría de los escenarios. Duró este destronamiento dos o tres años, y puede presentarse como caso curioso de la vacilación, de la fluctuación del gusto del público. Pero cuando se decidió a entrar de lleno en el camino del teatro cinematográfico, su pasión fué frenética. Fué y sigue siéndolo, y los hechos permiten afirmar que esta es la más duradera de todas las restauraciones.

*La razón del triunfo.*

EN Madrid es hoy el cinematógrafo una fuerza social. Su triunfo ha sido formidable. Vivo junto al teatro que edificó espléndidamente aquel empresario tan generoso y tan audaz que soñó como con un gran negocio con la explotación del arte nacional; es decir, de la ópera española. Desde el día de la inauguración, el teatro de Luciano Berriatúa ha servido para mil cosas. La ópera fracasó en seguida. Han ido desfilando empresas y compañías de todo género. Siempre en frío, con la sala casi vacía. Las raras excepciones confirmaban la regla. Cuando llegaba Carnaval, los bailes. Hasta la madrugada, los focos encendidos; mascaritas que vienen a pie o en un triste simón; vino barato, gritos, broncas.... Al día siguiente el *confetti* en la acera. Y nada más. Todo eso no alteraba la frialdad, que parecía obra de un mago enemigo. Con el *cine* todo ha cambiado. El calor del teatro—animación, interés, vida—llega hasta la calle. Grandes carteles atraen al público con sus colores vivos, sus tipos exóticos

y sus escenas terroríficas o sentimentales. Los chiquillos se clavan en la acera para mirar aquel hombre que salta la verja de un jardín con el puñal entre los dientes, llevando en brazos una mujer hermosa, con la garganta desnuda, o aquel otro tipo trágicómico que levanta dos apaches a un tiempo por los fondillos de los pantalones. Trabaja la taquilla desde muy temprano, mañana y tarde. Hay coches y automóviles a la puerta; grupos que se marchan sin haber conseguido localidad. Y si entráis, os impondrá cierto respeto la muchedumbre que llena palcos, butacas y galerías, para vivir dos o tres horas en una semiobscuridad necesaria al espectáculo, e interesarse en el desarrollo de episodios, casi siempre infantiles. Muchas veces interviene ruidosamente. ¿Estará en esa colaboración del espectador el secreto del *cine*? ¿Será, lisa y llanamente, una forma de pereza mental la que prefiere las proyecciones mudas al Teatro hablado? ¿O formulará el público con esa preferencia la crítica más severa de nuestro teatro actual? Quizá no haya que buscar en ninguna hondura la razón del triunfo, sino considerar sencillamente que el *cine* apasiona hoy porque dispone de todos los elementos combinados del melodrama y el folletín, y los presenta con una novedad de procedimiento y un realismo

en los fondos y en los detalles realmente insuperables. Así ha matado al folletín, como el folletín mató a la novela por entregas.

Yo he contado en alguna parte cómo ocurrió este suceso, porque lo presencié, siendo muy niño, en un rincón de tierra castellana. Era en un pueblecillo toledano, rico en otro tiempo, y ahora tan miserable que cuando se hunde una casa no hay quien la levante, y hay tantas ruinas como familias malogradas. Allí el hombre que metía más ruido era el tío Juan el herrero. Los días de labor le daba al yunque; el domingo no aguzaba rejas y se iba con la escopeta al río y a las arboledas en busca de una perdiz o de un conejo, que nadie podía levantar más que él. Por las noches leía en alta voz la última entrega de *Los siete niños de Écija* o *El Monaguillo de las Salesas*. Vosotros, lectores marrulleros, cansados ya de viajar de libro en libro, ¿os acordáis de las primeras lecturas? ¿Os acordáis de *cómo sabían*, y de las vueltas que daban en vuestra cabeza? Por mi parte, he oído en la Sorbona, de fama universal, muy sabias lecciones. Pero ¿cómo han de compararse estos nuevos horizontes con los que descubrí a los ocho años en la fragua del tío Juan? Eran las aventuras, el heroísmo y el amor, todo exaltado, encendido y chispeante como el hierro en

ascua bajo el martillo. Las láminas, que competían en colores con los números de *La Lidia* pegados en la pared de la fragua, tenían incomparable fuerza de expresión. Un caballo enjaezado a la andaluza; un majo de manta y tabuco, con su moza a la grupa. Así habían de ser los raptos... Pero no voy a hablar de la novela por entregas, sino del efecto que allí causó el primer folletín de *El Judío Errante*. Fué decisivo; fué un triunfo tal, que interrumpió de golpe la subscripción de la novela, y yo no he podido saber nunca adónde iba el monaguillo de las Salesas una noche sin luna en que se descolgó por la ventana. El folletín era el periódico por una peseta al mes, y además la novela. Daba también sensaciones espeluznantes con el aditamento de galicismos y de nombres extraños. Y aunque la lectura fuese más breve, el reparo no tenía importancia, porque el tío Juan leía despacio, y como madrugaba mucho, antes de acabar iban cerrándosele los ojos; y los zagales, sus hijos, se dormían a chorro, y su mujer, la más curiosa, no sabía leer, lo cual la obligaba a contentarse con lo que buenamente la dieran. Despacio, despacio, *El Judío Errante* fué muy lejos; y luego le adelantaron *Los tres Mosqueteros*, hasta que acabó por echarse sobre ellos la balumba de los *Rocambole*, gente

que ya cogió a los chicos casados, a la mujer muy vieja y al tío Juan el herrero sin fuerzas para manejar el martillo ni para soportar historias.

Pues semejante triunfo es muy pequeño al lado del que ha logrado el *film*. Ha creado un mundo nuevo que no exige otra cosa sino un lienzo blanco; que ahorra la molestia de leer; que en las invenciones más estúpidas da pedazos de vida y que transporta hasta las almas más humildes que no tienen alas. Nos le trae una industria mundial muy poderosa, con todas las artes del reclamo. Está patrocinado por los niños y por las señoras. Todo lo cual quiere decir que ya no puede ser destronado.



*El «couplet» francés y el baile de tablado.*

HUBO, sin embargo, el período crítico de que hemos hablado. Tramaron conjura contra la película los espectadores en esa forma tan respetuosa y tan molesta para los empresarios, que consiste en abstenerse. Alguna vez hemos entrado en un *cine* en esa época del retraimiento y hemos visto la barraca solitaria; una niñera con los niños en primera fila; dos vendedoras de caramelos cuchicheando y un señor calvo, viejecito, sonrosado, en los últimos bancos. Yo creo que aquel señor no tenía otro sitio donde ir y que él fué quien inspiró al empresario la idea de animar el espectáculo para animarse él. Vinieron las primeras «bailaoras de palillos»; por regla general unas pobres niñas flacas, sin articulaciones, violentada la sonrisa y el mirar infantil por un gesto frustrado de picardía. Cuando salieron aquellas muchachas, el señor calvo, el empresario y yo comprendimos que el *cine* iba a ir muy lejos.

Entonces fué cuando se asociaron dos elementos de fuerza; uno extranjero, el *café-concert*;

otro castizo y muy castizo, el tablao. Era una alianza natural. Era también un signo más de esta confusión externa de usos y de hábitos que trae consigo la civilización. ¡Qué viejos vamos siendo ya los que hemos visto venir al mismo tiempo por la frontera de Francia los cuatro signos de penetración cosmopolita: el automóvil, el bar, la película y la cupletista! Vinieron juntos. Extranjerizaron rápidamente las calles de Madrid. El automóvil venía trepidante y atropellante. El bar con su nota limpia, sencilla, geométrica, hizo en pocos meses una revolución que inquietó al mismo tiempo a dos gremios tan conservadores y tradicionales como el de cafeteros y el de taberneros. La cupletista arraigó más pronto aún y además creó a la cancionista, que con el tiempo había de ser algo distinto de una traducción. Desde aquellos tiempos—los tiempos del *Musill-hali* de la Alhambra, el *Japonés*, el *Salón Bleu* y *Actualidades*—, Madrid, España entera, han sufrido una influencia visible. Estas cosas pequeñas, un velo rosa flotando como la estela de un automóvil, un rincón de restaurant grato y amable, un vals con ritmo nuevo y exótico, van dando a nuestra vida la ilusión de la diversidad. Hay largas épocas de nuestro pasado que sólo nos dejan el recuerdo tolerable de

una canción. Y en los recuerdos está la medida de lo íntimo. Por eso yo he olvidado a estas horas muchas cosas que creía muy hondas y recuerdo la voz de una señorita Artaud que cantaba: *Bon soir, madame la Lune...* Sí. Desde aquellos tiempos, el género se ha difundido y la *chanteuse* ha enseñado a nuestras cancionistas. Ella nos trajo esas letrillas de corte sentimental, en las que el corazón burgués de nuestros vecinos ha sabido expresar de un modo agridulce afectos que no llegarán nunca al vitriolo, ni a la browning, ni al estilete. Trajo también el *couplet* maligno, con todas las de la ley, con *calembour* y punta envenenada. Yo creo, en confianza, que aquí no supo nunca el público lo que cantaban esas artistas. La mostaza estaba cubierta por las dificultades de la traducción y luego por ese espíritu franco y alegre que dicta sin ensañamiento las mejores malicias. Hay en Francia una tradición que guía a los autores de la letra y de la música, y la artista francesa tiene un adorable instinto que la hace descollar en este género tan ligero, tan frágil y tan difícil.

Pronto hicieron aquí discípulas que han llegado a maestras; pero en los primeros tiempos de esta evolución del *cine*, el elemento español, el elemento indígena, vino directamente

del *tablaó*. Por eso solo podrán perdonársele al *cine* muchas culpas. Antes de gritar «¡escándalo! ¡abominación!» vale la pena de pesar bien la sinceridad del grito, y sobre todo, la educación del pueblo, la moral y el buen gusto no han perdido nada con que se haya transplantado la bailaora. Por infame que sea el último *cine* de los barrios bajos, no lo es tanto como el clásico cafetín de cante flamenco. Muchas glorias del *tablaó* han traspasado ya la frontera. ¿Cuándo hubieran podido emanciparse del bajo oficio servil a que las destinaban? Diosa en el baile, con los brazos desnudos en alto y la bata de larga cola ondulante. Un momento después esclava de lupanar. Sí. Hay que lamentar la pérdida de las bulliciosas faldas gitanas, el pañuelo de crespón, el peinado clásico; es decir, el carácter. Pero de eso del carácter y del color local hay que hablar mucho.

*Nacionalización de lo cosmopolita.*

VAMOS llegando a uno de los puntos más interesantes, que pudiera llamarse, con fórmula quizá demasiado aparatosa, adaptación del cosmopolitismo: cómo han arraigado en España los usos y costumbres que van anejos a un espectáculo importado y cómo adaptaron los españoles la moral de esos usos a su moral. Algo ha exportado también España. Yo creo que en los países del Norte han debido dejar alguna huella las hijas de las danzarinas de Gádex. La aparición de estas mujeres de ojos ardientes, de pisar rítmico, de una sensualidad fiera y desbordante, con el mantón encendido en todos los colores del iris, el pie noble y la sonrisa llena de promesas, debió de producir una impresión tan violenta como la que a nosotros nos produjeron las primeras danzas orientales.

Al venir a nuestra villa, tan local, tan de barrio, todo ese elemento exótico, es curioso

ver cómo lo ha hecho entrar en sus costumbres y cómo mezcla lo cosmopolita y lo castizo. Por la calle cruza una de esas muchachas que han aceptado de pies a cabeza todas las galas de París. Ya no nos sorprende ver a su lado a un cincuentón de bigote crespo y zamarra. Es el papá de la cupletista. O una señora viva de lengua, celestinesca, con mantón alfombrado. Es mamá. O a un mocito con tufos y bufanda, a cuerpo gentil en el rigor del invierno. Es el novio. Esas dos instituciones, la madre y el novio, me parece que van a tardar algún tiempo en desaparecer. ¿Son morales o no? Por lo menos es moral española. Penetren entre bastidores, en cualquier *cine*, aun el más resbaladizo. ¡Pobrecillas! Las artistas están aún bajo tiránica tutela. ¿Cómo van a imaginarse los que ven un cerco de fuego, demasiado vivo, alrededor de los ojos de la bella *Mimito*, que acaba de llorar, y no de amores, sino de un manotón de su mamá? Ese golpe de efecto al final de un compás de la *Machicha* es su madre quien se lo ha ensayado. Ese tono ronquillo en la voz, es ella la que se lo ha aconsejado. Alguna vez ha trazado los planes de su vestido de cupletista y siempre la enseña a ser amable cuando conviene e inflexible cuando hace falta. Yo asistí al consejo de familia de la

*Camelia* cuando un rajah la propuso llevarla a la India. En un tris estuvo de perder ese brillante porvenir, porque el rajah no había contado con mamá para el ornato de sus jardines. Gracias a que intervino Valle Inclán, que dictó una misiva principesca, sin condiciones, pero con pomposa y magnífica literatura, y a estas horas la bella *Camelia* reina de verdad a orillas de un río que no sé si es el Ganges, pero que seguramente no es el Guadalquivir.

Yo no he visto más que en España una interpretación tan rigurosa del amor filial. Verdad es que el día de la independencia llega siempre de un modo revolucionario, con barricadas y con excesos en las calles. Todas las opresiones conducen al mismo resultado. Debe consignarse también que estas muchachitas, que se persignan antes de bailar el «garrotín», que a lo mejor abandonan su brillante carrera por un empleadillo de seis mil reales, han ido creando una clase numerosísima. ¿Saben ustedes cuántas «bailaoras» y cupletistas, cuántas figuritas de *cine* hay en España? ¡Más de tres mil! Todas esperan ser estrellas. En cada portería hay una niña que sueña con «Pepita Reyes». Las que triunfan y las que se ahogan no han inventado el *cine*, y si un nivel de cul-

tura superior en el público, y sobre todo en los autores, les entregara obras maestras, en vez de farsas absurdas, ellas sabrían ponerse a la altura de su papel. Si procesáramos al *cine*, ¿cómo no las íbamos a absolver a ellas?



*El público del «cine» bárbaro.*

VOLVAMOS a mirar al público, y estudiemos especialmente el de ese *cine* típico, el *cine* bárbaro, que tiene de pintoresco tanto como de procesable. Yo os diré lo que he visto la última noche que sentí curiosidad por volver a la vida de los barrios bajos, lindantes, según mi experiencia del Madrid viejo, con las llanuras de la Mancha. Las butacas llenas del mismo público de la clase media que acude a todos los teatros del género chico, con la única diferencia de que apenas vienen mujeres. Para ser más exactos, podemos decir que es el mismo público de los tendidos de sombra en las corridas de toros. Su psicología es complicada; pero no creo engañarme si digo que la mayor parte de los espectadores de las butacas van con cierto sentido crítico, humorístico. Tratan de divertirse a costa del espectáculo, manteniéndose ellos a un lado y en muchos casos por encima de él. Recuerdo a este propósito la frase de *Clarín* en el prólogo de una traduc-

ción de los *Contes drolatiques*, de Balzac: «La risa salva al espíritu de caer en la pornografía.» Quizá sea la risa de estos humoristas un poco malsana y demasiado cruel; pero mi opinión es que el efecto moral del espectáculo en estos espectadores no parece muy hondo. La mayor parte no pueden vender el alma al diablo, porque ya es suya. Otros pertenecen a esa inmensa familia de hombres de moral fría que domina en la burguesía madrileña, y cuya característica consiste en ser insensibles para lo bueno como para lo malo; gentes nacidas para ver espectáculos, estar en los sitios, cambiar de asiento; en suma, para que les entretengan, sea como sea.

La complicidad de este público consiste en rebajar su sensibilidad moral y estética al nivel de las de otro público inferior en cultura. Éste ocupa las localidades baratas o se esparce y se oprime en las galerías. Le inflama un ardor salvaje, es el verdadero dueño, y tiene plena conciencia de que la fiesta es para él. Conoce a las artistas, corea sus canciones, provoca los movimientos obscenos que han de asegurarlas el éxito, y arrastra en su pasión a todo el teatro, porque es el único que está dentro de su papel. Procacidad, desenfado, descoco, son ya palabras inexpresivas si hemos de definir aproxi-

madamente lo que exige. Este es el público interesante.

Cerca de nosotros, en primera fila de esta valla que recuerda vagamente las talanqueras de las plazas de pueblo en días de capea, he visto a un hombre de cuarenta años, la cara abrasada por no sé qué explosión interna o externa, un ojo cubierto por una venda de tafetán negro y el otro ojo ciclópeo encendido en ardor infernal. Va vestido de pana. Tiene manos callosas, rojas, de labrador. Le rodean otros paisanos, lugareños también, que no aplauden nunca, ni gritan, pero van siguiendo ansiosamente la mascarada del escenario. El cíclope deja espacio a un niño de unos doce años, vestido a lo palurdo, que mira con ojos atónitos, volviendo a todas partes su cara de angelón tostada por el sol. Es su hijo. De vez en cuando le pregunta:

—¿Lo ves bien?

—Sí, padre.

Y desfilan matronas de carne desbordada, hartas de pasearla por todos los parajes públicos; muchachitas enclenques, afanosas por hacerse aplaudir dando saltos mecánicos dentro de un pantalón de talle; cupletistas o danzarinas extranjeras, maestras en el gesto y en la intención lasciva. Alguna vez pasa una ráfaga

de arte confundida en la cabalgata de estas valkyrias al revés; pero se borra como un fuego fatuo. Es otra cosa lo que allí hace falta. Sube y baja el telón veinte veces. Por si era necesario concretar el espíritu del *cine* en forma dramática, hay una piececilla en que todas las alusiones estallan como insultos, aderezada, no ya con salsa picante, sino con ajos villanos y guindillas. Y hasta el final, el cíclope muestra en su único ojo y en la boca de a palmo, primitiva delectación, mientras el niño, cansado, muerto de sueño, le tira de la chaqueta para decirle:

—¡Padre, vámonos!

¡Sí! Confieso que el blando criterio de transigencia con que el espectador pasivo se dispone a aceptarlo todo, hierde más de una vez lo más noble y lo más puro que hay en nosotros. La tolerancia tiene un límite. Es preciso reparar en que a esos espectáculos del mismo género, ya muy antiguos en las ciudades civilizadas, concurren los elementos cosmopolitas más habituados a la depravación. En París, en Viena, en Londres, la sociedad que ronda o linda con la vida airada tiene las mismas diversiones soeces. Pero en Madrid todo está confundido. No hay otros teatrillos populares que contrapesen el efecto de ese influjo malsano.

Falta en el público tacto para elegir el rincón en que ha de pasar unas cuantas horas, y así vemos cómo la infancia va recibiendo torpes y precoces iniciaciones de los mismos que debieran pensar en defenderla.

Madrid, ya que no ha logrado fuerza expansiva en sus alrededores, tiene fuerza de atracción. Los pueblos que viven a dos o tres leguas de la Puerta del Sol siguen siendo, poco más o menos, como en la época de Miguel de Cervantes, en cultura y en costumbres. Pero, eso sí, ya que Madrid no ha ido a los pueblos, los pueblos vienen a Madrid; y como no encuentran cosa mejor que hacer, acuden a los *cines* de los barrios bajos. ¿Imagináis el efecto que en esos cerebros y en esos corazones elementales ha de producir un espectáculo nacido en otro medio y hecho para paladares estragados? No veo que esto sea en nadie motivo de preocupación. ¿Será porque nuestros moralistas municipales no concurren a los *cines*? ¿Será porque están convencidos de que no pueden luchar con la realidad? En uno u otro caso, lo cierto es que todos vamos dejando que se prepare en nuestro pueblo la moral del porvenir.

Y como nadie pone coto, y es imposible crear una conciencia en tantos pobres seres sin cultura e ir uno a uno diciéndoles: «tu lugar

no es este», debemos protestar agriamente de que la civilización llegue en formas tan villanas a los barrios bajos de este Madrid, condenado, por la lentitud de su progreso, a ser todavía durante mucho tiempo la capital de la Mancha.

*La redención del «cine».*

**N**o lo redime más que el arte. Cuantos quieran conocer ese tema, no ya para moralizar, sino para legislar, tienen un clásico, que yo les recomiendo, y es el ex ministro y académico de la de San Fernando don Amós Salvador. Es éste un espíritu liberal, nacido en tierra de la Rioja. Habla tan claro, que quien lea su folleto: *Sobre el cinematógrafo y otros espectáculos que se le asocian* (1), no ignorará nada de lo que ha hecho la barbarie castiza por deshonar al *cine*. Hombre de nuestro tiempo, D. Amós lo considera, sin embargo, como una institución de cultura, y no pide más sino que se limite la libertad, mejor dicho, la licencia pornográfica. Falta el articulado de un Reglamento de policía de estos espectáculos. Si lo hubiera redactado el propio D. Amós, sería preciso que agregara un curso especial de educación artística para los comisarios que hubie-

---

(1) Publicado antes en el *Boletín de la Real Academia de San Fernando*.—Madrid, 1917.

ran de ejercer esa misión, con pruebas de competencia, de capacidad y de resistencia. No hablemos de la moralidad, que se supone en todo comisario, sobre todo fijando un mínimo de edad.

Ya hoy nadie duda de que el *cine* puede redimirse, y aun redimir a su público, dándole *números*, espectáculos de arte. Cuando empezó a ocurrir este caso, no dejó de haber lucha entre el elemento bárbaro y el elemento culto, que aquí, por paradoja, era el extraño, el extranjero. Pondré como ejemplo las danzas de Tórtola Valencia en el teatro Romea. Allí lucharon dos públicos distintos, y, como es natural, al encerrarse juntos entre cuatro paredes, enemigos: el público clásico del *cine*, cuya forma de expresión habitual era el rugido, y el público más educado, más exquisito, capaz de mostrar su emoción con un aplauso y una sonrisa. El primero puede patear a Beethoven y el segundo quizá se duerma oyendo el cante de Juan Brea. Dos incomprendimientos. ¿Quién venció en esa lucha? Cada cual tuvo su hora; pero lo cierto es que se entabló sin que desde el primer momento fuera vencida la minoría.

La historia de ese teatrillo Romea es un pedazo de la historia de Madrid, y no huelga dejarla consignada en un paréntesis. Llamábase



hace muchos años, demasiados años, Teatro de la Infantil. Empezó candorosamente, como un colegialillo novato que se defiende con la hipocresía. Recuerdo que los muchachos de la vecindad saltábamos por los balcones del Círculo de la Unión Mercantil y nos encaramábamos hasta la lucerna de un patio con montera de cinc, que era, ni más ni menos, que el techo del teatro. Alguna vez los espectadores oían un ruido formidable en las alturas, y era que uno de nosotros había perdido el equilibrio. ¿Qué veíamos? Veíamos obras estupendas, que se confunden hoy en mi memoria con las primeras nociones de Geografía y de Historia. *Para mujeres, España. De cantinera a emperatriz...* o algo por el estilo. Pero muy pronto, la intención picó en bellaca, según la frase de Quevedo, y el género chico, que tuvo allí su cuna, pasó de lo insulso a la mostaza y a la sal gorda. Entonces fué cuando empezaron a decir en mi casa que nos cerraran los balcones. Yo no comprendía por qué se indignaba tanto mi familia con aquel inocente recreo, ni por qué nos quitaban a nosotros los criados del Círculo para ponerse ellos.

Picó en bellaca la intención, de tal modo que las tablas del teatro Infantil, al convertirse en *cine*, no han aprendido nada nuevo. Allí

apareció la Loreto, que fué una sorpresa agradable en medio de un mar de imbecilidad, y durante largas temporadas, cada obra derrotaba a la anterior en chabacanería. Los autores hacían toda clase de esfuerzos por ponerse al nivel del público, que venía directamente de la plaza de la Cebada, y tal victoria consiguieron, que más de una vez el público estaba sobre ellos. No era una excepción el teatrito. Poco más o menos, hasta la catedral del género venía a hacer lo mismo. Y díganme los críticos de buena fe si, al transformarse en *cine*, no llegó para el teatro Romea la redención. ¿Cómo hubiera podido proporcionarnos ninguna emoción pura de arte sin el desfile previo de cien cupletistas descocadas y otras cien *bailaoras* de garrotín?

Para mí la cosa no merece discutirse, ni vale la pena de fruncir al entrecejo cada vez que se habla del *cine*. Pasa con él lo mismo que con el periódico. Hay quien lo descalifica, considerándolo un género inferior; algo así como la laminación diaria del espíritu del *cine* de la calle de la Encomienda. Quizá ese juicio esté formulado con harta ligereza, sin reparar en que el periódico, por sí mismo, no es nada, y sólo es algo lo que ponemos en él. Unas veces baila entre líneas la última fregatriz, en traje de ma-

llas, con una sortija sobre el sabañón mal curado. Otras veces sale Tórtola Valencia a ofrecerlos, con sus manos de maga, divino incienso. También el pobre periódico lo sufre todo y es incomprendido por los moralistas, como el malaventurado *cine*. Un hombre culto, muy metido en estudios, me decía en cierta ocasión: «Quisiera yo saber qué proceso mental siguen ustedes para la producción del trabajo periódico. No acabo de comprenderlo bien...» Y yo me limité a decirle: «No hay proceso mental. Dejamos obrar a la Naturaleza.» Con sus defectos y sus caídas, el *cine* y el periódico van poco a poco haciendo su labor. Han traído lentamente un hábito de ver y de aceptar cosas nuevas, sin que proteste con demasiada fuerza el espíritu local, siempre mezquino. Un rudimento de cultura podemos ver en esta transigencia, puesto que siempre se aprende algo al transigir.



# PAISAJES MADRILEÑOS



*El paseo de Rosales.*

**H**AY quien cree que los madrileños salen de sus casas a cazar el natural como los tarasconeses salían a cazar gorras. Hay quien cree que sólo con la imaginación tartarinesca vivimos los madrileños dentro de una naturaleza. Aire, campo, arboledas, horizonte... ¿Dónde está todo eso? ¿Dónde podemos encontrarlo? Debería escribirse, así como se ha escrito más de una Guía de Madrid para los forasteros, un indicador, una Guía de Madrid para los madrileños. Y en las páginas de ese indicador inscribiríamos en lugar preferente una visita al paseo de Rosales.

La Guía del turista—la escenográfica, la externa y aparatosa—aconsejará esta visita a la caída de la tarde, la hora más cómoda para admirar el severo paisaje del Sudoeste madrileño, desde la cúpula de San Francisco hasta

las crestas del Guadarrama. La sierra es sana, digna y bella. Su dignidad, su salud y su belleza alcanzan a la ribera del Manzanares, y sus estribaciones pedregosas, sin más riqueza que el tomillo, la jara y la mata brava, tienen el mismo encanto clásico del inmutable cigarral toledano. Hay en la Casa de Campo un oasis de frondosidad, altos árboles, alamedas disciplinadas, muy de estimar aquí donde el árbol es la más espontánea, la más díscola y antisocial de todas las individualidades, y hay a lo largo del río una cinta de troncos centenarios que los ojos contemplan con agradecimiento. Luego, el cielo madrileño, que al crepúsculo ostenta aquellas nubes gratas a Goya, semejando rosadas, cárdenas y ambarinas fantasías boreales en un fondo de transparencia incomparable, tiene por sí solo la importancia de todo un paisaje. Y hay también una nota de poesía en el pasar y repasar de los trenes del Norte, en el humo blanco de las locomotoras y en sus alaridos desesperados.

Pero entre ese paisaje y el espectador ha de verse en pleno día un ancho triángulo de tierra ocre que viene desde el cuartel de la Montaña y va a morir en los altos de la Moncloa; un espacio relleno de cascotes, vertederos y casucas miserables, que parece la parte descuidada



en el boceto de un gran artista malogrado que no acabó su obra. Ese claro del lienzo tiene todavía un aspecto desolador. En cualquier otra parte sería una incongruencia. Las Guías de Saint-Cloud, de Belle-Vue, de Monmorency, de Fontainebleau, se esponjan cada vez que pueden decir: «Desde la explanada se disfruta cómodamente de un panorama delicioso.» ¡Cómo cuidan nuestros vecinos la *vue panoramique*! Una civilización más continuada, más laboriosa, más artística, una civilización que tiene horror al vacío, ha ido poniendo en las pendientes rápidas sólidos muros que acentúan la belleza de la desigualdad de planos. En los descensos, las rampas son jardines. Bajo los pinos asoma la aguja de una torre o el tejadillo de una casita campesina. Hay un pueblecillo en la hondonada, y sus calles limpiísimas, empedradas, urbanizadas, avanzando en irregular trazado, dan una sensación de belleza y de poesía superior a las perspectivas de la llanura. Santiago Rusiñol me hizo admirar en la terraza de Belle-Vue, a orillas del Sena, este arte singularísimo con que ha ido aguzándose y depurándose el buen instinto estético del pueblo francés, buen gusto del que no están excluidos los consejeros de los Municipios. Entre el Observatorio Astronómico y los altos pinares hay

una hondonada que antes debió ser descampado. ¿Con qué han cubierto el hueco los ediles del pueblecito de Belle-Vue? ¡Con el jardín más maravilloso que puede soñarse! Un vasto pañuelo de verdura, un rectángulo entre árboles frondosos de ramas bajas. En medio, un estanque circular. Nada más. La Naturaleza ha puesto los ricos tonos del verde prado, la quietud de las aguas, la opulencia de los troncos; pero los hombres la han embellecido ayudándola con un poco de sabiduría.

El tiempo se encargará de arreglarlo. Si queréis caminar por un bello jardín—un jardín opulento y magnífico cuando llega el otoño,—podéis llegar al Parque del Oeste. Mientras tanto, yo os aconsejo una hora propicia para la visita al paseo de Rosales. Nosotros elegiremos las horas de la noche, y mejor aún la noche sin luna. Con las estrellas y con nuestra imaginación, basta para asomarnos a este paisaje único, que no trataré de describir, porque no necesitan descripción los campos de la fantasía.

Campo de fantasía es el que se descubre volviendo la espalda a las hileras de árboles del paseo, a las farolas de tres brazos y a los ociosos veraneantes. Los focos de unos modestos aguaduchos concentran la luz en el límite del

largo terraplén. Sentémonos. La obscuridad empieza bruscamente a nuestros pies. ¿Qué hay más allá? Diríase—diríalo, por lo menos, nuestra cálida fantasía madrileña—que estamos al borde de una playa, y que lo que viene en oleadas no son las tinieblas, sino el mar. No es el muro de un muelle, sino un pobrecito alambre lo que nos contiene; pero es lícito soñar que hay cosas estupendas al otro lado del alambre. A la izquierda, las luces de la villa aparecen amontonadas, rebrillando con cierta emulación; luego una fila de faroles se separa de ellas y avanza... ¿Hacia dónde?... Su luz tiembla con el mismo parpadeo solemne con que titilan arriba las estrellas. ¿No se balancean? ¿No tienen una prolongación, un reflejo? Así brillan en larga hilera las luces de los barcos que aguardan el día en los puertos silenciosos. Otras luces nacen más cerca de nosotros, y algunas positivamente se trasladan, sin ruido. ¡Un esfuerzo más y el aire fresco nos trae rumor de marea! Luego, el clamor estridente de una máquina de vapor rasga la noche y evoca ideas de traslación y de lejanía, ideas que, bajo la serena impasibilidad de las estrellas, valen tanto como las realidades.

Dejemos empapar el alma en ese silencio y en ese misterio de un horizonte que no vemos

y que está ante nosotros. ¿No es verdad que experimentaremos la emoción de la Naturaleza, aunque no dé a los mares del Norte ni a los lagos de Suiza la modesta explanada del paseo de Rosales?

*Camino de El Pardo.*

Esos árboles inmortales que van desde San Antonio de la Florida hasta los montes de El Pardo pueden ser símbolo de la vida milagrosa de esta villa. Cada paseante es un enemigo que les acomete con palo o con piedra. El río mima sus raíces, pero van robándoles humedad construcciones, desagües, cultivos, cañerías. Y, sobre todo, tienen que sufrir el polvo, es decir, algo secular y venerando. El polvo es algo especialmente constituido para atacar cuanto nazca en tierra de Madrid. No se parece al polvo de ninguna parte. Se levanta de esa desventurada carretera al paso de un coche, de un carro, de un automóvil; cae en llovizna que, como se sabe, mancha de blanco lo negro, de negro lo blanco y de gris sucio el verdor de las hojas. La limpidez del cielo madrileño tiene que soportar el bochorno de las polvaredas; en pleno día las purifica el sol; al caer la tarde pueden mucho más ellas y flotan como nieblas amenazadoras. Y los árboles del camino de El

Pardo tienen aún fuerza para retoñar, y cada primavera nos dan, con angélica buena voluntad, el ejemplo de su lozanía.

¡Quién sabe si estos árboles, resueltos a vivir a toda costa, son completamente distintos de los demás árboles del mundo! Nada puede sorprendernos tanto como su propia existencia.

—Yo creo—me ha dicho un partidario de que las cosas sigan como están,—yo creo que si a estos árboles les quita usted el polvo, se mueren.

Y además—el razonamiento está también suyo, aunque las palabras sean mías,—¿para qué cambiar? ¿Para qué perturbar nuestras nociones sobre los hombres y sobre los pueblos? Si hemos quedado ya en que Madrid es una ciudad poco aseada, de alrededores áridos y de entradas desoladoras, ¿a qué viene ese empeño de alterar el concepto? Ponga usted en ese camino de El Pardo, que es una de las puertas naturales de la villa, una larga calle de buen asfalto, con arboleda a un lado y a otro, regada en verano, limpia en todo tiempo. Con eso no hará usted más que europeizarnos. Es decir, descaracterizarnos.

Es preciso tener mucho cuidado con estos «conservadores del carácter». Algunos pensa-

## *PAISAJES MADRILEÑOS*

dores, como el genialísimo Ganivet, les dieron alas, y en la punta de una paradoja son capaces de sostener a la moderna las ideas más reaccionarias.—Conservemos el carácter.—¡Muy bien! ¡Pero vamos a limpiarnos un poco!

*De la Bombilla a los Viveros.*

CUANDO llega un domingo madrileño de veras, limpio el azul del cielo, generoso el sol, y el aire lleno de alegrías primaverales, no me habléis del Retiro ni de la Castellana. No os acordéis tampoco de las Ventas, de Cuatro Caminos, del Puente de Vallecas.— El Retiro se ha hecho para una burguesía respetuosa que se contenta con mirar los árboles y pisar la arena de los paseos, cuando es tan grato correr sobre la hierba húmeda, tenderse como un salvaje y admirar aquel mundo chiquito de que hablaba Daudet: el mundo de los insectos, que tienen por baobales y cedros y palmeras los tallos de las amapolas y de las margaritas. En las Ventas no acaban nunca de pasar los cortejos fúnebres, con sus caballos empenachados. ¡Dios sabe de qué féretro serán las tablas de aquellos merenderos!

No hay más que un camino. Madrid no tiene alrededores sino a la orilla del río. Lo único venerable, lo único que da idea de naturaleza está



en la carretera de El Pardo. Son aquellos árboles viejos, altos de copa, de troncos retorcidos, nudosos, resquebrajados. En las grietas elevadas—heridas centenarias,—los abuelos de nuestros abuelos, tan madrileños como los de hoy, probaban el tino llenándolas de piedras y de cáscaras de naranja. ¿Cuántas generaciones de horteras, de militares, de cocineras y doncellas, de empleados y de estudiantes, de señoritas y menestralas, habrán arrancado, al pasar, las hojas de las ramas bajas? ¿Cuántos botonazos habrán señalado en ellos con sombrillas y bastones los buenos vecinos de Madrid, henchidos de entusiasmo y de acometividad al verse en pleno campo?

«¡En pleno campo!» La fantasía lo puede todo. Allá va una familia de las Peñuelas; el padre, carpintero; la madre, cigarrera; la niña mayor, en estado de merecer; los chiquillos, cerca de la edad del pavo... En cuanto llegan a San Antonio de la Florida creen que han hecho ya un viaje. Los lavaderos, el puente verde, la orilla izquierda del río, llena de ropa blanca; sobre la tapia, en la otra orilla, los álamos de la Casa de Campo... ¿Qué más Naturaleza? Hay por allá más de un bosquecillo cuyo término se divisa desde la carretera. Pues en cualquiera de ellos se instalan como en la umbría más deliciosa.

Les basta un poco de sombra, cuatro tallos de hierba y su buena voluntad.

Pero las parejas amarteladas, las muchachas que aguardan el domingo y sueñan con él una semana entera, siguen hasta la Bombilla. Las atrae el piano de manubrio, que suena a distancia con un tecleo monótono, cantando cada nota con un martillazo y colgando en ella escalas y campanilleos. Llegará día en que se considere delito dar vueltas al manubrio de un organillo como si fuese una máquina infernal... Pero cuando llegue ese día, la Bombilla ya no existirá. Mientras tanto, toda la turba de vuelo bajo le adorará rabiosamente y seguirá existiendo la institución del «punto de baile». Acercaos a cualquier merendero y mirad por encima de las tablas. Veréis un muchacho que baila tieso como un cirio, serio como un verdugo. ¿Le ha ocurrido algo? ¿Busca el suicidio a fuerza de dar vueltas? Nada de eso. Es el *punto* en funciones, el chulo de baile, el amo, el que desprecia a las muchachas y no tiene otro oficio que girar sobre los talones y hacer algunos días de *bastonero*. Pero no os riáis de su gravedad ni de su suficiencia, porque ningún sultán ejerce imperio tan despótico ni se divierte tan en serio como él.

Cuando las buenas mozas de Asturias, de

Vizcaya o de Galicia, dejando cacerolas, escobas y pucheros, regresen a su tierra, hablarán a sus hermanitas de una Bombilla ideal, con cenadores cubiertos de ramaje, con árboles, fuentes y músicas encantadas. Y las pequeñas querrán verla también, y vendrán a ilusionarse, como todas, a orillas de aquella carretera. Para las pobres muchachas, la Bombilla es toda la expansión de un día de asueto. Llegar en el tranvía, bien ajustadas en sus vestidos de los días de fiesta, correr por el camino, encontrar *al del domingo pasado*, bailar sin perder una vuelta, sentarse en un merendero para hablar de todo lo peligroso, y, por último, escabullirse de las amigas y volver *sola* con él después del crepúsculo, cuando el viento frío de la noche los obliga a apretarse y a caminar muy juntos... Los maderos pintados, los árboles entecos, las hojas mustias de aquellas pobres plantas encanijadas, el vino rejalgar, el organillo machacón..., todo eso es para ellas idealismo y poesía, como que encierra el encanto de la juventud, del amor y de la libertad.

¿Y ellos? Ellos van casi siempre en bandadas, y es raro el que no lleva una esperanza sentimental. «Hoy va a ser», piensan al tomar el tranvía. Hoy van a encontrar *la gran mujer*, hoy van a atreverse con aquélla, hoy se deci-

dirá la rubita... De cada tienda de sedas sale un aventurero audaz. Aprendices y dependiente-echan con gran fragor el cierre metálico los dos mingos por la tarde y toman el camino de la Bombilla, madurando planes de seducción. Allí el piano de manubrio los anima y los excita. Dan vueltas, miran, exhiben sus ternos bien cuidados, jalean a las niñas y se enzarzan en el bailoteo con una alegría bonachona, capaz de contagiar al espíritu más atravesado de la tierra: a un espíritu de la ronda secreta.

Algunos vagan, como almas errantes, sin encontrar jamás arrimo ni amparo. Estos son los que desacreditan la Bombilla, los que dicen que *no se saca nada...* ¡Corazones descabalados!... Al caer la tarde, todos, menos ellos, tienen ya su pareja, hasta los reclutas más torpes, hasta el último dependiente de ultramarinos, hasta el estudiantillo más tímido. Ellos entran y salen, sin hacer nunca nada; y cuando pasa una moza de rumbo, bien puesta y bien calzada, la peina en el moño, el mantón recogido, el paso firme y los ojos llenos de luz y de malicia, siempre se encuentran con alguien que *madrug*a, algún menestral de gorra, muy grave y muy solemne, o algún señorito que la coge del brazo por bajo del mantón.—*¡Maldita sea la mar!*

Río arriba y carretera *alante*, la arboleda es

más frondosa y el paisaje menos cortesano. Todavía suenan los organillos de los Viveros, y desde el camino se ven las mesas puestas bajo los árboles y los camareros corriendo de un lado a otro con su mandil blanco. Todavía pasan ciclistas y os aturden con las bocinas y los timbres; pero para huír de ellos y del polvo, que cae como nevada infame, basta torcer a la derecha y buscar el sosegado refugio de la Moncloa.

¡Discretos enamorados los que elegís aquel jardín en ruinas, de fuentes dormidas, de paseos abandonados, de macizos rebeldes y estatuas rotas! Allí el boj forma caminos estrechos; las ramas, vencedoras de la geometría jardinera, forman un toldo sobre vuestras cabezas; hierbajos, hiedras y matas silvestres substituyen a la blanca arena, y una paz deliciosa, que simula la calma de los bosques, os permite creer que el mundo se ha hecho para vosotros solos, para vosotros dos, Adán y Eva de un nuevo Paraíso, a cien metros del tranvía Bombilla-Hipódromo.

Al morir el crepúsculo, cuando se borra en la sombra de los árboles la tapia de la Casa de Campo y el Manzanares parece un río de veras, agrandado su cauce por el misterio de la noche; cuando avanza la luz roja del tren sobre el

puente de los Franceses y el sordo rumor que anuncia su paso obliga a las parejas a interrumpir el baile; cuando brillan en los Viveros las lámparas eléctricas, escondidas entre las ramas como perlas luminosas, y centellean las estrellas en un cielo limpio..., ¿serán las modistillas y los estudiantes románticos los únicos que encuentren poesía en esta pobre ribera madrileña?

Amigos y amigas vuelven cogidos del brazo cantando a coro todo su repertorio zarzuelero; las familias desmayadas, las mamás alentando con trabajo, los muchachos a escape para no perder el tranvía... Algún beodo mide la carretera sin miedo de los coches, y alguna rústica *de por allá*, sintiendo la locura del vino y del piano de manubrio, se quita los zapatos y corre descalza, lo mismo que en el pueblo, perseguida por una corte de paisanas y paisanos... Entre los árboles, muy despacito y haciendo largas eses, van las parejas abstraídas en conversación de amores y de celos...

Ella es una muchacha *de oficio*, alta y esbelta, con la cabellera de una reina, los ojos negros, profundos; ojos que saben y enseñan toda la ciencia del bien y del mal; él un empleadillo, un artesano, acaso un estudiante pobre. Cerca de ellos, llenándolos de polvo, pasan como re-

## PAISAJES MADRILEÑOS

lámpagos ruidosos trenes de lujo. En los coches van parejas también, y las nevadas plumas de un sombrero flotan al aire y se ven a lo lejos como penachos de un cortejo de esplendor y de riqueza. «¿Por qué no hablas?», la pregunta él mirándola a los ojos. Y ella, silenciosa, echa el velo de las curvas pestañas para ocultar la traición de sus pensamientos, y se entrega a los sueños de oro, los fantásticos sueños que acababan tantas veces en despertares de tragedia...

*Fiesta de otoño en el Parque del Oeste.*

CUÁNTOS lo sabemos? Muy pocos. Por egoísmo, quizá fuera mejor no hablar. Que no lo supiera nadie o casi nadie, para no vulgarizar la maravillosa fiesta. Tengo, sin embargo, la esperanza de que casi todos nuestros lectores considerarán estas líneas como literatura, y, en consecuencia, no harán caso de ellas. Bien. Así estaremos más solos nosotros en un espectáculo donde no dan nada, no hacen nada, no representan nada y, por lo tanto, se aburren la mayoría de los madrileños.

Empieza en octubre y dura hasta bien entrado noviembre. El escenario está en el Parque del Oeste, y el protagonista es el otoño.

Hemos visto nacer el Parque del Oeste. Ha hecho una carrera muy rápida, que hemos ido siguiendo, sorprendidos y emocionados, como si asistiéramos al triunfo de un joven que, desde el primer día, nos pareció llamado a grandes destinos, pero que va más allá de nuestras imaginaciones. Antes no había, entre los desmontes del Modelo y la Moncloa, más que una do-



ble hilera de álamos a orillas de aquel arroyuelo, tan sospechoso por su origen y por sus pobladores. Iba allí lo peor de Madrid, o, por lo menos, lo más desventurado. Cuando yo era chico, al salir de clase por la tarde, a las cinco, me acuerdo de haberme escapado muchas veces en pandilla para tomar parte en la pedrea. El enemigo era otro colegio—el ciceroniano contra la Institución,—y el campo de batalla iba hasta el cuartel de la Montaña. Mientras lucía el sol, todos valientes; luego, al caer la noche, los terraplenes tomaban un aspecto fosco y parecían terribles precipicios. Empezaban a surgir entre las sombras los verdaderos, los legítimos dueños de aquellas posiciones, y nos retirábamos todos.

*Antes*, he dicho. ¿Cuándo ha sido ese *antes*? Está perpetuado. No muere su recuerdo, porque lo ha guardado para siempre Galdós en una de sus páginas, quizá de las más fuertes. Era, poco más o menos, cuando se suicidó *Miau*, allí mismo, en aquel terraplén. Si lo habéis leído, vedlo a leer, y si no, confesad vuestra culpa. Allí se suicidó el pobre *Miau*. Alguna vez, viendo la alfombra de hierba bien regada, los abetos que crecen como fantasmas, los rosales que florecen todos los años entre su macizo de boj, pienso que el cesante de Galdós está allí deba-

jo todavía, y que es tan bueno, que se alegra de revivir en humildes hierbecillas para que le pisen los niños. Los jardineros no saben nada de las tragedias que fueron a parar bajo aquella tierra calva. Llevaron mantillo, la abrigaron, la renovaron. Luego, se pasan el día, desde que amanece, lanzando el agua pulverizada, como una lluvia milagrosa.

En pleno agosto no le falta a la planta más escondida su riego amoroso, minucioso. Y la tierra vieja nota que van entrando en ella unas raíces aventureras y se siente maternal también.

Pero la fiesta del otoño en este Parque es espléndida, y yo me atrevo a decir que única en el mundo. Tiene el fondo de la Sierra para dar a la perspectiva una lejanía que no se compone con ningún artificio. Las laderas, que caen hasta orillas del río, ofrecen vastas ondulaciones, que fueron sabiamente aprovechadas. Citadme grandes jardines de Londres, de París, de Berlín, de Nueva York. Todos ellos demuestran lo que puede hacer el arte en una llanura. Pero yo no quiero comparar. El Parque del Oeste no es comparable a nada.

Vale más que vayáis una de estas mañanas, y, lentamente, atraveséis cualquiera de los puentecillos para subir luego hacia la Moncloa. El

## *PAISAJES MADRILEÑOS*

otoño madrileño os invita. Él hará de las hojas de los árboles maravillosos juegos escenográficos. Verde, cobre, violeta; entre las ramas viejas agostadas, notas vivas que renuevan la magia del espino en flor, primaveral. Y en medio de una mágica decoración de cuento infantil, el árbol gigante, que deja caer sus hojas de oro como una lluvia.

*El Depósito.*

**D**E tarde en tarde llega la actualidad al Depósito de cadáveres. Ocurre, que el Madrid que ríe, goza, alborota las calles o escandaliza los lugares de recreo, detiene entonces su carrera desatinada para mirar el cuerpo de un suicida o de una víctima misteriosa, y la curiosidad pública se asoma a las puertas de aquel parador de la muerte.

A la izquierda del puente de Toledo, y siguiendo a lo largo de la orilla del Manzanares, sembrada de árboles envejecidos, cuyas hojas al soplo del otoño tienen polvoriento fin, bajamos un día el camino que conduce a una casa pequeña, compuesta de dos cuerpos, pintada de amarillo. Parece una estación de ferrocarril de vía estrecha.

Tiene a su alrededor unos jardinillos pobres, mal cuidados. Al anoecer, el puente de Toledo, con sus grandes arcos y su crestería de retablo destaca en la franja roja de nubes, iluminada por el sol poniente. En el Manzanares se refleja el crepúsculo, y su curso pare-

cía un hilillo de sangre. A un lado y a otro del río las lavanderas habían armado sus tendertes, y colgado miles de trapos blancos. Se hablaban desde lejos, y sus voces vibraban limpias, aunque no las palabras, en el aire frío de la tarde...

En el jardincillo, y a la puerta del edificio, no había nadie; todo él nos parecía rodeado de una soledad lúgubre. En el vestíbulo encontramos una mujer y una niña; la mujer del encargado y su hija. Con ésta jugaba alrededor del fuego que habían encendido en medio de la habitación, otra niña más pequeña que ella.

Todas las paredes del vestíbulo están desnudas, menos una. En esa pared hay dos cuadros con marco negro, uno sobre otro, y en los cuadros, fotografías. Son retratos de los que permanecen todavía en el Depósito, sin identificar casi todos, y las más abominables deformaciones aparecen en aquellas caras lívidas. Nada de describirlo. Os hago gracia de la descripción, y me la perdono también a mí mismo. Debajo de esos cuadros hay una lista de nombres, y entre éstos, algunas líneas no dicen nombres ni apellidos. Acaban antes: *Un hombre, una mujer*; sobre estas palabras algunas veces pasa el lápiz y se agregan el nombre y el apellido que faltaba. Otras siguen y seguirán así, y nadie podrá

nunca corregirlas: *Un hombre, una mujer*. Es todo el expediente documentado que deja un ser al salir de la vida.

Apartamos la vista y volvemos a las niñas que juegan junto al fuego y ríen locamente.

—Vamos a ver—dice la madre,—¿dónde está la labor? ¿Qué has hecho hoy en todo el día? ¡No te aprovecha la escuela para nada!

Y la niña, sin dejar de reír, contesta:

—¡Madre! ¡Si hoy he trabajado la mar! ¡Si me he hecho un pañuelo enterito, y me lo he sabido todo!

Después se acerca la niña a una puerta de cristales, cubierta por grandes cortinillas; alza la punta de una y llama a su compañera. Las dos se quedan mirando atentamente, y la niña de fuera pone cara de terror.

Pero la madre las despacha muy pronto.

—¡Quitáos de ahí, chiquillas! Ya sabes que si tu padre te ve, tenemos azotaina.

Miramos también por la cortina, y no vemos sino una gran pila de mármol blanco. Está ligeramente inclinada hacia el suelo, y tiene forma de ataúd.

—*Ahí los ponen*.—Eso había pensado la pequeña y eso pensé yo.

Al fin llega a la casa el encargado, y le rogamos que abra la puerta del Depósito. Es ya

tarde; la habitación está a oscuras. Entramos. A la luz de las cerillas que encendemos y que proyectan las sombras oscilantes de nuestros cuerpos a un lado y a otro de la estancia vemos el cuerpo de un suicida tendido en una pobre caja de madera.

El encargado cree, sin duda, que tenemos interés especial en el reconocimiento, y nos hace dar vueltas alrededor de la caja para fijar nuestra atención en detalles a su juicio interesantes. Al acercarme, tropiezan mis pies con otras tablas. Inclino la cerilla hacia el suelo.

*¡Es otro!*

Es otro tendido en la tierra húmeda, en una caja viejísima. A su lado, junto a la pared, otro y otro puestos en fila. Un hombre de barba cana con la sien atravesada de un balazo; una mujer... ¿Es una mujer aquello?... Otro hombre de edad indefinible... A la luz de las cerillas el cuarto reducido, con las paredes sucias y agrietadas, tiene el más pobre y el más siniestro aspecto. Sí; el marco impresiona tanto como el cuadro. Es miserable el espectáculo de la muerte violenta en el mezquino Depósito de Madrid. Nada lo dignifica. La Morgue es trágica; aquí la impresión es más bien de pobreza, de miseria, y el Depósito parece un Rastro de cadáveres.

En el vestíbulo la mujer prepara la comida. La niña, sola ya, juega con una pandereta rota y cuatro trapos. Cuando salimos, le dice:

—Padre, que la señora quiere que estudie catecismo. Cómpramele en seguida, antes de que lo tengan las demás.

El cielo está pálido y frío. Junto al Depósito, el campo silencioso y el raquítico curso del río se pierde en la sombra. Comienzan a brillar las estrellas en el cielo, y en la ronda luce una doble hilera de faroles. Calle de Toledo arriba, el trajín de la vida diaria es más activo que nunca. Los grandes carros hacen retemblar el suelo, las mulas caminan al son de las campanillas, los carreteros juran ferozmente, animándolas a subir la cuesta...



*Un automóvil, pasa.*

UNA de estas tardes, casi al anochecer, atravesábamos la Puerta del Sol un amigo mío y yo. A esa hora, cuando han huído ya por la hendedura de la calle del Arenal los últimos rayos del sol, Madrid es incomparable. La media luz lo desfigura, lo dignifica, lo dramatiza. Las casas parecen edificios y, a veces, monumentos. El cielo, inundado de esa luz cárdena, trágica, violenta, tan madrileña para Goya como para nosotros, diríase que ha de cubrir un mundo de grandezas. Empiezan a lucir los arcos voltaicos, y cada calle enciende su constelación. Así, puede decirse, sin demasiado orgullo, que al anochecer parece Madrid una gran ciudad.

Esa tarde el crepúsculo era todavía más misterioso, porque el cielo, las casas y el asfalto daban la misma nota gris; se agrandaban las perspectivas, y una niebla londinense estaba encargada de aumentar las distancias. Además, si la gente quería evitar el frío había de caminar a todo vapor, y esa actividad daba a la

Puerta del Sol cierto aspecto exótico. Ni grupos ni paseantes en la acera de Gobernación. Una plaza modelo.

En esto vimos que llegaba con gran estrépito por la vecina calle de Correos una mole confusa e indeterminada. El ruido era algo así como si se aproximase un armón de artillería, con el herraje suelto, o uno de esos carros cargados de flejes, que bastan para alborotar todos los cristales del barrio.

Con la única diferencia de que la mole marchaba con atropellado ímpetu y venía sobre nosotros por sí sola. Lo más extraordinario era que no venía en línea recta ni trazando esa graciosa curva con que los automóviles pueden atropellaros de una manera ágil y geométrica, sino tanteando en zig-zag todas las direcciones más próximas a la línea recta. Yo os diría que imaginaseis la marcha de un caracol, si el caracol pudiese avanzar con la violencia del hipopótamo, lo cual es absurdo. No encuentro, sin embargo, imagen más exacta para explicar el rumbo de aquella maquinaria.

Porque al verla llegar muy cerca de nosotros, notamos que era, en efecto, un automóvil. Un automóvil, sí; pero, ¿cuál? ¿De qué categoría? No era el automóvil de ciudad, porque ese es discreto y anda de puntillas, según la frase de

Gonzalito. No el automóvil de carretera, dispuesto a devorar kilómetros y a espantar perros a cañonazos. Ni el automóvil-camión ni el automóvil de recreo. ¿Qué era entonces? Era algo así como el clásico carro de la carne con un motor moderno. Algo semejante a esos titirimundis que van de feria en feria y llevan la farsa de la vida dentro de sus tablones viejos. Podía parecer también un enorme cepillo de las ánimas, y con alguna imaginación, acaso se le encontrara parecido con el Arca de Noé, tal como la vimos pintada de chicos en el *Fleury*.

Mi amigo y yo nos miramos espantados, después de asegurarnos de dos zancadas en la acera.

—Y esto, ¿qué es?—me preguntó gritando, porque el estruendo del mecanismo no nos dejaba hablar en tono natural.—¿De dónde sale este monstruo?

Visto de cerca era el monstruo un cascajo de madera y hierro que pasaba rechinando, carraspeando y amenazaba desvencijarse de pronto sobre los transeuntes.

—Es un automóvil dedicado al servicio de Correos—contesté.—Lo dicen esas letras, y, sin duda, va en este momento a toda marcha camino de la estación.

¡Un automóvil de Correos! ¡Un servicio del

Estado! Ya no hacía falta más para comprender la absurda catadura de aquel modernísimo vejestorio. Hacía falta que interviniera el Estado español para que el automóvil pudiera adoptar sólo por una vez la forma más anacrónica e inesperada, fundiendo en un vehículo el motor de petróleo y la galera. De este modo sabe imponerse el espíritu nacional a través de los tiempos, haciéndose superior a todas las invenciones y manteniéndose impertérrito, como si no hubiéramos pasado de la silla de postas o de la diligencia acelerada.

Porque aquel automóvil no dejaba de ser automóvil y, sin embargo, era una cosa anterior a la invención del vapor y de la electricidad. ¡Qué mejor adaptación! Yo he visto muchas prendas muy lucidas y muy bien cortadas, que sobre los hombros y las rodillas de un desgachado sufren las más sorprendentes transformaciones. Cuatro días bastan para ahormarlas como las prendas viejas. Y nada más fácil que ahormar el progreso a nuestra medida, porque siempre el vicio o el carácter tendrá más fuerza que él.

Pardo, cansino, testarudo, el coche pasó sin deshacerse delante de nosotros. Luego le vimos llenar la Carrera de San Jerónimo con su masa y con su estruendo. Luego se perdió entre la niebla.

## *PAISAJES MADRILEÑOS*

Y entonces fué cuando yo le vi con toda la majestuosa prestancia de un chirimbolo representativo. Pasaba dando botes y traqueteos por los baches de todas las carreteras españolas, cumpliendo su misión como buenamente podía, y luego, engreído por su propia audacia, atravesaba el Estrecho y se entraba por tierras africanas, más viejo, más desvencijado, más rechinante que nunca, pero dispuesto a cumplir como un mozo galán su misión civilizadora.

*Los árboles muertos.*

Yo he leído un comentario burlesco en letras de molde, como responso a la muerte de noventa olmos de que en cierta ocasión dió cuenta una nota municipal.— «¡Arbolitos al cielo!»—venía a decir el satírico, variando una frase española, que siempre me ha hecho estremecer.

Se mueren los árboles. Nosotros, los hombres de mi generación—la del 98—los hemos visto morir a centenares. Tres generaciones malogradas, cada cual con distinto verdor, han perecido, a nuestros ojos, en la calle de Alcalá. Y había entonces tan pocos, tan tristes y tan mustios, que nos quedó cierto prejuicio contra los árboles madrileños, sobre todo a la hora de hacer comparaciones con los de otras grandes ciudades europeas. Por fortuna, Madrid planta más, muchísimos más árboles de los que mueren. Yo creo que hoy Madrid no está mal. Puede estar mejor, pero no está mal.

¿Por qué seguimos mirándole con tanto desdén? Hace treinta años apenas si había otros ár-

boles que los del Retiro, el Prado, los jardines y el camino de El Pardo, desde la cuesta de San Vicente. El resto valía poco. Eran árboles incipientes, recién plantados en hileras, a título de ensayo. Las calles parecían viveros. Los arbolillos, tiernos plumeros o penachos. Cebábase en ellos la mortalidad madrileña, que persigue encarnizada todas las vidas nuevas. Entonces bastaba volver de los boulevares de París para indignarse contra nuestras acacias, nuestros pinos, nuestros castaños de Indias. ¡Los pobres no tenían la culpa! ¿Qué les faltaba? Agua y años.

Pero los árboles podían esperar con paciencia, seguros del porvenir. ¡Si nos ocurriera a nosotros lo mismo! Mucho más raro es ver morir a un árbol que a un hombre—por eso vale la pena de hablar de ello, a pesar de las sátiras.—Los árboles tenían todo el tiempo que necesitaban; poco a poco han salido de la infancia y empiezan a vivir. Ahora pueden mirarnos de alto a abajo, como nosotros los mirábamos antes a ellos, y estoy seguro de que aun juzgándoles tan despectivamente, como aquí se acostumbra, no por eso nos negarán su sombra.—¡Qué lejos aquellos tiempos en que nos llevaban al Retiro de la mano para enseñarnos una higuera—una higuera que daba higos—y

que vivió detrás del paseo de coches, en aquella cuesta que da sobre las tapias y que casi está todavía por civilizar! Hacían falta hábitos de lugareño para descubrirla, de campesino y de cazador. ¿Cuántos concejales madrileños han tenido, de chicos, nidos en el Retiro? La mano que a mí me guiaba sabía apartar las ramas y descubrir en árboles y en terrones los grandes misterios del campo. Pero entonces el Retiro era el único oasis. ¿Dónde iban a descansar los pájaros de la Plaza de Oriente, si se resolvían a volar hasta la entrada de la Puerta de Alcalá? Verdad es que ahora no hay pájaros en la Plaza de Oriente. Un día, sin previo aviso, sin quejas, sin protestas, amanecieron talados los jardinillos. El caballo de Felipe IV parecía más alto, más regio, más corredor. Quedaba rota la armonía entre el sencillo pedestal, con sus dos fuentes, y aquellos árboles de copa oscura y pomposa, que entonaban tan bien con el mármol y el bronce; aquellos árboles que podían mirar hacia la Sierra por encima del campo del Moro y del Manzanares, no los volvimos a ver más. No habían muerto, como los olmos. Los habían asesinado. Yo no sé que nadie haya dado o pedido explicaciones del crimen, ni siquiera que esté incoado sumario.

A cambio de estos árboles muertos nacen



## *PAISAJES MADRILEÑOS*

otros muchos. Declarémoslo. Madrid va despacio; pero va. Necesita vencer la aspereza de la Sierra y la sequedad de la estepa. Cuando lo consiga será una de las ciudades más bellas del mundo.

*El incendio de las Salesas Reales.*

## LAS HOJAS VUELAN

**T**ODAVÍA encontraréis por los alrededores de Madrid, en la cuneta de un camino, al pie de un vallado, en los arriates de los árboles y aun en pleno campo, entre los surcos, hojas sueltas del archivo de las Salesas. La letra curialesca os atraerá. El reborde del folio, calcinado en festón, hace resaltar en la blancura del papel de oficio esos garrapatos de estructura arqueológica tan diferentes de la letra que usa el propio curial para escribir a la novia o para entretener al acreedor. ¿Qué dirán? ¿Qué delito descubren? ¿Qué expoliación amparan? Si tratáis de descifrarlos hallaréis un solo párrafo empedrado de gerundios, sin principio ni fin, porque un folio no basta para desenvolver en palabras ninguna idea jurídica. El principio y el fin están carbonizados, y los otros folios los desparramó el viento.

Esas terribles hojas de papel—nunca inofensivas—, han de mirarlas de muy distinta manera los profesionales de las Salesas y sus clien-

tes; los que empapelan y los empapelados. Yo confieso que no me entristece la profanación de un archivo judicial por las llamas y por el viento. Miro los pliegos de literatura curial, exhibiéndose desvergonzada a la luz del sol, con el afecto que inspiran los seres y las cosas que han logrado liberarse de su destino. En vez de una lucha secular con el polvo y con la polilla; en vez de aguardar años y años, amarillentas de tedio, el ataque de los ratones, esas hojas corren peligros, perecen o vuelan, locas de delicioso espanto, sobre los tejados. Por ellas hay hombres que llegan al heroísmo, más allá del deber. ¿Cómo podían sospechar ese momento en que unas manos crispadas de emoción, tiran de un legajo y lo arrebatan para salvarlo como si salvaran un tesoro? ¿Y el abrazo de un hombre que va a morir; el último abrazo tibio, carnal, de una vida sacrificada por ellas, nada más que por ellas? (1) Luego, la sensación de la caída, al mismo tiempo que su salvador da en tierra ahogado por el humo y por los golpes de su corazón... Luego, gritos, carreras, gente que se amontona, que da órdenes, que va y viene frenética, hasta llevarse el

---

(1) El funcionario que murió el día 4 de Mayo de 1915 en el incendio de las Salesas era el relator del Supremo D. José María Armada.

cuerpo ¡tan pesado! ¡tan blando! como un pelele... Y luego, en el silencio que reina cuando todos huyen—silencio de muerte, silencio de archivo—, suena el chasquido del balduque roto al beso de la primera llama, y el fuego bordea, resbala, encoge sus garfios como si no quisiera prender, vuelve lentamente a morder en los flancos, y el legajo siente que el muy traidor va buscándole las entrañas... ¿Cuándo iban a esperar las miserables hojas de esos autos un minuto tan trágico como aquel en que saltaron los cristales y una bocanada de viento, más furioso que el fuego, las arrastró por la ventana? ¡El placer de volar vivas y libres, aunque no indemnes! ¡La extraña impresión del agua pulverizada que no venía de las nubes, sino de las bombas de incendio!... ¡Y sobre todo la medrosa intensidad de aquel cielo cárdeno por donde huían como proyectiles, como aves de tormenta, como brujas al aque-larrel...

Esas hojas, mustias ya por la lluvia, compañeras de los terrones campesinos y de los detritus ciudadanos, pueden decir que han vivido. Aunque se pierda para siempre el documento probatorio, ¡bien fugadas están! Lo que ellas probaban ¿qué trabajo les cuesta a los hombres de la curia volverlo a probar?

Cuando las alas del Palacio de Justicia hervían como una caldera, en lo alto asomaban unas lucecitas lívidas y por las ventanas sin vidrieras pasaba la sombra intrépida del bombero, el héroe a jornal; cuando ya estaba en el suelo, entre escombros, el reloj de las Salesas y los dos jarrones de piedra que antes le dieron guardia triunfaban coronando la ruina, el público de Madrid comentaba a su modo el incendio. ¿Con emoción? ¿Con pena? Yo creo que no.

Ante todo, es necesario distinguir entre «pueblo» y «público». El pueblo siempre es capaz de acción. El público va al espectáculo; por consiguiente, su actitud es pasiva. El pueblo encuentra pronto el límite de su acción. El público no se satisface ni aun llegando a lo épico y a lo maravilloso, porque su insaciable voracidad está dispuesta siempre a más.

Por eso *el público* decía:

—Esto está visto. No arde la iglesia. Las paredes quedan en pie. ¿Esto es un incendio de verdad?

—No, señor. Han exagerado mucho.

—Nos han defraudado.

Y en el fondo de aquellas pupilas, donde se

reflejaba el cielo más bellamente trágico, adivinábamos un ansia temeraria de catástrofes de gran aparato, con víctimas, hundimientos, explosiones... Para llegar a ese ideal es necesario tanto, que cualquier espectáculo ha de quedar por debajo del público, si el público no tiene sensibilidad para apreciar en los sucesos más que los grandes golpes de maza de la fatalidad.

¿Cómo no acordarse de la guerra? Yo no sé si habrá fuera de España otro país donde el espectáculo de la guerra deba substituirse «por falta de público». ¿No hemos oído la frase? Los espectadores se sentían defraudados. No había ataques a fondo en el Oeste. No quedaba aplastado de una vez el ejército ruso. No invadían los italianos los territorios irredentos. Ni los zeppelines destruían Londres; ni salían las escuadras a destrozarse mutuamente en alta mar; ni los aliados recuperaban Bélgica para penetrar hasta Berlín; ni el paso de los Dardanelos se resolvía en unos cuantos días... Todo iba lentamente, soporíferamente... La ancha herida que entonces sufría Europa; el torrente de sangre que fluye de ella; la ruina de tantos pueblos y de tantas ideas, no significaban nada para la inconsciencia de este espectador que miraba el mundo y sus historias como páginas de folletín o películas de *cine*.

¡Ah! Pero si el traspunte hubiera ido hacia él gritándole: «¡A escena! ¡Que ahora te toca a ti», ¡qué cambio tan brusco para la sensibilidad del espectador defraudado! ¡Qué modo tan distinto de medir los accidentes y las catástrofes!

LAS RUINAS

Así tuvimos unas ruinas en pleno Madrid. Unas ruinas grandiosas con área dilatada, piedras que amenazan derrumbarse sobre el transeunte, secretos y lugares recónditos... Unas ruinas con sus pobladores, su fauna y su flora... Todo eso de que carecíamos, a pesar de nuestras pretensiones de gran urbe, lo tuvimos gracias al incendio de las Salesas. Sólo faltaban los turistas, y quizá un poco de poesía, que sienta muy bien a todas las ruinas.

El soberbio edificio de las Salesas viejas sólo tenía prestigio romántico a ciertas horas. La luz del día, demasiado cruda, le perjudicaba. Sobre la masa gris de aquellos grandes lienzos de pared, monótonos, cuartelarios, las lluvias del otoño fueron traspasando de humedad zócalos y cornisas. Las persianas seguían colgando en algunos huecos, cosa de que no hay memoria ni en el Partenón ni en el Coloseo. Restos livianos, lamentables, que sólo pueden compararse a la cabellera de una momia. Entre

reja y reja los agentes electorales pegaron carteles amarillos y rojos con candidaturas liberales, conservadoras o republicanas. Empezaban a torcerse y a hundirse las losas de las terrazas, con lo cual conservaban por más tiempo el agua del cielo. El viento fué buscando sus rincones, como las urracas, y allí guardó papeles, despojos, barreduras, los objetos más extraños y las más abominables inmundicias. De vez en cuando, con harta frecuencia, los pobladores de las Salesas dejaban los bancos en que tomaban el sol y, uno a uno, cumplían en cucullas no se sabe qué rito. Así son nuestras ruinas y para eso las queremos. Al pobre Madrid le falta tradición para respetar lo que fué y se familiariza demasiado con los recuerdos del tiempo viejo.

Pero al caer la noche cae también una niebla melancólica y purificadora sobre este caserón sin alma. Está ya cerrada la lonja que da acceso a la iglesia. En la verja destacan sobre los árboles conventuales las blancas pilastras con sus graciosos jarrones de piedra. Ha cerrado su estufa la florista. Han terminado su labor los porteros y desde la raíz del edificio hasta lo más alto de la linterna, todo queda en silencio, como muerto. El resto ya lo estaba. Entonces, la magia del crepúsculo agranda el hueco de las ven-



tan altas, por donde se ve pasar las nubes, y la impresión de vacío, de soledad, de ruina, nos la da la pared sin techo, que no alberga nada, que a nadie abriga. Si volvéis vuestros pasos hasta el jardín del palacio que habitó en tiempos la reina D.<sup>a</sup> María Bárbara, veréis la fachada más noble y más ruinoso, iluminada quizá por un rayo de luna. Tal escenografía excitará vuestra imaginación asaltada probablemente por el recuerdo de lejanas lecturas. Sí. Todo contribuye a evocar los versos románticos de Zorrilla o de Hugo o, por lo menos, las novelas por entregas de D. Manuel Fernández y González.

Inevitablemente, todas las ruinas tienen sus pobladores, su fauna y su flora. Preguntadles a los serenos y os dirán quiénes son los que buscan refugio durante la noche bajo las paredes de la Audiencia. Son todos los seres pardos que andan al merodeo, no por su gusto, sino por fuerza de su mala estrella, y que no tienen sitio mejor para dormir. Su radio de acción se extiende durante el día. Empiezan por ahuyentar a las niñeras y a los niños que juegan en el jardín, sin otra vigilancia que las estatuas de la reina D.<sup>a</sup> Bárbara y el rey D. Fernando IV. Rondan la casa de Canónigos, acaso en espera de algún colega; trajinan cada cual en

su misión, que yo no conozco, pero que debe de ser molesta y ardua, porque a la hora de buscarse un pedazo de pan para comer y un nido para dormir, es mucho más cómodo nacer pájaro que nacer hombre. Luego, cuando la noche se lo consiente, se congregan bajo las ruinas.

Todos habréis visto cómo duermen en montón los pobres golfos del Ministerio de Hacienda, de los soportales de la Plaza Mayor o del atrio de San José. Estos días de lluvia, estos días de nieve y, sobre todo, estas noches tan frías, ¡tan largas!, ¿se os ha ocurrido alguna vez pensar en la moral de esos rebujos apretados unos contra otros para darse calor? ¿Seríais capaces de despertarlos para preguntarles qué idea tienen de la propiedad, de la familia, de la justicia y del orden social? Yo creo que los pobladores de las Salesas han de conservar resabios curialescos, y que así como el Modelo ejerce su atracción, también la Audiencia en ruinas tiene fuerza bastante para conservarse una guarda de honor. Y ¿por qué han de ser inútiles las piedras calcinadas? ¿Por qué no han de proteger a sus fieles aunque ellos sean tan humildes y aunque estén fuera de la ley?

## RECONSTRUCCIÓN

El martillo de los canteros sobre el bloque de piedra, sobre los sillares, me despierta.

—Ya están trabajando ellos—me dicen estos golpes innumerables y afanosos que no han de abandonarme en todo el día.—¡Arriba, arriba, levántate!—Los he visto sobre las altas paredes que amenazaban ruina, en un alto promontorio de muros que entre nubes de polvo parecía gigantesco *iceberg*. Entonces, de pie sobre el abismo, trazaban en el aire con la piqueta un amplio y escalofriante círculo que podía ir a resolverse en la eternidad. Era firme, prudente, su labor. Tan prudente como audaz. Tan metódica, tan regulada, que no les alteraba un solo movimiento de ira.—Destruir así—pensaba yo—es como construir. Hacen falta nervios muy seguros; el pie ha de plegarse, afirmarse, agarrarse como si la voluntad le clavara. Ha de triunfar del vértigo la cabeza. El cuerpo ha de guardar un equilibrio violento, hecho todo él de actividad y de energía. Y esto han de hacerlo hora tras hora, un día tras otro, siempre dueños de sí mismos.—¡Derribar, derribar! ¡He aquí lo difícil! Derribar a conciencia y con orden, venciendo la emoción de destruir lo que vive aún mientras se sostiene sobre sus

cimientos, y sorteando los peligros como otros tantos lazos que todas las ruinas tienden a cuantos quieren, temerarios e irreflexivos, acabar con ellas.

Ahora han excavado la tierra. Han hecho con sillares de piedra la nueva línea del recinto. Todos los días, con gran estrépito, llevan unas vigas enormes de hierro, que luego han de clavar a costa de implacables martillazos. Vibra el aire, agitado por una tromba de actividad. Desde su andamiaje, que parece tan frágil, los albañiles van levantando el muro. Un pueblo de blusas blancas, azules, grises; un pueblo ágil trepa por los maderos, pasa en cadena su carga; eleva con las viejas sogas morunas los cubos de agua, y va poniendo en su lecho uno a uno, sin apresuramientos, los ladrillos que han de dormir trabajando años y siglos.

Ellos no se detienen para contemplar la obra, que es de todos. De ocho a una trajinan ¿como jornaleros? ¿como artífices? ¿Quién podrá separar el dolor y el placer de construir, ni quién dirá si la condena de Adán, llevaba o no en sí misma la redención? Un toque de campana los para. Descienden del andamio. Abajo los espera ese puchero familiar que muchos burgueses envidian cuando lo ven al paso, humeante

## PAISAJES MADRILENOS

y oloroso a azafrán y a hierbabuena. Luego, otra vez arriba. Vuelve a sonar el coro de martillos, se remueven las grandes vigas, cae el escoplo sobre el granito...

Yo estoy en casa junto a la leña de la chimenea en el invierno y entornadas las persianas, en la penumbra de las tardes estivales, propicias a la siesta y al abandono. Pero vosotros, tan bravos bajo el hielo y el sol, sin otra defensa que vuestra boina, vuestra gorrilla, vuestro capacete desfigurado y decolorado como el de los mineros de Meunier, vosotros me enseñáis que no es lícito interrumpir la obra, ni aun para ver si es bella.

*El ritmo de Madria.*

**A**LGUNA vez, paseando por la Puerta del Sol, por la calle de Alcalá, por la de Sevilla—¿quién se libra en Madrid de esta complicidad tan alegre, tan pintoresca con el vagabundo y con el desocupado callejero?,—he pensado en el trabajo que costaría variar el ritmo de nuestra gente. Como casi nunca puede decirse que camina, sino que va por la calle—y en muchos casos menos aún: se limita a estar en la calle;—como esta simple y cómoda actividad es para ella hacer algo, y hay tantas cosas, comenzando por las mujeres y el cielo, que contribuyen a convertir las aceras en oficina, centro de recreo y de espectáculos; como toda contemplación exige reposo, calma, y nuestra gente no se cansa de contemplar, imagino el trastorno que sufriría si un acontecimiento cualquiera la obligara a acelerar el ritmo. El reposo y vagar que observáis en Madrid tiene explicaciones tan distintas que, unas veces, os recordará el jardín de Academo y los diálogos peripatéticos, y otras, el ir y ve-

nir de aquel perro humorista de un cuento de *Clarín*.

No hay que hablar de la España campesina, ni es preciso simbolizarla en el segoviano de gramática y de pañosa parda que con tanta crueldad nos pinta Zuloaga. El labriego, el jornalero, el número en filas harán el esfuerzo necesario y marcharán a la velocidad que les impriman. Hasta llegar a ellos, que en realidad se hallan parados, estáticos, tienen que moverse muchos y marcarles el ritmo con el ejemplo.

En julio de 1914, días antes de la guerra, hice un viaje, ligero, a París y a Londres. Unos cuantos años sin ver París me permitían juzgar del cambio experimentado por la gran capital francesa en los últimos tiempos. Las cosas eran las mismas. El encanto de las perspectivas y el carácter, conseguido a fuerza de vigilar, de conservar las bellas tradiciones urbanas no se había alterado en nada. Otras modas en los escaparates, otros títulos en los carteles, otros gritos en los bulevares; pero en el fondo, igual. Lo único que observé fué un movimiento más rápido en toda la vida exterior, la que puede apreciarse en calles, estaciones, muelles. Desde la marcha de los automóviles al tráfico del Sena, desde el tránsito por los barrios trabaja-

dores hasta las diversiones en los parques, todo revelaba la obsesión, el vértigo—o la necesidad—de la velocidad. Era visible que París había acelerado su ritmo. Londres, superior en número y calidad y en tantas cosas que hacen la vida limpia y plácida, me pareció que navegaba a menos presión. Quizá con mayor seguridad, pero con menos arrebatos, menos tensión nerviosa. En suma, mi impresión de viajero era que las aguas del Támesis iban más despacio que las del Sena.

Es posible que la impresión sea demasiado personal. Lo que no necesitará pruebas es que al volver a Madrid volvemos a entrar en nuestro ritmo y acaso a sentir la desesperación de encontrarnos parados. Luego nos habituamos. Tan larga fecha tienen estas comparaciones, que ya el añejo *fray Gerundio* le decía en París a su criado *Tirabeque*, embobado en las montañas rusas: «El que mucho abarca poco aprieta, y el que mucho corre pronto para.» Nos buscamos otra filosofía distinta de la del ímpetu y procuramos convencernos de que la dignidad y serenidad del ánimo no marcha bien a toda velocidad.

Pero la guerra está gritándonos que hace falta ser ágiles, tener audacia física y los nervios dispuestos a rudas tensiones. Siempre fué



en la guerra el triunfo de los que supieron llegar pronto, como se ve en los comentarios de César o en las Memorias de Napoleón. Y ahora llegar pronto no significa solamente la decisión de los capitanes y la agilidad y resistencia de sus soldados, sino un maravilloso mecanismo de velocidades en juego, todas imprescindibles, todas esenciales. La agilidad de entendimiento para hacerse cargo, la presteza de voluntad para tomar decisiones y la rapidez de movimientos para ejecutarlas. La guerra nos ha enseñado una forma de velocidad derivada de la precisión. Como se ha visto, no tiene los pies más ligeros el que pesa menos ni se mueve con más desembarazo por todos los espacios—ideales o materiales—el que lleva menos bagaje. Al contrario. Ir de prisa hoy ha costado muchos esfuerzos lentos, mucha preparación pesada, metódica, mucho acopio de elementos que han de ser utilizados a su tiempo.

Por eso, aunque una voz milagrosa despertara en España todas las energías dormidas de la raza y el campesino segoviano saliera de su paño pardo y de su actitud contemplativa, resuelto a marchar tan de prisa como sea menester, ¿cuánto tiempo hará falta para alterar el ritmo? No faltará quien mirando las exterioridades oficiales crea que hay una actividad, si-

quiera esté mal dirigida, y quien recordando las empresas de otros tiempos presente a los conquistadores como hombres de voluntad certera y rápida. Eso demostrará que no se trata de la raza, sino de circunstancias pasajeras. Las hazañas de América exigieron corazones heroicos, pero no la complicada red de servicios técnicos, imprescindible para las empresas actuales. Su inteligencia, su valor, sus armas y sus caballos le bastaron a Cortés o a Vasco Núñez de Balboa para conquistar un imperio o para descubrir un Océano. Las hazañas de hoy son muy distintas y exigen el mismo temple de ánimo—acaso mejor,—pero con otra preparación que no es solamente individual, sino también colectiva. Para la velocidad, la rapidez fulminante en la marcha de un ejército ha de coincidir tal suma de agilidades de todo orden que hoy no sería posible a un aventurero rebelde, a un Hernando Cortés separarse en cuerpo y espíritu del mando de su patria. El error de un Velázquez de Silva, la lentitud, la torpeza de cualquier mecanismo bastaría para hacerle fracasar.

1900-1919.

# NUEVO ARTE DE VIVIR

ENSAYO DE COSTUMBRES LITERARIAS



# I

## RECETAS PARA LOS PRINCIPIANTES

**M**E propongo hablar para los escritores incipientes con cariño fraternal—de hermano mayor,—y empiezo por suplicarles que no vean inmoralidad en este criterio, demasiado terrestre, por el cual juzgo de las letras como un medio de vida. A Zorrilla no le importaba vivir como un mendigo, «por morir como Píndaro y Homero»; pero la civilización moderna no admite sacrificios tan duros, y sería muy difícil, aun para el glorioso vate castellano mantener ese reto a la realidad, fuera de los dos versos de un canto a la gloria. Yo no me atrevería nunca a ensayar un «Arte de Escribir», seguro de quedarme solo en la primera lección y, en cambio, creo que no habrían de faltar oyentes y curiosos a un «Arte de vivir escribiendo». ¿Autoriza la idealidad de los tiempos a descartar ese aspecto prosaico de la literatura? ¿Juzgarán los principiantes una

afrenta este encauzamiento de su atención hacia cosa tan baladí como la cotización del trabajo personal? Aquí se empieza, desde luego, por excluir al héroe y al genio, que nunca necesitaron recetas, y se habla, todo lo más, a los discretos, a los que escriben para vivir, clase estimable y numerosa, que en Madrid anda todavía sin norte. Tan modesta revolución en la Preceptiva literaria—dedicada hasta hoy a la busca de reglas bastante inútiles cuando falta la divina sal,—tiene la ventaja de no estar hecha en tono sentencioso, pues quien la emprende sabe muy bien que, tratándose de vivir, vale más que el arte la capacidad individual, y no se sorprenderá si viene a darle lecciones prácticas el último neófito.

Todo consejo, por ser norma de conducta, debe darse con pureza de intención, y yo no quiero esconder en éstos la más leve punta de ironía. El ironista es un mal narrador de cuentos para niños y un traidor de preceptivas. Además, la nueva generación, más sana que la anterior, odia a los ironistas y los tiene por embaucadores. (Tome nota el alumno de este descrédito, muy justificado por el abuso incontinente de la ironía durante treinta años.) Y, sin otra advertencia, entramos en materia, comenzando por el período de preparación, o apren-

dizaje íntimo, y saltando sobre el problema de la vocación que debe suponerse, como el valor, sólo por el hecho de aproximarse a estas milicias. Hasta los escritores más descarriados siguen su vocación. El caso está en localizarla y descubrirla. Todos conocemos a un extraordinario compañero que no dió con ella de verdad hasta que le encargaron los primeros reclamos de unas pastillas contra la tos. La vocación es algo grande e indefinido que empieza abarcando el cielo y la tierra y acaba muchas veces por cristalizar en unos estatutos, en un *couplet* de cine o en una instancia solicitando una Administración de Loterías.

Prepararse bien equivale a triunfar. El espontáneo, el genial, pueden vivir todavía, a condición de que cultiven y administren su espontaneidad, cosa difícil, que equivale a una preparación y que exige talento de calidad muy fina. No conozco escritores más artificiosos que los espontáneos. Su telaraña les cuesta casi siempre sudor y sangre. ¡Guardaos, jóvenes principiantes, de ese peligro deslumbrador! Aquí la gran malicia consiste en trabajar mucho. Un escritor español debe prepararse hoy de modo opuesto al que emplearon nuestros compatriotas de la época revolucionaria, herederos del romanticismo y de las improvisacio-

nes administrativas. Entonces convenía poner una neblina sobre la realidad para verla poética y lejana. ¿Por qué? Porque lo aconsejaba el buen arte de vivir. El escritor, recién caído de la luna, no sabía andar entre las gentes, que debían mirarle como a un ser extraordinario. No era, precisamente, ni el fakir ni el bufón de las clases medias, pero se le pedía cierta etérea imprecisión de conceptos reales y cierto romanticismo en la vida diaria. Esas gentes, las mismas que no comprendieron en Larra la efusión de sangre—¡la sangre era demasiado real, demasiado concreta!—premiaron luego una buena décima con un buen puesto burocrático, y fueron velando por el hombre de letras—el niño de letras—mientras le vieron necesitado de tutela.

Convenía, por consiguiente, soñar, divagar, fantasear, puesta la vista en lo remoto, en el insondable más allá..., es decir, en el Consejo de Estado o en el Tribunal de Cuentas. Después vino largo período de azoramiento. El escritor andaba vacilante bajo el peso de la duda y de la ley de empleados. Ni décimas ni destinos. ¡Ni la luna ni la revolución! Todavía en esa época de nuestra primera juventud hemos dejado desfogar la vocación en el ensueño vagabundo y hemos cultivado la inercia del ánimo



como fondo propicio a la aparición de bellas imágenes. ¡Qué error! Ya era tarde para eso. Ya no conducía a nada vivir en el Limbo ni trazar líneas divisorias entre el mundo interior y el mundo externo, que existe, sin duda alguna, puesto que no podemos prescindir de él. Y en ese largo período de desengaño, se incubó la idea triunfante, la firme convicción de que hoy el ensueño perjudica, y de que, ante todo, hace falta ver las cosas claras.

No creo que conserve ya muchos partidarios el sistema de la torre de marfil, porque el marfil es cosa cara para levantar torres, y hemos visto que la mayor parte de los constructores de torres chinescas han acabado por venderlas. Ponerse voluntariamente en estado de sitio, casi siempre sin víveres, es un alarde que no se le ocurre a ninguna persona de sentido común. Escondarse, como un buho, a los rayos del sol, fomentar el placer solitario de la melancolía, tan propenso a las enfermedades de la voluntad... Todo eso es absurdo. El aislamiento no conviene sino a algunos privilegiados, a título de cordón sanitario, cuando les sea preciso vivir en un medio ya conocido y muy castigado por toda clase de mortales epidemias. Pero no es tan fácil adquirir el derecho a ser distinto de los demás y a que los demás se lo perdone-

mos. Mucho más fácil es entregarse, dejarse contagiarse y explotar el medio. Alguna literatura contemporánea lo hace así—y le va muy bien,—sin aguardar recetas de nadie. No inventa. No crea nada. Maneja su légamo donde lo halla y devuelve al público la primera materia elaborada en tomos. Como aquí se habla del arte de vivir, esta conducta, que no es ejemplar, revela gran sentido práctico si la sanciona el éxito, y el propio Maquiavelo, un Maquiavelillo de circunstancias, la juzgaría sabia y discreta.

Hay que vivir en la realidad, por consiguiente, y despejar la vista para ver las cosas claras, condición esencial. ¡Tú, pobre cantor que pretendes vivir, ¿cómo vas a aprovecharte de las circunstancias, si empiezas por no verlas? Puesto que has de desenvolverte en Madrid, procura saber lo que es Madrid, y como no puedes elegir ya la fecha de tu nacimiento, no te empeñes en remover los siglos y en hacerte artificiosamente un hombre inactual. Los hombres prácticos toman las cosas como son, para asirlas, para administrarlas, para exprimirlas. ¡Si supieras tomarlos tal y como son a los hombres prácticos! Y como eso es pedir demasiado, sobre todo para un escritor novel, entérate al menos de que también eres hombre de

acción y de que tu fuerza está en conocer la acción ajena en que ha de fundarse la acción propia.

Yo le he oído decir a Zahonero la frase de que en España muchos Ministros fracasan por falta de instrucción primaria, y a no sé quién, que este es un país delicioso de genios sin bachillerato. Ahora ya va a ser un poco difícil, en cuanto empiece a enterarse la gente de que la verdadera picardía consiste en prepararse bien, receta infalible que pongo en la primera página de este nuevo arte para uso de principiantes. Algo hay que confiar, sin embargo, en la celeste audacia, atributo de la juventud, que en algunos seres felices dura toda la vida y que nos lleva a la gloria o al quinto infierno locamente seguros de nuestras fuerzas.

Como se ve, el arte de vivir escribiendo no desecha a nadie. Lanza al viento sus aeroplanos y tiene fe en que todos los aviadores llegarán a volar.—En eso hace lo que las mejores preceptivas que no garantizan sus enseñanzas ni responden de las consecuencias.—Los ve evolucionar y les aplaude si marchan con gallardía, según reglas, y cuando alguno da en tierra con su máquina, dictamina sobre la víctima: «Ese pobrecillo—dice—no tenía condiciones.»

## II

## PRIMEROS PASOS

**E**L problema de empezar a tiempo puede plantearse en la vida literaria de este modo: ¿Debo andar para aprender a andar, o debo echar a andar cuando ya sepa andar? No es problema este que se resuelva de golpe, sino más bien a fuerza de golpes. Hay muchos publicistas, muchos grandes y pequeños autores que caminan abrumados, como por una especie de pecado original, por la carga inalienable de las primeras obras. Una ligereza juvenil, una incontinencia de los años, les lleva a dar a luz la novela, el drama, el cuento, los versitos que todos perpetramos a manera de ensayo, como tanteo de fuerzas y desfogue de recientes lecturas. Ese libro les acompaña ya toda la vida como un remordimiento. El día más feliz se les acibara si entre el laurel de un triunfo recientísimo se le ocurre a alguien acordarse del título o exhibir el único ejemplar que no fué retirado a tiempo de la circulación.

Para tranquilidad de muchos principiantes, he de agregar ciertas observaciones. La mayo-

ría de los autores que se precipitan son ricos por su casa. Esto reduce, como es natural, el número de casos y disminuye también la importancia del accidente, porque caer en blando no es caer. El escritor de raza suele luchar con más dificultades, y esas dificultades van enseñándole poco a poco. Oculta sus ensayos con pudor, compara la pequeñez y ruindad de su propia obra con la gloria de sus modelos y la grandeza de su ambición. Cada vez que se aventura a solas oye una voz misteriosa que le dice: «¡Todavía no! ¡No es eso!» Y la voz paternal que sale de sus pobrecitos libros viejos no acabaría de animarle si no llegara violentamente la necesidad a lanzarle en medio del arroyo. Entonces, como se ve sin armas en plena lucha, la misma voz viene a decirle: «¡Adelante, hijo mío!»

¿Para qué vamos a pensar demasiado en estos primeros pasos, si casi ninguno los da voluntariamente? Hay que dejar su parte al sino, favorable o adverso, y admitir el poder de las circunstancias, que, en definitiva, mandan más que los preceptistas. Desde luego, el talento precoz debe darse como exceptuado. Ser precoz es ya una cualidad y hay que demostrarla, ante el peligro de no contar en el porvenir con otras cualidades. Además, los talentos precoces

suelen tener el don de la palabra y su destino les guía hacia la carrera política. Poco importan esos ternezuelos pámpanos literarios si la madurez prepara frutos más positivos. Alguna vez, el escritor laborioso que ha terminado muy joven su primera obra, indaga y pregunta si le convendrá más guardarla en el cajón de la mesa, a la antigua usanza, o confiarla sin dilación al público. Si el cauto, quiere saber más, mejorarse, superarse, aguarda a ver esa obra corregida, ampliada, embellecida. Yo no creo que ganen nada las obras juveniles con tal sistema de precaución. Guardarlas viene a ser lo mismo que condenarlas a muerte, e imagínese lo que hubiera hecho Rousseau con su *Ensayo sobre la desigualdad entre los hombres*, de haberlo guardado unos cuantos años. Lo habría dado media vuelta como un calcetín, y para eso más vale escribirlo de nuevo o romperlo definitivamente. ¡Imagínese el que no esté seguro de llegar a Rousseau, los cambios, los progresos, los aguzamientos del sentido crítico que traen consigo unos cuantos años para el escritor capaz de progresar! ¿Verdad que con este criterio no publicaría cada uno sino una obra senil, negación de todo su pasado?

«Entonces—me diréis,—¿habrá que lanzarse sin ningún temor?» No. Hay que lanzarse, pero

con muchos temores. El temor es una garantía. No falta quien entiende de modo más libre el arte de vivir aplicado a las letras y busca sólo el procedimiento de darse a conocer haciendo para ello que suene el nombre, sea como fuere. En este caso, todo temor y toda vergüenza huelgan. En efecto, hay una gran masa de lectores que no para de leer los títulos de los libros y alguna vez los sueltos en que se habla de esos libros. Contenido, calidad, ¡esas son ya demasiadas complicaciones! Basta con saber que el libro ha salido y es de Fulanito. A las ocho o diez veces, la reputación está hecha. Esa gran masa de lectores tiene ya un nuevo publicista, a quien no leerá nunca.

Faltaría a mi deber si no hiciese al llegar aquí alguna indicación útil a los escritores que andan hoy velando las armas y disponiéndose a pelear en la primera salida. Ya no se trata de «cuándo», sino de «cómo» deben dar los primeros pasos. ¿De qué manera puede llegar rápidamente a verse en circulación? ¿Cómo se abrevia esa larga jornada por el desierto? ¿Cómo se hace ver al público de mercaderes, caravana distraída, que en la nube de polvo que levantáis no llega un camello, sino un jinete? La cosa es muy difícil. No basta el talento, queridos compañeros. Hace falta, además, habilidad, y

esto quiere decir que hay una política en la república de las letras y que si no lográis hacer cargo de ello tardaréis mucho en avanzar, y quizá lleguéis tarde. La fresca primavera de vuestros veinte abriles os llena de optimismo. Juzgáis que el triunfo es vuestro sólo con presentaros, y alguna vez así es. Pero no siempre.

No siempre, y en este caso, cuando se niega el triunfo, yo os aconsejo el empleo del *truc*. Traducid la palabra como queráis: truco, tranquilo, recurso, habilidad... Queda en francés porque el procedimiento es un poco gabacho, que en esto, como en otras cosas, los franceses nos han enseñado a guisar con salsas nuevas. Y consiste en alterar con una ligera desviación la natural personalidad, o, cuando menos, el estilo que la representa. Vais por la calle, afanados, presurosos, pensando, no en las losas que pisáis, sino en vuestros asuntos. Pasan a vuestro lado millares de personas, que no os importan, y que si vuelven a pasar no las reconoceréis. Pero si el que pasa y repasa es un cojo, un jorobado, lo más probable es que fijéis en él vuestra atención. Una prudente cojera, una jorobita discreta, es en literatura el mejor modo de substituir las dotes excepcionales del genio. Pueden contrahacerse apelando a recursos que os dictará vuestra fantasía; desde el defecto del



## *NUEVO ARTE DE VIVIR*

arcaísmo, ya muy manejado, hasta el desgaire de escribir en algarabía internacional. Cada cual lo elegirá según su inventiva.

Luego, cuando ya se haya congregado bastante público, podéis tirar la campanilla y cesar en vuestras extravagancias. Así lo hace el orador de plazuela cuando llega la hora de mostrar su elixir. Y es probado.

## III

## CADA CUAL SU CAMINO

**E**SCRITOS ya dos capítulos de este «Nuevo arte de vivir», puede suponerse que no faltarán advertencias amistosas y objeciones. Las objeciones son de diversa naturaleza, pero, igual que los mandamientos, se encierran en dos. ¿Por qué se empeña usted en hacer literatura sobre la vida literaria cuando sabemos que eso apenas puede llamarse vida? Y otra. ¿Por qué no habla usted a los jóvenes de ideales, deberes y nobles ambiciones, en vez de fomentarles el apetito?

Ambas preguntas me parecen muy puestas en razón, aunque envuelvan una censura; pero puedo contestar a ellas, acaso con cierta vanidad. Lo que yo quiero es suprimir la especie de los inconscientes. La vida literaria puede seguirse como medio y como fin. ¿Como medio? Pues hay que conocerla para no ir a parar a un callejón sin salida. ¿Como fin? Pues entonces es necesario dominarla y ser fuerte de veras. En el primer caso puede hablarse de ella como de cualquier profesión u oficio, guiando

a los aprendices para su más fácil ingreso, señalándoles empleo adecuado a sus aptitudes y abriéndoles, por último, los ojos con que han de valerse en el camino de la política, de la administración, del periodismo, los negocios, etcétera. ¡Cuántas cosas caben en esos etcéteras y cuán necesitados de consejo la mayoría de los aventureros! Si yo consigo que el escritor novel mida sus propias fuerzas y determine casi científicamente hasta dónde puede llegar, habré limitado el número de los inconscientes.

Hasta ahora, toda carrera literaria empieza en un sacrificio, y muchas veces—las más—acaba en una víctima. ¡Error de origen! La generación nueva debe venir mucho más despier-ta, y conociéndose bien puede usar de las letras como de un arma manejable. Unos podrán servirse de ella como de fino acero toledano; otros la convertirán en ariete y en tromba, en agudo bisturí; para los holgazanes hará veces de almohada, y para los audaces, de palanqueta. Pero todo a conciencia. Lo absurdo es dejarse dominar por ella, y ser arma sin brazo, instrumental sin cerebro.

En los juegos infantiles habréis andado muchas veces a la greña con vuestros compañeros, peleando a justicias y ladrones. No teníais más remedio que decidiros por una cosa u otra, so

pena de quedaros sin jugar. Pero la sociedad infantil—y esto es lo más grave—olvidó una tercera categoría que en la vida real es forzoso poner junto a justicias y ladrones: la categoría de los robados. He aquí una profesión que no se elige, y que no es fácil entrar o salir de ella por espontánea voluntad. ¿Habrá nada más triste que la decepción del que nació para robado, viendo que no le sirve de nada ser justicia? Sin duda. Es más triste que le roben a uno después de haber elegido el papel de ladrón. Todo esto quiere decir que no se puede confiar demasiado en la voluntad y en el arte si el enemigo es el Destino; pero también quiere indicar la consecuencia de abrocharse; es decir, de conocerse el flaco.

El ideal, el deber, la noble ambición, cada cual se lo busca, y el que quiere buscarlo de verdad, lo halla. Vamos a dividirnos el trabajo, y dejad que alguien se interese en cosas adjetivas. Probablemente ofrecerá interés ver de qué distinta manera deben guiar su vida, el hombre sentimental y el hombre de presa, y cómo para buscar el equilibrio tiene necesidad de buscarse asideros distintos. Si yo lanzara estas notas sin distinguir entre unos y otros, no servirían a nadie. El sentimental, el blando de corazón, es un tipo frecuentísimo en nuestra

vida literaria. Si naciera ya hecho; si pudiera imponerse sin lucha, nada más envidiable; en nuestro medio, un poco cruel y casi siempre despiadado, sería una especie de Mascota; le ostentaríamos como ejemplo de la sensibilidad nacional, y cada lágrima suya la engazaríamos en oro fino. Pero hay lucha, y la lucha convierte a los sentimentales, a unos, en ironistas, y a otros, en exaltados; en la ironía van defendiéndose y ocultando de un modo vergonzante su debilidad; con la exaltación pasan a confundir las especies, y actúan de agresores. En suma, pierden su verdadera naturaleza. A estos hombres, que en vez de hacer cuentos para niños se meten en la guerra de polémica o en propaganda política, el freno que necesitan los hombres de presa les sería fatal, y equivaldría a una camisa de fuerza. Por eso hay que temer las generalizaciones, y por eso, en vez de dictar reglas, creo oportuno intercalar aquí la siguiente

*Parábola del hombre flaco.*

Este era un hombrecillo largo y flaco, espíritu de la golosina, que iba todas las noches a una tertulia de señores graves, todos ellos grasos, gordos, colorados y relucientes. La mayor parte de esos señores tenían dolencias y alifafes que les preocupaban mucho, y constituían

el tema principal de su conversación. El sudor excesivo, el ahogo, la opresión del pecho y pobreza de aliento, el cansancio, las irritaciones y congestiones eran otros tantos lazos calamitosos que servían para establecer entre ellos firme y perdurable solidaridad.

Cuando acertaba a encontrar un remedio novísimo, un régimen, un sistema de higiene, venía resoplante a contárselo a los otros. Pero ¡el hombre es débil, aunque sea gordo! Ninguno de ellos creía encontrarse fuera de lo normal. Ninguno se juzgaba monstruoso, y todo lo más que admitían era esa deliciosa perífrasis francesa del *embonpoint*. De esta manera, el tratamiento bueno para ellos debía ser bueno para todo el mundo.

Para demostrarlo, y sobre todo para demostrárselo a sí mismos, tenían en la tertulia al hombre flaco. El hombre flaco padecía también algunos achaquillos. Estaba como ellos: un poco de vértigo, un poco de cansancio, y, a veces, un poco de irritación interna... A fuerza de oírles, mi hombre flaco, creyó que la Humanidad padecía los males de los hombres gordos. Puso en su casa unas poleas, y todas las mañanas hacía cien flexiones de espinazo. «¿Para qué es eso?», le preguntaba su mujer. «Para reducir el vientre.» «¡Pero si tú no tienes vien-

tre!» «¡Por si acaso!; para cuando lo tenga.» Prescindió de las fécuas, limitó el consumo de agua, carne y pan, y aun parece que llegó a tomar ciertos específicos que, según todas las trazas, yo no necesitaré nunca.

Lo curioso del caso es, que sus amigos gordos no adelgazaban, pero el hombre flaco, sí. Cuando yo le encontré y me explicó su régimen, no pude entenderlo, ni lo hubiera entendido nunca, si no fuese porque una noche me llevó a su tertulia. «Usted se equivoca—le dije al salir—; usted parece víctima de sus amigos, que son todos hombres de demasiadas carnes. Déjelos de una vez y cuídese, siquiera para salvar los huesos y el pellejo.»

Y me contestó mi amigo: «Tendrá usted razón, pero ya es tarde. Yo moriré, sin remedio, de gordo honorario.»

## IV

## DIÁLOGO PEDAGÓGICO ENTRE D. VENANCIO Y YO

**D**ON Venancio fué el único pasante que pudo aguantar dos cursos seguidos en mi colegio. Aunque no hubiera vuelto a verle, nunca podría olvidar sus ojillos recelosos, su nariz descolgada, con manchas volcánicas, su sonrisa de hombre resignado y, sobre todo, su paciencia. Era uno de esos gigantes bonachones que sienten el santo temor de Dios y de los libros de texto. Abría la *Historia Universal* de Rubio y Ors, como si abriera los Evangelios y la ética de Ortí y Lara, como si fuese norma de todas las vidas pretéritas, presentes y futuras. A la hora del repaso, don Venancio nos tomaba la lección, y sus ojos iban silabeando más despacio que nuestras palabras. Los compañeros maliciosos, pretendían que D. Venancio aprovechaba las horas de clase para aprender a leer; y todos le burlábamos leyendo, sin que él se enterara, en su mismo libro. Aquel hombre vivía como rodeado de una atmósfera campesina; y dejaría muy incompletos mis recuerdos, si no apuntara



que, además del tomillo, esa atmósfera estaba siempre algo cargada de tabaco y alcohol. Ahora, cuando le encuentro, D. Venancio, gordo y colorado—desde luego mucho más joven que todos nosotros—, me deslumbra con un dominio de la vida práctica, que nunca hubiéramos sospechado en él. Don Venancio ha heredado. Don Venancio tiene, por consiguiente, autoridad, opina de todo y da consejos.

—¡Qué lástima, hombre, qué lástima!—dice D. Venancio.—Con el talento y la buena disposición que teníais vosotros, ¡cuánto trabajo os cuesta sacar la cabeza! ¿Tú no has sido concejal, verdad?

—No, señor.

—El único que metió ruido pronto fué Orejón; ¿te acuerdas de Orejón?

—¿El actor? ¡Ya lo creo! Venía a buscarle su padre a mitad de la clase, y se le llevaba de «juerga». Volvía a la semana siguiente, nos contaba historias de bastidores, como un hombre, y le decía al profesor de Química que el único cuerpo simple era el aguardiente.

—¡Chico listo, chico listo! Bailaba como un ángel. Sin duda lo llevaba en la masa de la sangre, porque la primera vez que salió a escena se metió al público en el bolsillo. Verdaderamente, aquel muchacho hacía muy bien en no

estudiar Psicología. ¡Ya ves tú, en Eslava, para qué le iba a servir la Psicología!

—Don Venancio, hacíamos muy bien todos en no estudiarla, porque aquella Psicología era muy mala.

Y aquí brota en corriente fraternal la experiencia de D. Venancio, para quien ningún libro puede ser malo, mucho menos un libro de texto.

—¿Lo ves? Ese es vuestro vicio. Yo recuerdo que tú estudiabas poco y sin duda inventaste esas disculpas, por no tener remordimiento de conciencia. ¿Qué te importa si el libro es malo o es bueno, si por él te han de examinar? A ti te lo dan para estudiarlo. ¡Pues estúdialo! ¡Cuántas cosas peores habrás tenido necesidad de hacer en esta vida por muy pocas pesetas! Si hubiera hecho lo mismo que tú Juanito Bea, que le llamabais *Merengue*, no sería a estas horas gobernador. Pero ¡bueno era aquél! no perdonaba punto ni coma. Se sabía las fechas de todas las cosas que han pasado en el mundo, antes y después de Nuestro Señor Jesucristo. Si yo volviera a ser pasante...

—Que no lo quiera Dios...

—Está uno mejor así, sin obligaciones. Pero si yo volviera a ser pasante obraría con más fundamento, ahora que conozco el intrínquilis

## NUEVO ARTE DE VIVIR

de la vida. ¿Que Orejón no quiere estudiar? ¿Que le guardan los libros en un puesto del Prado? Hace admirablemente; porque ninguno de esos libros le enseñan a ganarse la vida en las tablas. ¿Que el marquesito del Ramal no ha podido estudiar porque tuvieron baile en su casa? ¡Muy bien! Con lógica o sin lógica lo mismo hereda de sus padres y sus tías.

—Ya ha visto usted, don Venancio, que no ha heredado nada. Todo se lo llevó la trampa. De manera que aquí fallan las previsiones de usted.

—No; que ser marqués tronado ya es una posición. Además, él no podía adivinar el batacazo y obraba con mucho sentido común guiando troncos y poniéndonos cohetes debajo de la tarima. Pero, eso ya es otra cosa; con vosotros no habría compasión. ¡Unos pobres que van a ganarse la vida entre lobos, entre perros judíos, sin ningún amparo, sin dinero, sin nombre; el que más con su título de abogado, y muchos sin eso, con una tirilla en el cuello y malas costumbres!... ¡Para vosotros son los libros, amiguito! ¡Debiérais coméroslos, sorbéroslos! ¿Vais a reparar ahora si la Psicología está bien hecha o mal hecha, ni si son falsas las fechas de la Historia de España? ¿Qué más da si es lo que os piden? ¡Al buche con

todo! La cuestión es ser fuerte. Que no se os ponga nadie por delante. Que os sepáis bien todas las cosas, y si un ministro os pide, por ejemplo, la lista de los reyes godos, dársela de carretilla. Así entiendo yo la dignidad, por pura conveniencia. Ya que no puedan decir «tanto tienes, tanto vales», dí «tanto sé, tanto valgo».

—¡Qué verdad es, don Venancio! A muchos nos ha perdido el espíritu crítico, o, si usted quiere, manía de llevar la contraria. Pero no crea que basta con saber las cosas. Eso es lo de menos. Si *Merengue* no se hubiera casado con la hija de su jefe, todos los reyes godos juntos no hubieran podido hacerle gobernador.

—¡Naturalmente! Se casó con la hija; apechugó con ella como apechugaba con la Psicología. Juanito *Merengue* es mi hombre. Entró allí y en seguida se hizo cargo. ¿Que el jefe es viejo y gruñón? Muy bien. ¿Que acaso sea un sinvergüenza? Muy bien. ¿Que la niña parece un escrúpulo de persona? Muy bien. Todo está bien cuando se quiere salir a flote y evitar que le tasan a uno en calderilla y le miren con lástima, como a mí, cuando era pasante. Para los que no nacieron de pie, yo no veo término medio: o eso o irse con los que echan las bombas.

Al llegar a este punto de la conversación D. Venancio, se me agiganta todavía más de lo que dan de sí sus naturales proporciones. Me abruma su sentido común, y sin querer doy un origen trágico a esa herencia que le permite vivir sin obligaciones. ¿Habrà pasado unos cuantos años en los caminos reales? ¿Habrà envenenado a algùn paciente? ¿Habrà vendido su robusta naturaleza a alguna vieja rica, en vez de vender su alma al diablo, que ya no es uso?

De todas maneras, ahí está, fuerte, sanguíneo, ancho el pecho y cada mano como un mazo. Como es difícil responderle, traduzco mi admiración en estas sencillas palabras:

—Don Venancio, aprenda usted bien a leer y funde un colegio.

## V

DE CÓMO EL TALENTO LITERARIO  
NO ES EL ÚNICO TALENTO

LÍBRENSE ustedes, jóvenes principiantes, de un prejuicio llamado a darles muchos disgustos y a levantarles invencibles dificultades; ese prejuicio, que nos infiltra el demonio del orgullo, consiste en creer que el talento literario es el primero de todos los talentos, si no el único. Hubo una época florida y lozana en que los escritores—anticipándose a D. Antonio Maura—dividían el mundo en dos grandes grupos: «ellos» y «nosotros». «Ellos» eran los bárbaros, los filisteos, los burgueses. Las fórmulas de contacto social con tal especie de entes iban desde la carcajada al puntapié, desde la broma muerta al sarcasmo tranquilo. En cambio, el círculo se había estrechado tanto, que entre «nosotros», hombres de letras, sólo cabían los artistas pintores o escultores, y a duras penas quedaba plaza vacante para el arte arquitectónico. Como se ve, el mundo para «nosotros» se acababa en seguida, tanto, que si hubiera necesidad de hacer el censo de po-

## NUEVO ARTE DE VIVIR

blación con ese criterio, España no llegaría a contar más allá de 500 almas. Lo demás, gente, plebe, broza humana. ¿No recuerda el lector algún libro, sin acudir a *La Bohemia*, en que aparece bien a lo vivo esa división de castas?

Creo que nadie será capaz de incurrir hoy en vanidades tan pueriles. Un buen versificador y un buen zapatero deben estimarse mutuamente, cada uno en su obra prima, y dejar luego a salvo sus respectivos talentos para la vida social y para el medro propio, pues si alguna vez se pusieran en lucha esos talentos, no hay razón para prejuzgar de qué parte estaría la ventaja.

Además, repárese en un hecho doloroso: en la mayoría de los casos el talento literario corresponde a un género inferior. Para escribir «nosotros» nos colocamos a un lado de la vida, vemos, reflejamos, juzgamos las cosas y estamos fuera de las cosas, lo cual es una gran desgracia. Imaginen ustedes que llega a la mesa donde toman café todos los días uno de esos personajes típicos, característicos, llovidos del fondo de cualquier provincia, que viene una vez a Madrid y pasa como un meteoro de paño pardo, para no volver quizá nunca más. Como literatos seguirán ustedes muy atentos los giros de su parla nacional; puede que apunten alguna

palabra para colocarla a tiempo; como psicólogos irán viendo su agudeza, su malicia ruda y su desconfianza primitiva y aun quizá lleguen a clasificarlo étnica e históricamente entre los carpetanos o arévacos. Ninguno de ustedes verá que aquel hombre ha dado con este viaje una formidable dentellada a los montes comunales de su concejo. Y si tiene una partida de trigo que vender, cobrará la comisión cualquiera menos el literato, que sólo se queda con la esencia divina de las cosas. ¿Quiere esto decir que yo les empuje a todos ustedes a ser corredores de granos? Nada de eso. Quiero sólo hacerles comprender la conveniencia de no mirar con desdén al vecino de mesa que no repara en los vocablos pintorescos ni en el alma medioeval del provinciano, sino que se limita a preguntarle: «¿A cómo anda ahora el trigo en su tierra de usted?»

Lo más fútil y lo más sublime proporcionan para este caso iguales enseñanzas. Supongamos que llegan a las cataratas del Niágara tres hombres de distinta condición, y que uno de ellos es de los «nuestros», mientras los otros dos no saben levantar el vuelo de la fantasía más allá de la copa de su sombrero. El nuestro, emocionado, conmovido hasta las entrañas por esa maravilla de la Naturaleza, que a él le parece



inédita y como acabada de estrenar, tratará de embutir en prosa o verso todos los ruidos, todas las ráfagas de luz, y, desde luego, todas las grandes ideas que siente bullir en su cerebro. Como lo hará mirando al porvenir, el porvenir dirá si acertó o si se equivocó miserablemente; es decir, jugará como un desesperado a la lotería de la gloria, y se morirá antes de que salga la lista grande. Eso sí, nadie podrá quitarle el consuelo de pensar cada vez que se hable de las cataratas: «¡Después de aquello que yo hice, el Niágara está agotado ya!» Esas cataratas y todas las del mundo son tuyas de una vez para siempre. ¿Y los otros? ¡Vayan ustedes a saber hasta dónde llega la fuerza de acción de los otros dos, faltos de esa válvula eliminadora llamada literatura! Fundarán una fábrica de aserrar maderas, se llevarán el río en películas de cinematógrafo, o en energía eléctrica, o en témpanos de hielo; pondrán un restaurant o un casino a la orilla, y si no hubiese cosa mejor, editarán la obra del literato, lo cual será para él una solución halagüeña y sorprendente y para ellos un negocio más.

Yo no creo que el talento literario provenga de una enfermedad del bazo, aunque haya oído sostener esa opinión a muchas personas serias. No creo tampoco que en el porvenir sólo

«harán literatura» las señoras, como parece indicar el número de novelistas del sexo femenino triunfante en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Francia y aun en España. Quedan todavía por delante muchos años, quizá siglos, en que este trabajo sedentario tendrá aceptación, y no podrá desalojarnos de él el movimiento feminista.

Pero conviene establecer las debidas categorías, y modificar también en esto las tablas de valores. El talento literario es una de tantas formas del talento, y no es la mejor. Desde luego, quien se dedique a cultivarlo dentro de sí mismo como flor de estufa, debe resignarse a soportar las debilidades forzosamente anejas a esa deformación del espíritu. ¿Vale la pena de hacerlo? Estúdienlo ustedes, cada uno en su caso, jóvenes principiantes. ¡Ojalá aciertan a demostrarse y a demostrarme que la obra literaria no es labor pasiva, ni meramente crítica, ni se reduce a buscar la sombra de las cosas, sino que tiene toda la actividad y la virilidad de la espada, del arado, de la dinamita!

VI

CURSO DE AMPLIACIÓN PARA LOS ARTISTAS

**C**OMO aquí las clases bien acomodadas satisfacen plenamente sus ansias artísticas comprando esos cuadros que venden por los cafés, con marco y todo, los pensionados del arroyo; como las fotografías han resuelto en muchas casas el problema del buen gusto y del poco dinero; como ya no tienen la preocupación del Arte, ni la Iglesia, ni la Monarquía, ni la Aristocracia; como el Estado define la democracia diciendo que es el gobierno de las inteligencias inferiores; en suma, como esto anda muy mal, los artistas no ven otro camino que el de acudir a las Exposiciones. ¡Pobrecillos! ¡Imagínese a los escritores pendientes del éxito en los juegos florales! ¡Qué tortura para su talento! ¡Qué sacrificio para su sensibilidad! ¿Cuándo hubiera obtenido Galdós una flor natural? ¿Cuándo se habría permitido a ningún escritor revolucionario el lujo de pensar a escondidas o por encima del Jurado?

Por eso yo, hijos míos, comprendo vuestras inquietudes. Os debéis preparar como un ca-

ballo de carreras. Debéis saltar en batuda junto a mil compañeros. Mi primer consejo es este: el que pueda, prescinda de las Exposiciones oficiales. Ya vendrá la gloria, si debe venir, y si no, vuelva la rana al charco, que no nació para volar.

Ahora, si queréis conmoverme y habláis de las amarguras de la vida y la carestía de las subsistencias, eso ya es otra cosa. Yo, que he escrito en mi vida tantos artículos de fondo, ¿cómo voy a oponerme a que pintéis un cuadro para la Exposición?

Admitida la inferioridad del género, formad vuestro plan. Podéis triunfar por sorpresa con un golpe de efecto, o ir poco a poco tomando posiciones en el escalafón para llegar a los primeros puestos a fuerza de paciencia y laboriosidad. Para no divagar, cosa imperdonable en el arte de vivir, vamos a poner un ejemplo.

El pintor que quiero citaros como ejemplo cometió la imprudencia de creer que el Arte es una vocación y que basta seguirla espontáneamente, honradamente. Se educó en un medio artístico, en el Museo de Córdoba, y vió la poesía de su propio espíritu a través de los medios de expresión de los grandes maestros. Desde niño, el Arte fué para él una ley, una disciplina, una realidad concreta. La vaguedad,

la indeterminación estaba en el alma de Córdoba, que flotaba dentro y fuera de él como la esencia misteriosa que había de revelarle el porvenir. Reparad bien en este caso, que es rarísimo. Un pintor, cuya característica es el espíritu, hubo de empezar por el dominio de la técnica como un discípulo del Renacimiento. Su aprendizaje fué lento, seguro, firme, sin vacilaciones, y una vez dominada esa fierecilla selvática y oscura que se disfraza de independencia y sólo es ignorancia, empezó a expresar lo más íntimo de su temperamento.

Es decir, se trata de un artista consciente, dueño de sí mismo. Estos artistas son los únicos capaces de llegar a fórmulas personales, y son tan raros en España, que sobran dedos en una mano para contarlos. Jamás tratarán de formar escuela, porque les faltará el ansia del proselitismo y considerarán como un agravio a la personalidad ajena moldearla a imagen y semejanza de la suya. Ni harán suyos a otros, ni podrán ser de nadie. Lo cual quiere decir, amigos míos, que se encontrarán solos, y esto será el sueño más hermoso para la ambición de un artista, pero también la más grave contrariedad para lograr el triunfo en una Exposición oficial, donde dominan las mayorías.

Se le alzarán toda clase de obstáculos. Si

huye las chocarrerías de la pintura vulgar, se le llamará arcaico. Si expresa un ideal, se le abrirá una cuenta en contra a su idealismo. Así ha oído decir Romero de Torres que, por herir con viva emoción la sensibilidad con procedimientos al parecer simples, su pintura es literaria. Expresa su talento pintando, y sus colegas le dirán que tiene talento, pero que no pinta, sin duda, por no pintar como ellos. Si congrega al público alrededor de sus cuadros, alegrarán que atrae por extravagante. Si encanta a la crítica, repudiarán todo juicio que no sea técnico, profesional. ¿Qué más? Un crítico de arte, para mí muy querido, llegó a decir:—«Recompensad a Romero de Torres; tal vez así lo inutilizaréis.»—Y se dirigía de ese modo «a sus enemigos»—oído bien, jóvenes principiantes, que esperáis aún con el bozo en los labios la hora de la iniciación—«¡a sus enemigos!»

Sólo esa frase, subrayada, vale por la mejor lección. ¿Qué necesidad tenéis vosotros de crearos enemigos? ¿Veis cuánta insidia, cuánto encono, cuántas intrigas van fraguándose al paso del artista? ¿Es decir, que puede haber un Jurado de enemigos? ¿Que la gran batalla de una Exposición se libra contra un solo hombre por el delito de tener una personalidad que se sobrepone a las demás?

## NUEVO ARTE DE VIVIR

No, hijos míos, tened cautela. Vosotros no podéis comprometeros inocentemente. Debéis hacer grata, suave y alegre vuestra vida, porque no todo el mundo halla placer en rodearse de enemigos. Pensad en que con muy poco esfuerzo esos artistas que luchan por su personalidad habrían sabido ablandar a los enemigos poniéndose siquiera una vez a su nivel. Si en esos concursos no acertáis con una de esas sorpresas de efecto fulminante, paciencia: esconded las alas, ¡y al escalafón!

## VII

EL HOMBRE QUE HUBIERA SERVIDO MEJOR  
PARA OTRA COSA

**P**UESTO que tú, lector, conoces a este hombre que hubiera servido mejor para otra cosa, vamos a hablar de él como de un amigo y como si acabara de morir. Esa hora que llamamos de las alabanzas suele ser la más justa. Se hace balance rápido: se apunta lo bueno y lo malo en el Debe y en el Haber. Y cuando ya el amigo va navegando en aquella inevitable barca, nos sentimos débiles para condenar, porque pensamos que todos sus actos no fueron sino gestos en el vacío. «¡Adiós, compañero!—le decimos.—¡Cómo te has equivocado! ¡Qué vida tan absurda la tuya!» Pero ya sabemos, muy en lo íntimo, que nosotros nos equivocamos también y que nuestra propia vida no tiene atadero. Así, pues, yo no me atrevo a juzgar severamente al hombre que hubiera servido mejor para otra cosa.

¿Es español? Sí: es un buen compatriota. Todos los tipos humanos tienen en España su color y su sabor. Españolísimo es. La primera



## NUEVO ARTE DE VIVIR

observación que ha de hacerse si queremos clasificar con algún acierto, nos obliga a llevarle a terreno adecuado. ¿Dónde? Al lugar en que trabaja. Allí es donde se define por sí mismo, sin necesidad de que venga luego—terminado el terrible esfuerzo y el gran fracaso de su labor,—a hacernos confidencias. En su despacho del Ministerio, en su taller, en su regimiento o en su turno, el ministro, el obrero, el coronel o el mozo de café os revelarán mil veces que ellos hubieran servido mejor para otra cosa. Todos tienen su drama interior, su vida dislocada, desviada, descarrilada, y la consecuencia para ti, que necesitas sus servicios, consiste en que el expediente no se firma, la máquina no marcha, el regimiento se pierde en un barranco y las cucharillas están sucias. Alguna vez esos hombres os inspiran gran simpatía, como si estuviérais ante naturalezas indómitas que no pueden soportar el encasillado artificial de la civilización. Pero ¡son tantos! ¡Es tan pródiga España en criar naturalezas indómitas y en darlas cargos, que a fuerza de tropezar con ellas en todas partes comprendemos que nos estorban! Transigimos con el saltamontes inofensivo. Lo grave es la langosta. Y llegamos a irritarnos un poco y a preguntar: «¿Pero es que todos estos hombres servirían

mejor para otra cosa, o es que no sirven para nada?»

Ya no. Ya no sirven para nada. Fijáos bien en el tiempo del verbo: «hubieran servido». En el matiz va toda la biografía.—¿Quién tiene la culpa de que ya no sirvan?— Al escribir esta pregunta me acuerdo de un compañero de Universidad que estudiaba hasta sentir vértigos. ¡Con cuánto cariño y cuánta compasión vuelvo a verle apoderándose a viva fuerza de las palabras, ¡infames palabras!, que no duraban en su memoria veinticuatro horas. Él iba grabándolas con escoplo y martillo y al día siguiente no quedaba nada, ni huella. Y aquel muchacho se acordaba maravillosamente de un apellido, de unas señas, de un rostro visto una vez en el tranvía hace muchos años. Incapaz de aprender los orígenes de la enfiteusis y de recordar historias griegas o romanas, poseía datos propios, por investigación directa, de la vida y milagros de nuestros condiscípulos y de sus familias. Y es que su padre quería pagarse el lujo de tener un abogado en casa en vez de hacerle ingresar en el Cuerpo de Policía. De este género hay muchos. Seguí los pasos afanados de un hombre que se obstina en vivir de su profesión literaria y no acertáis a explicaros en qué consiste la torpeza de sus movimientos.

a través de las ideas. Y un día el azar os lleva a su pueblo. Veis toda la égloga lugareña, las voces rudas, las pasiones primitivas, y, sentados a la puerta de su casa, frente al potro del herrador, sentís que aquel ambiente, perfumado de estiércol más bien que de heno o de tomillo, no ha podido él quitárselo de encima, a pesar del jabón y de los libros. ¡Cuánto mejor estaría allí, entre sus hermanos, bregando con las mulas de labor, su mandil de cuero bien cañido, los brazos velludos al aire, musculosos, hábiles, útiles! No se le hubiera hundido tanto la arruga de la frente. Sería feliz en la medida que se lo consintiera el cacique, y reiría a carcajadas, como le gustaba a él. ¡Reír de verdad, ya que la sonrisa es tan difícil!

Algún sociólogo me ayudaría, seguramente, a descubrir el por qué de estos sacrificios que duran toda la vida. Es el éxodo de los campos a las ciudades. ¡Qué lástima, no dominar las estadísticas para saber cuántas casas se hunden al año en los distritos rurales y cuántos bachilleres tienen que mendigar el pan de cada día! Lo que yo adivino es una larga serie de errores y de equivocaciones. Cuando el maestro don Miguel de Unamuno quiere que aceptemos sin avergonzarnos nuestra raíz africana, elevándola, dignificándola hasta africanizar Europa, creo

que nos da una solución casi tan fácil como la de D. Joaquín Costa. Porque la España ibera y la España mora, que conservan el aire de familia y se ven obligadas por fuerza a discurrir a la europea, son también como dos hermanas que quizá hubieran servido mejor para otra cosa. ¡Qué esfuerzos los suyos, qué caídas, qué fracasos! Otro español ilustre, D. Antonio Cánovas, en sus horas de desaliento disfrazadas de soberbia, creía que él hubiera sido un gran político en una gran nación. Y D. Francisco Silvela descubrió a última hora, cansado del gobierno, que él no servía para gobernar a España, que hubiera servido mejor para otra patria o para otra cosa. Sin duda está todo mal asentado sobre una base movediza y sin sentido común cuando tanta gente honrada se equivoca, y, sin embargo, tiene razón.

Pero siento miedo de que así como nuestro sol y la serenidad del cielo dignifican y espiritualizan el paisaje más árido, se destaque con indebida e impúdica magnificencia este tipo español que los aliados considerarían «indeseable». Nada más fácil que encontrar noble abolengo a las mayores plagas, y yo no quiero prestarle ningún romanticismo al hombre que hubiera servido mejor para otra cosa, sobre todo cuando es tan tenue la línea que le separa

del hombre que el pueblo llama gráficamente «mal trabaja». ¡Qué difícil es distinguirlo en el andamio o en la máquina, en el desmonte o en la redacción! Mucho más aún en los puestos públicos. El que haya observado alguna vez cómo se deslizan las horas en una oficina de esas típicas y cómo se gana su jornal el temporero del Municipio, se vería muy comprometido si hubiera de decirnos cuál es el que no trabaja porque no quiere y cuál el que no sirve para trabajar. Las dificultades de esta clasificación influyen, según parece, en el retraimiento de los propietarios y de los capitalistas, molestos ante la idea de gastar jornales en subvencionar la psicología absurda del hombre que hubiera servido mejor para otra cosa. Yo tuve ocasión de conseguir para uno de éstos una papeleta de trabajo. Era la última solución. No se encendía lumbre en su casa Dios sabe en cuánto tiempo; le amenazaba el desahucio y caían sobre él una porción de tristezas y calamidades muy molestas. Como venía del campo, de la labor, tenía ya callo en las manos. Lo primero que aprendió en el tajo fué que el compañerismo obliga a trabajar poco. Un jornalero que llene muchas carretillas de tierra por hora, no le conviene al carretillero, que deberá hacer otros tantos viajes. El capataz es

el enemigo y hay que atraérselo por pequeños obsequios. Las autoridades son censuradas y aborrecidas y el tema preferido en todas las conversaciones, de cigarro en cigarro, es el de la incompetencia y la venalidad de los funcionarios. Aprendió a medias el arte de manejarse en ese mundo, pero no tardó muchos días en venir a quejarse de que lo habían despedido. Tal como dijo, y yo lo creo, fué por trabajar demasiado. No había costumbre allí de ganar el jornal. «Pero le advierto a usted—agregó—que yo no vuelvo allí aunque me muera de hambre. Yo no he nacido para andar con la tierra.»

No. Nadie nace para andar con la tierra. Nadie debería nacer tampoco para ceñir corona ni para cobrar rentas. Pero, ¡y la necesidad! ¿Quién le mete en el cuerpo a este buen amigo y compatriota la idea de que sólo cumpliendo bien nuestra misión—aunque sea modesta,—estamos por encima de ella?

# NDI CE

	Págs.
A D. BENITO PÉREZ GALDÓS. . . . .	7

## ENSAYO SOBRE MADRID

I.—¿POR QUÉ HA DE SER AQUÍ?.. . . .	10
II. —PAISAJE DE «OSARIA».. . . .	14
III. —PAISAJE DE EL PARDO.. . . .	18
IV. —CARPETANOS Y BEREBERES. . . . .	23
V. —EL ESFUERZO CONTRA LAS DOS FURIAS. . . . .	27
VI. —MADRID, TRIUNFA . . . . .	33
VII.—LA SUPERVIVENCIA LUGAREÑA.. . . .	39
VIII.—MÁS ALLÁ DEL PUENTE DE TOLEDO.. . . .	45
IX. —FILOSOFÍA DEL VUELO DE DON CLEOFÁS.. . . .	48
X.—LO CASTIZO DEL SAINETE O MÁS SOBRE LA SUPERVIVENCIA LUGAREÑA. . . . .	53
XI.—LA DIVINA SIERRA. . . . .	60
XII.—MADRID, DICIEMBRE; DÍA DE SOL. . . . .	67
XIII.—DESAMPARO DEL GUADARRAMA. . . . .	70
XIV. —MADRID, DICIEMBRE; DÍA DE HIELO. . . . .	77
XV.—LOS TRES PERÍODOS. . . . .	81
XVI.—UN IDEAL PARA MADRID. . . . .	87

## EL MADRID DE DON BENITO

CONTINÚA EL ENSAYO SOBRE MADRID

	Págs
XVII.— CON EL CRISTAL DE COLOR DE ROSA. . . . .	95
XVIII.— CREPÚSCULO. . . . .	101
XIX.— LA OBJETIVIDAD DE GALDÓS. . . . .	108
XX.— MADRID, «LUGAR DE LA ESCENA». . . . .	117
XXI.— MADRID, PROTAGONISTA. . . . .	125

## LA MORAL DEL «CINE»

ENSAYO DE COSTUMBRES MADRILEÑAS

1. SEÑORAS Y SEÑORES. . . . .	133
2.—CONCEPTO Y DESCRIPCIÓN DEL «CINE». . . . .	135
3.—REINADO, DESTRONAMIENTO Y RESTAURACIÓN DE LA PELÍCULA. . . . .	141
4.—LA RAZÓN DEL TRIUNFO. . . . .	144
5.—EL «COUPLÉ» FRANCÉS Y EL BAILE DE «TABLAO». . . . .	149
6.—NACIONALIZACIÓN DE LO COSMOPOLITA. . . . .	153
7.—EL PÚBLICO DEL «CINE» BÁRBARO. . . . .	157
8.—LA REDENCIÓN DEL «CINE». . . . .	163

## PAISAJES MADRILEÑOS

1.—EL PASEO DE ROSALES. . . . .	171
2.—CAMINO DE EL PARDO. . . . .	177
3.—DE LA BOMBILLA A LOS VIVEROS. . . . .	180
4.—FIESTA DE OTOÑO EN EL PARQUE DEL OESTE. . . . .	188



## INDICE

	Págs
5.—EL DEPÓSITO. . . . .	192
6.—UN AUTOMÓVIL PASA. . . . .	197
7.—LOS ÁRBOLES MUERTOS. . . . .	202
8.—EL INCENDIO DE LAS SALESAS. . . . .	206
9.—EL RITMO DE MADRID. . . . .	218

### *NUEVO ARTE DE VIVIR*

#### ENSAYO DE COSTUMBRES LITERARIAS

I.—RECETAS PARA LOS PRINCIPIANTES. . . . .	225
II.—PRIMEROS PASOS. . . . .	232
III.—CADA CUAL SU CAMINO. . . . .	238
IV.—DIÁLOGO PEDAGÓGICO ENTRE DON VENAN- CIO Y YO. . . . .	244
V.—DE CÓMO EL TALENTO LITERARIO NO ES EL ÚNICO TALENTO. . . . .	250
VI.—CURSO DE AMPLIACIÓN PARA LOS ARTISTAS. .	255
VII.—EL HOMBRE QUE HUBIERA SERVIDO MEJOR PARA OTRA COSA. . . . .	260











University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

Jan 20 / 2001  
~~7 December~~

